



Club Atlético, Cultural y de Fomento City Bell

City Bell: Vecinos que cuentan historias...



City Bell: Vecinos que cuentan historias...



Club Atlético, Cultural y de Fomento City Bell
Biblioteca Popular “Florentino Ameghino”

Club Atlético, Cultural y de Fomento City Bell
City Bell : vecinos que cuentan historias... ; compilado por Juan José Vendramin. -
1a ed. - City Bell : Aljaba Producciones, 2019.
262 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8324-02-9

1. Relatos Personales. 2. Relatos Históricos. 3. Biografías. I. Vendramin, Juan José,
comp.
CDD A863

Primera edición, noviembre de 2019.

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que previene de la ley 11.723



Índice

Presentación	6
Prólogo	
<i>Juan José Vendramin</i>	7

Lugares

La vuelta al mundo en una manzana	
<i>Guillermo Defranco</i>	9
Cuando “la 15” era de tierra	
<i>Andrés Vendramin</i>	12
La canchita del Negro Joya	
<i>Alfredo E. Gismano</i>	13
Casaquinta	
<i>Roberto Manuele</i>	15
Días de Carnaval	
<i>Mónica del Compare Verge</i>	17
Amor Citybellero	
<i>María Laura Billordo</i>	19
La cuadra de mi barrio	
<i>Charla con Jorge Büchele</i>	20
La Patagonia	
<i>Cristina Fernández</i>	26
Historia de “la Casa Abandonada”	
<i>Jorgelina Petruccelli</i>	28
El Savoia en los ochenta	
<i>Santiago González Arzac</i>	29
Una casona testigo de la historia	
<i>Club Atlético City Bell</i>	32
Volver	
<i>Julio A. De Bodt</i>	34
Cantilo: su vieja arboleda de plátanos	
<i>Oscar González Arzac</i>	35

Personas y personajes

Pippo	
<i>Beatriz Susana Faraoni</i>	40

El Viejo Lima	
<i>Alfredo E. Gismano</i>	41
Anécdotas y testimonios del Padre Dardi	
<i>Oscar Alonzo</i>	43
Roberto Themis Speroni	
<i>Silvia Brunatti</i>	48
La señora de Pinocho	
<i>Daniel Vendramin</i>	50
Vicenta Margarita Gamarro de Buchele	
<i>Adriana Büchele</i>	52
El nombre olvidado	
<i>Prof. Susana Bautista Hualde</i>	55
Mi abuelo Fermín	
<i>Sebastián Fermín Meso</i>	57
Enrique Kirschenheuter y el cine Cantilo	
<i>Fabiana Kirschenheuter</i>	59
Don Soliani	
<i>Alfredo E. Gismano</i>	61
Un encuentro con Lorna Bell	
<i>José María Cuenca Araujo</i>	63
El Dr. Berri y la clínica	
<i>Ricardo Berri</i>	65
“La casa azul” de Jorge Romero Brest	
<i>Ana María Altamirano</i>	69
¿Quién fue Pepeco?	
<i>Vecinos de City Bell</i>	71
Destinos	
<i>Juanjo Vendramin</i>	74
Hermenegildo Valpreda, carpintero	
<i>Charla con Elsa Valpreda</i>	76
Familia González	
<i>Nora González</i>	79
El pintor Ernesto Riccio	
<i>Ana María Altamirano</i>	80
Y le dicen Chichita	
<i>Élida Gabrici</i>	82

Hechos

Misticeta en City Bell	
<i>Cristian Saenz</i>	85
Un domingo de aquellos	
<i>Fabiana Cecilia Pérez</i>	87
¿Cuándo nació City Bell?	
<i>Guillermo Defranco</i>	88
La Comunidad Británica de City Bell	
<i>Cynthia Henning</i>	90
Un día inolvidable	
<i>María Laura Villar</i>	92
Azules y Colorados en City Bell	
<i>Miguel Mauriño</i>	93
Vida familiar en zona militar	
<i>Celia Ester Guerra de Petruccelli</i>	95
Hubo una vez, un Pesebre Viviente Rock en City Bell...	
<i>Rosita Torres</i>	96
La noche en que se cayó la luna	
<i>Guillermo Defranco</i>	99
Hablando...	
<i>Juanjo Vendramin</i>	101

Instituciones

El Jardín 911 y su gente	
<i>Olga Edith Romero</i>	106
Había una vez un colegio	
<i>Inés Álvarez</i>	110
Inicios de la Escuela Ceferino Namuncurá	
<i>Marta Nélide Perdomo, una de las cuatro maestras fundadoras.</i>	112
La Casona	
<i>Maruca Becerra</i>	114
Siete décadas, cien años y un concurso de manchas	
<i>Juan Herminio García Zeballos</i>	115
Algo sobre el Colegio Fray Mamerto Esquiú	
<i>Raúl J. M. Salas</i>	117
Biblioteca Popular Florentino Ameghino	
<i>Biblotecarias</i>	121

El nuevo templo católico que nunca se construyó	
<i>Andrés Gerardo Ranieri</i>	124
Galería de Arte Iconos	
<i>Elisabet Sánchez Pórfido</i>	127
La Caterva, Teatro Comunitario de City Bell	
<i>Elba Ethel Alcaraz de Porro</i>	129
Un día de clases en la escuela Pedro Benoit	
<i>Maruca Becerra</i>	131
¡Progreso dicen!	
<i>Maruca Becerra</i>	133
Recuerdo...	
<i>Andrés Ranieri</i>	134

Actividad comercial

La primera tienda del pueblo	
<i>Elena Sapoznik de Cosen</i>	137
Tiendas Sa-Ho y León Blanco	
<i>Charla con Alicia Horowitz</i>	139
Los comercios de mi barrio	
<i>Charla con Jorge Büchele</i>	141
Los Milano: Tres generaciones de verduleros	
<i>Charla con Rubén Milano</i>	143
Silvita	
<i>Silvia Adriana Do Santos</i>	144
De almacén a rotisería	
<i>Mary Vojkovic</i>	145
Pitutos y Mozart	
<i>Maty Gallardo</i>	146

Recuerdos y pensamientos

“Paco”, egresado 78	
<i>Gabriel Lamanna</i>	148
Pan caliente	
<i>Alfredo E. Gismano</i>	150
City Bell, añoranzas...	
<i>Fabiana Kirschenheuter</i>	151
Mi maravillosa infancia citybelense	
<i>Cynthia Henning</i>	152

Mis días por la Estancia Grande de la Familia Bell <i>Claudio Marcelo Marchesotti</i>	154
Recuerdos de City Bell <i>María Luisa Ávila</i>	156
City Bell de 1922 a 2018 <i>Miguel Mauriño</i>	157
Carnavales en City Bell <i>Eugenia Mori</i>	160
Mis vivencias entre los años 1932 y 1935 en City Bell <i>Eduardo Elías Patat</i>	162
City Bell: sensaciones durante mi infancia <i>Cynthia Henning</i>	163
De Madariaga a City Bell <i>Mirta Vega</i>	165
Las actividades en aquel City Bell <i>Charla con Carlos Büchele</i>	167
Citybellenios desde siempre <i>Ricardo Alberto Sánchez (Pepo)</i>	171
Nostalgias de City Bell <i>Eusebio Carnevale</i>	173
City Bell: Una tarde recordando... <i>Rosita Sabaté de Torres</i>	178
El aroma <i>Silvia M. Marquez Vianna</i>	181
City Bell, mi lugar <i>Laura Billordo</i>	182
Nuevos ojos, viejas sensaciones <i>Gastón Quevedo</i>	184
Lugar en el mundo <i>María Isabel Carrica</i>	186
No me olvides <i>Victoria Elizabeth Nowak</i>	187

Presentación

El sueño de publicar un libro de estas características nació hace un par de años en una de las tantas reuniones de Comisión Directiva, barajando muchos otros proyectos y siempre buscando cumplir con el mandato que fija nuestro estatuto: “Atlético, Cultural y de Fomento...”.

Nuestro Club ha cumplido a lo largo de sus casi 93 años de historia un rol protagónico en relación con el crecimiento, desarrollo y bienestar de nuestro pueblo. Bajo el techo de la Casona construida en 1920 se reunieron los vecinos y autoridades de la Sociedad Anónima City Bell y de la Asociación de Fomento, y en 1925 se recibió la visita del Gobernador Cantilo. En esta casa se celebraron las primeras misas, y aquí funcionó la primera central telefónica. Tanto el Club Atlético como el Juvenil, ambos clubes, brindaron esparcimiento después del trabajo intenso de los pioneros, y en sus bailes y reuniones sus hijos se conocieron y formaron nuevas familias.

Hay muchas pequeñas historias de la vida del pueblo, que todavía sobreviven en el recuerdo de nuestros mayores, y que quisimos rescatar para integrarlos en un documento que nos sobreviva y pueda estar al alcance de cualquiera que se interese por ellas.

Para participar de este proyecto de Libro Colectivo había unas pocas pautas formales. Priorizando la participación por sobre la homogeneidad, nos hemos permitido incluir algunos textos que exceden la extensión especificada; agregamos también testimonios surgidos de charlas o entrevistas con sus protagonistas y algunos textos ya publicados que por su riqueza merecían estar en este libro.

Nadie puede atribuirse la virtud de poder expresarse representando a todos los habitantes de nuestro pueblo, pero cada uno de ellos puede dar testimonio de una parte de esa historia. Por eso hemos invitado a la comunidad a integrarse a este proyecto, para que quien quisiera hacerlo, pudiera contar “su” historia.

Con auténtico orgullo y conscientes de la importancia de este trabajo, lo ponemos a consideración de sus autores y destinatarios: los vecinos...

Prólogo

Juan José Vendramin

“Solo poseemos aquello que no perderíamos en un naufragio”.

Este proverbio, aparentemente hindú, viene dando vueltas en mi cabeza desde la adolescencia, hace ya algún tiempo.

Es inquietante pensar en la pérdida que implicaría pasar por semejante acontecimiento... Pero, después de la angustia que produce aceptar de mala gana que nadie está exento y que alguna vez algo así podría sucedernos, llegará el momento de razonar y hacer el ejercicio de poner todas las cartas sobre la mesa, inventariar todas nuestras posesiones, las concretas o las abstractas, las físicas, intelectuales o emocionales; y como en el intercambio de figuritas ir pasando revista, repitiendo el mantra: “*la tengo, la tengo, la tengo, ¡no la tengo!...*”

La cosecha de posesiones después de un naufragio, tenga la forma que tenga, será muy somera... ¿Qué nos podrá quedar?

Quizás nos quede entre las manos una foto amarillenta, un anillo familiar, un juguete celosamente conservado, una libreta con anotaciones o tal vez nada... Quizás encontremos que en nuestras manos solo quedan cicatrices de golpes recibidos, callosidades de trabajos duros, tersuras de caricias recibidas o de caricias dadas... Las manos no sirven de mucho si se trata de recuperar objetos después de un naufragio.

Cuando una catástrofe así sucede, creo yo, nos quedan los vínculos con las personas que nos rodean, cercanas o lejanas, presentes o pasadas... Personas reales en un mundo real de plantas, minerales y animales, que casi nunca miramos ocupados por otras actividades... Cuando nos quedamos desnudos de posesiones estamos obligados a mirarnos y redescubrirnos, para empezar a convivir con lo que realmente somos (y no lo que poseemos). Nos quedarán también, como patrimonio, historias escuchadas, anécdotas aumentadas, sueños incumplidos, logros conseguidos y un plan de vida imperfecto pero único y posible.

Y este libro que estamos construyendo entre todos, seguramente será una colección de pedazos de vida, recuerdos, ilusiones y sueños que estamos pudiendo rescatar de un naufragio, enmascarado bajo una cubierta de progreso que se lleva todo por delante...

Ya sabemos que las herramientas no representan virtudes o maldades por ellas mismas. En un mundo cada vez más sobreexposto a la digitalización que nos aísla más de lo que nos comunica, nosotros queremos valernos de estas mismas tecnologías para contarnos nuestras cosas. Para recopilar, publicar, compartir, difundir y eternizar historias.

Nos detuvimos un ratito y entre todos nos propusimos rescatar algunas cosas de City Bell que no queremos perder en el naufragio...

Lugares



- Cartel de bienvenida a City Bell en Cantilo y Camino del Centenario.
- Juegos de la plaza Manuel Belgrano.
- Aljibe de la primitiva estación de ferrocarril.
- Unión Telefónica.

La vuelta al mundo en una manzana

Guillermo Defranco

Humberto y Coca Defranco estrenaron su hogar hace más de sesenta años, cuando pocas eran las familias afincadas en el barrio en esos últimos meses de 1958. Coca tuvo por destino ser la última habitante de la cuadra de entre aquellos pioneros.

Un poco de memoria nos permite reconstruir el vecindario de la manzana de, al menos, los años 60, bajo la por entonces majestuosa vigilancia del viejo tanque de agua corriente, desde un poco más allá de la vereda de enfrente.

Un vago recuerdo nos trae la imagen de la casa de al lado, la de Ñata y Alfredo Lago, la cual con evidente esfuerzo trataban de terminar mientras la habitaban, en la esquina de 13 y 21.

Hacia el otro lado, doña Juanita y don Cobo eran a todas luces los de mayor edad. Vivía con ellos su hija María Esther hasta el tiempo de su casamiento. Los Cobo tenían algunos frutales y gallinas y no era raro que fuéramos a comprarles huevos. Afables, conversadores, eran el prototipo del vecino de aquella época.

Luego seguía un terreno con una construcción que parecía no terminarse nunca, y algo de eso debe haber habido, ya que nadie se refería al lugar como “lo de Muñoz” (apellido de su dueño), sino simplemente como “la obra”.

A continuación, en la esquina con 22, vivía la familia Jorge. Don José Jorge solía ser el protagonista de uno de los mayores acontecimientos que pudiese esperarse cada tanto en el barrio: la presencia de un micro Río de la Plata, empresa en la cual trabajaba. Sus hijas eran Ana María y María Silvia.

El mundo no terminaba en ese segmento de 13 entre 21 y 22. Siguiendo por la vereda par de la calle Silva estaba el terreno de “el Vasco”: un baldío ajeno que don Ángel cultivaba con verduras a las que nunca pudimos entender cómo le daba agua suficiente, regándolas con una pava verde que traía llena desde su casa, veinte metros más allá. Don Ángel vivía con doña Evangelina en la casa siguiente a la de los Flaqué: Alejandro y Ramiro eran los chicos, hijos de Elba y Rubén.

Seguían Luis Capone y su esposa, doña Clementina. Gente mayor, eran apreciados en el barrio por su educación y simpatía. Sus vecinos inmediatos eran don Gómez y su esposa “Kika”, cuyo apodo figuraba tallado en rojo sobre una piedra gris que presidía el jardín. Regordete, bajo de estatura y dicharacho, el hombre tenía un vozarrón seguramente entrenado en sus tiempos de comisario de la Policía.

Cerraban la cuadra el conservatorio de música y hogar del maestro Héctor Pedutto y su esposa Delia, donde aprendió música más o menos la mitad de los chicos del City Bell de entonces. Junto a ellos estaban Daniel Piñero y señora. Ella y Delia eran hijas de Daniel Tomassi, dueño del almacén que supo haber enfrente, en la esquina de Cantilo.

De los habitantes de Cantilo podemos citar a Antonio Maglio y familia, cuya maza golpeando junto a la fragua le puso música a tantas tardes. Otra música, pero real, tenía mucho que ver con Luis Giffoni y Antonio Trejo, socios en Artón Radio,

única disquería por entonces en City Bell y local de reparaciones de radios y televisores. A la casa de Giffoni seguía la de doña María, Titi, Chita, Vilma y familia. ¿Quién viviría en la casilla de madera oculta por el follaje en el lote entre estas dos casas?

Inolvidables eran las tardes en lo de Julito José Andrade. Su mamá Ester se divertía mucho con los amigos de sus hijos y hasta un curso en la vereda llegó a organizar. El hijo mayor, “Samuelín”, con sus experimentos en electrónica, nos maravillaba sin saberlo. Y también la niña de la familia: Marta Lía.

Al lado, en la esquina de Cantilo y 22, estaba “la canchita” donde tantas veces nos sentimos campeones como el Estudiantes de Zubeldía.



Y un día terminaron la casa de al lado y llegaron los Simonet: sumaron a la barra a su hijo Guillermo. Nora, por supuesto, jugaba con las chicas, y Marcelo nacería recién un tiempo después.

Evocar la vecindad de hace más de medio siglo fue un disparador que nos llevó a repasar, más que a aquel tiempo, a aquellas personas que dieron vida y forma al barrio de entonces; darnos cuenta de que pocos de ellos están aún hoy en este mundo. Y que de sus sobrevivientes, la mayoría habita otros lares.

Entonces supimos que los barrios cambian cuando cambian sus habitantes; cuando los nuevos vecinos llegan con sus nuevas cargas de historias, de vidas, de costumbres. Y es así como van cambiando las épocas.

Hablamos de una calle 13 de barro y casi sin iluminación. De mucho terreno baldío, de zanjas con renacuajos; de abrojos y de cardos prendidos en la ropa después de una tarde de fútbol, de guerra de coquitos o remontada de barriletes. De un barrio en el que la mayor parte de las mamás tenían por trabajo los quehaceres domésticos, las compras diarias, el cuidar de los hijos y sus amiguitos.

Y ese barrio decididamente cambió y es otro. Alguna vez, si alguien se pregunta quién habrá vivido en esas casas, quién habrá caminado por esas veredas y habrá respirado ese aire, sepa que hubo jóvenes familias que se afincaron allí para construir un futuro. Y que ese futuro ya quedó atrás, para dejarle el lugar a otro que vendrá.

Cuando “la 15” era de tierra

Andrés Vendramin

(Remembranzas de la actual 473 bis e/ 14A y Diagonal 3)

Cuando “la 15” era de tierra los paraísos, plátanos y casuarinas eran el arbolado de nuestro propio Edén, en especial los tilos fueron el refugio de los numerosos amigos de la cuadra, la fresquísima sombra en verano, y el té de nuestros padres. Cuando nos conquistó el asfalto sacaron casi todos los árboles, y el tilo de casa parecía que se salvaba por la distancia hasta el futuro cordón... pero al final lo sacaron y lloré mucho al ver que el vecindario se llevaba las últimas flores que daría en su vida vegetal.

Los campeonatos de bolita eran lo mejor para pasar la siesta, aunque era pecado no dormirla. Bicicletearla, con o sin rueditas, y andarla en cartings caseros hechos con rulemanes reciclados eran los deportes preferidos. Nunca olvidaré mi carting rojo a pedales que una vez atamos a una bici para que me remolcara... y al final volqué estrepitosamente.

El campito de la esquina –aunque ajeno– era nuestro, porque lo cuidábamos entre todos, para potrear en él o usarlo como *ringside* provisorio alguna que otra vez; hacer carpintería con el cañaveral; algunos experimentos con piedras de carburo para hacer volar latas más alto que las casuarinas que lo enmarcaban, y transformarlo en nuestro cuartel general cuando las tiraron abajo a casi todas (la de la esquina aun es reina del lugar). El mal llamado “terreno baldío” fue hasta cementerio de mascotas (con pingüino y todo).

La guerra de “ruleglobos” era inevitable para mantener a raya a los de las otras cuadras, y los coquitos eran la balística usada en aquellas batallas de pino a pino, de “la Jorge Bell” asfaltada...

Porque no me acuerdo si les dije que yo fui muy feliz cuando “la 15” era de tierra.

La canchita del Negro Joya

Alfredo E. Gismano

City Bell en sus principios tenía solo dos plazas. La Plaza Belgrano, sobre calle Cantilo, y la Plaza San Martín sobre la vieja calle 11. En esta última durante muchos años funcionó la cancha de fútbol del Club Atlético y Fomento City Bell. La otra fue siempre plaza.

¿Por qué cuento esto? Porque era difícil encontrar terrenos para poder tener la canchita de fútbol del barrio. No digo que no se jugaba al fútbol en las plazas, pero no era bien visto por los vecinos.

Apareció por los 60 la canchita de los Tagliafico, en calle 12 y 3. Pero pronto el avance del pueblo plantó sobre ella casas y un enorme local donde hoy, por ejemplo, se desarrollan actividades culturales y talleres de comedia en el “Galpón de la Caterna”.

Un día, un grupo de muchachos y pibes del barrio, armaron una canchita que marcó historia en City Bell: La **Canchita del Negro Joya**, llamada así, por el apodo del hijo del vecino, que era uno de los jóvenes que la había armado en el terreno junto a su casa. Su madre, trabajaba de enfermera en la Sala de Primeros Auxilios del pueblo y era la que guardaba las redes y las pelotas durante la semana.

¡Cuántos hemos pasado por esa cancha! Algunos de ellos llegaron a jugar en clubes profesionales, otros eran famosos de los torneos de Baby fútbol o de Papi fútbol que se hacían en la pista del Atlético, del Juvenil y en la Escuela 117.

¿A quiénes podemos recordar? Por allí jugaron los hermanos Miguel y “Zito” Noielli, Enrique Borlandelli (un arqueroazo), los hermanos Nethol, el Cachi Perdomo, Norberto Perotti, el “Pito” Tagliafico; Guillermo y Gabriel Hahn, el “bocha” Miranda, los hermanos Catalano, el cabezón Caprari que fue jugador de la primera de Gimnasia, entre otros.

Fuimos muchos más los que disfrutamos de esa cancha los sábados, desde las 14 a las 18. Todos recordaremos esos torneos entre barrios, y lo lindo fue que solo había discusiones del momento, pero nunca hubo peleas.

Unos años después apareció enfrente a la cancha, el kiosco de don Lorenzo Delvescobo, un jubilado ferroviario quien nos vendía las gaseosas o agua o algún helado en días de calor. Muchas veces protestaba por los pelotazos que pegaban en las rejas de su ventana o le rompían las cañas de las plantas de tomate que tenía en el fondo, pero no pasaba nada, ¡era muy bueno!

Era “*la cancha del barrio*”, a media cuadra de la Comisaría. Un día, apareció un cartel indicando el loteo y venta del predio. La desilusión comenzó a reinar en la barra de amigos hasta que “una noche incierta”, misteriosamente desapareció el cartel. Nunca más lo vimos. Manos “anónimas” intentaron levantar el ánimo de la muchachada con esa acción. Unos meses más tarde volvió a aparecer, pero ya era un cartel de mayor envergadura, que cumplió con su cometido, a pesar de haber

recibido andanadas de “gomerazos” que intentaban frenar la venta. Pero la venta ¡se concretó!

Muchos, ya éramos más grandes, cada uno tenía otras actividades, y lentamente tuvimos que sacar los arcos y mirar cómo desaparecía la recordada y querida “**canchita del Negro Joya**”.

Casaquinta

Roberto Manuele

En mi infancia en La Plata, en el ambiente familiar, se solía oír hablar de alguna familia que tenía su casaquinta en City Bell. En la adolescencia comencé a ir a esas quintas que, por lo general, quedaban por el camino Belgrano; eran los años 60. Se tomaba el micro 3 y, una vez que se pasaba la caminera del “cruce” (donde había una panadería famosa por su galleta), un vigilante desde arriba de la garita soplaba el silbato, colocaba sus brazos horizontales con sus mangas blancas señalando el sentido del camino Belgrano y se salía de La Plata.

Las paradas se llamaban por almacenes, como La Lucila al estar llegando a City Bell o La Chiquita cuando ya casi se terminaba. Yo solía bajar después del Recreo Venecia, en Nirvana cuando iba a lo de los Zingoni. Frente a su quinta, sobre el Belgrano, había un mojón de Vialidad, que aún hoy está, de cemento, que señalaba que estábamos en la Ruta 1.

En el trazado de City Bell los lotes más pequeños, de 10 por 30, se encontraban entre la estación y la calle Sarmiento (15A). Desde allí hasta el Belgrano la subdivisión fue en lotes de 17 por 50 y, después del camino, en superficies aún mayores. Es por esto que la zona de quintas es vecina al Belgrano. Al llegar a 9 estaba la de Pérez Duprat, llena de frutales, que solía alquilar mi padre en los veranos de los 60. Enfrente había una superficie amplia sembrada de choclos junto a la iglesia del Padre Dardi. Yo iba a escuela “de curas”, al Sagrado Corazón, y nos daban para el verano un “carnet de vacaciones” que había que hacer sellar y firmar cada domingo en la sacristía de la iglesia después de misa para presentar de vuelta a la escuela en marzo. Me acuerdo el enojo y la firma a regañadientes del Padre Dardi, mucho más progresista que los curas de mi escuela.

Enfrente de la quinta de Zingoni, entrando a la calle Nirvana, estaba la zona que había sido la quinta de Moreno, un ex gobernador y embajador en Japón, que se había enamorado de una geisha, y que por eso decoró el parque con bebederos para pájaros de estilo oriental y construyó el arco en estilo de pagoda junto al arroyo.



Sobre el camino estaba el Recreo Venecia que en 1970 fue mi primer trabajo. Yo era estudiante de medicina y me contrató su dueño por recomendación del “Toto” Zingoni para hacer la revisión de los que concurrían a su pileta. Me pagaba \$2,50 por día y los domingos \$3,50 y un plato de ravioles al mediodía. Era un hombre robusto y de mal genio que, apoyado en el estaño del bar, vendía los tickets de entrada a la pileta, que yo debía firmar en la revisión. Un día enojado a la hora del vermouth le reboleó un sifón a un parroquiano. Jamás me atreví a rechazar a alguien la entrada a la pileta.

Unos años más tarde, mi primer trabajo, ya como médico, también fue en City Bell, en el Laboratorio Bagó. Era el año 1975 y recuerdo mis nervios al llegar por Tacuarí en mi primer día de trabajo.

La partida del Chevrolet 400 de los Zingoni cada viernes desde La Plata hacia su quinta en el Belgrano, cargando la familia, libros y discos, marcó cuál sería la dirección que quería seguir yo en mi vida, y es en gran parte por lo que estoy hoy aquí viviendo en City Bell.

Días de Carnaval

Mónica del Compare Verge

¡Cómo no recordar aquellos inolvidables días de Carnaval en el Atlético!

Corría la década del 60. Yo vivía en La Plata pero los fines de semana los pasaba en la casa de mis abuelos maternos: don Enrique Verge y doña Amelia, en 15 y Jorge Bell.

¡Y llegaba el Carnaval! A la tarde, ¡Baile Infantil! La mayoría nos disfrazábamos porque había desfile y concurso, con un selecto jurado (alguna vez mi mamá formó parte de él), y unos premios muy importantes que se exhibían antes de ser otorgados la última tarde (aún conservo un juego de té de porcelana que gané disfrazada de “Charleston”).

La pista, toda para nosotros, ¡los chicos! Y rogando que el tiempo nos acompañara (aún no estaba techado).

Los papás, abuelos y tíos ocupaban mesas y sillas alrededor de la pista compartiendo charlas y algo fresco.

Jugábamos con serpentinas y papel picado. El agua estaba prohibida. La diversión era llenar de papel picado la boca del que pasaba cerca y correr. Y después: ¡concurso de baile! Premio: un pancho y una Coca ¡¡Cómo lo disfrutábamos!! Tenía un sabor especial.



A la noche: ¡El baile para mayores! Que se divertían como niños jugando con papel picado y lanzaperfume. Como era familiar, los chicos también íbamos; pero la pista estaba ocupada por los bailarines de tango, pasodoble y cumbia, que eran nuestros papás, abuelos, tíos y vecinos.

El destino quiso que al casarme viniera a vivir acá. Decidí participar en homenaje a mis abuelos que amaban al querido Club Atlético y a City Bell, donde comenzaron su larga historia de amor, ya que fueron los primeros en contraer matrimonio aquí.

Amor Citybellero

María Laura Billordo

(Un momento de la calle Pellegrini)

Y... me escapé un ratito
para regalarte un pedacito
de tu City Bell querido.

Porque esta paz, esta anhelada quietud,
casa colonial de rejas y tejas,
este rincón donde la tierra,
los árboles y el cielo se abrazan
en un instante del universo,
es el lugar de los verdes más inesperados,
de los cantos de los pájaros,
del sol entre el follaje,
o de grillos al atardecer,
de perros inquietos y faroles encendidos.

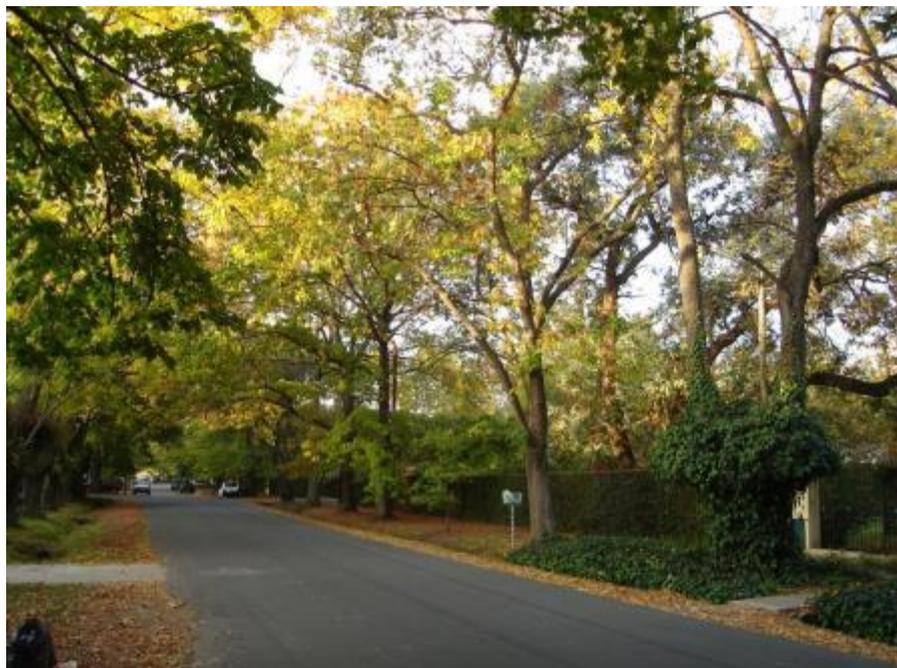
Es el viento que acuna en sus suaves brisas
las hojas de aquella traviesa e interminable enredadera.

Es mi lugar predilecto.

Es a este City Bell que ya es mío al que le doy gracias.

¡Ahora comprendo!

Juntos gozaremos de este amor citybellero.



La cuadra de mi barrio

Charla con Jorge Büchele

Voy a contar lo que me acuerdo de mi cuadra y mi barrio allá por los años 54 o 55... y voy a empezar con el Club Atlético...

En el barrio había muchos terrenos baldíos, deshabitados, donde se podía ir a jugar al fútbol, pero como a mí el fútbol mucho no me interesaba, andaba siempre con un grupo de amigos. Uno de ellos era Carlos García, que vivía en la panadería Sol de Mayo, cuyos dueños eran los Valenti pero que la tenían alquilada a la familia García. El padre de Carlos ayudaba en la panadería pero, además, era carpintero y tenía su carpintería en un patio grande en el fondo del terreno detrás de la panadería. Yo jugaba mucho con Carlos (incluso tomamos la primera comunión juntos). Íbamos al Club Atlético, que tenía juegos en la esquina y sobre Jorge Bell... hamacas, pasamanos; allí jugábamos.

También en el Club Atlético, mi prima y a la vez madrina, Helene Büchele, era bibliotecaria, y ella fue quien me hizo socio del Club. Ella quería que yo hiciera un deporte; de esa forma comencé a aprender a jugar al básquet, cuando la cancha todavía no estaba techada y además servía como pista de baile y muchos otros propósitos. En esa época el escenario era de madera y estaba ubicado sobre la calle Cantilo. Allí se hacían las fiestas de fin de año del Estrada, los bailes de carnaval y de disfraces... Era un ambiente muy familiar, con toda gente conocida.

Hablando de Carnaval, recuerdo que se hacían los corsos en calle Cantilo, desde 7 y hasta calle 2, pasando por el centro de la plaza Belgrano, asfaltada -que en esa época estaba abierta al tránsito-, mientras que la calle que marca el perímetro era todavía de tierra.

Todos los plátanos que había sobre Cantilo los había hecho plantar mi abuelo. Había plátanos hasta la avenida Sarmiento, y más arriba, paraísos. Lamentablemente luego fueron reemplazados por acacias bola y, últimamente, por jacarandás que terminan creciendo todos torcidos.

Carlos García ahora vive en Villa Elisa, y este era el ámbito donde jugábamos

En aquel entonces, cuando se hacía referencia a Cantilo (la única asfaltada) o a sus paralelas, se indicaba la dirección diciendo que se iba "para abajo" cuando se iba hacia la Estación o "hacia arriba" cuando se marchaba hacia el Camino Belgrano. Con esta aclaración vamos a hablar de mi cuadra (Cantilo entre Jorga Bell y 4) yendo "hacia arriba" y empezando por la vereda de los números impares (derecha, subiendo desde la estación)

Saliendo del Club y cruzando Jorge Bell estaba la panadería Sol de Mayo, y cruzando la calle 5, un gran terreno vacío y la carpintería de Gildo Valpreda (mucho más antigua que la de García). Solía ir a esa carpintería y, con el permiso de Don Gildo, buscaba retazos de madera en un cajón detrás del banco de trabajo, para hacer autitos y otros juguetes.

Después de la carpintería venía la carnicería de Passarelli... o Pasarello... Al principio siempre se decía “vamos a lo de Pasarelli”, pero después apareció el apellido como Pasarello y no sé cómo fue el tema... Recuerdo que los clientes de la cuadra venían a comprar la carne con el plato y allí se llevaban lo que compraban... No había bolsas, y tampoco se generaban muchos residuos... Pasaban una vez por semana los carros de la basura de la Municipalidad, que eran carros volcadores; pero habitualmente no había mucha cantidad de basura, y se sacaba en tachos... Incluso algunas veces la basura no se sacaba a la calle, sino que el basurero entraba a las casas a recogerla. Además, se generaban muy pocos residuos porque en casi todas las casas había un gallinero o algún conejo que se alimentaban con las sobras. Otra cosa fundamental en aquella época: la quinta...

En el fondo de la carnicería había un departamento que alquilaban y que, por entonces, era ocupado por la familia Feitos.

A continuación de la carnicería vivían mis tíos. Juana Büchele y Esteban Galmarini. Esa casa después fue comprada por José Randazzo.

Luego venía un terreno baldío donde después hizo su casa mi hermano Carlos. Mi papá tenía un cuarto de manzana, así que estaba el terreno donde vive mi hermano, después venía la casa antigua de mi papá y un terreno vacío hasta la esquina de 4. En ese terreno mi papá hacía la quinta. Con el tiempo mi mamá quiso tener una casa nueva pero más chica, entonces mi papá le vendió a Bugueiro el terreno de la esquina y con ese dinero pudo levantar la casa nueva.

Mi papá era el encargado de la usina eléctrica; cuando pasó a CADE (Compañía Argentina de Electricidad) pararon el generador, luego sacaron el motor... hasta quedar solo el edificio. Entonces la oficina de CADE funcionó en mi casa, y el teléfono de la usina, uno de los pocos que había... (tenían teléfono el Dr. Raffi, Trebino y unos pocos más) pasó a ser el teléfono de nuestra casa desde donde mi papá atendía los pedidos y reclamos.



La casa de mis padres tenía un garaje donde mi papá junto con Roger Soruco pusieron una vinería en la que se vendía el vino suelto. El vino venía de Mendoza en bordelesas grandes, con el vino tinto, el blanco y el clarete (que ahora sería el rosado), y en bordelesas más chicas venían el moscato y otros vinos dulces. Los que más se vendían eran el tinto y el blanco. La gente venía al negocio con la botella o la damajuana vacía y allí se traspasaba el vino que se vendía por litro.

Roger Soruco, mientras se ocupaba del negocio, estaba estudiando radiología. En algún momento cerraron la vinería y Roger abrió en el mismo local una casa de fotografía bajo el nombre de “Foto Roger”.

En el gallinero de ese lote en la esquina de Cantilo y 4 había doce plantas de mandarinas. En la época en que maduraban, yo las juntaba, ponía un puestito, y las vendía en la puerta de la vinería.

Cruzando la calle 4 había un terreno baldío donde Felipe Milano (padre de Roberto y abuelo de Rubén) tenía un caballo. Para ese entonces ya tenían la verdulería sobre calle 4. En esa esquina se comenzó una construcción que estuvo mucho tiempo parada, y donde luego funcionó la chatarrería que atendía Felipe y luego continuó Roberto.

Siguiendo hacia “arriba”, había una rotisería (donde más adelante estuvo “El Poyino”), también con un departamento en el fondo ocupado por sus dueños; completando esta cuadra corta estaba la tienda “Sa-ho”, y a continuación, la plaza...

A esa plaza íbamos a jugar... Hacíamos carritos con rulemanes y corríamos alrededor del mástil porque recién habían puesto las lajas nuevas, bien niveladas.

Ahora vamos a hablar de la vereda de enfrente, yendo para arriba en los números pares.

La esquina de Jorge Bel y Cantilo era un terreno baldío que pertenecía al almacén de Pontalti, una persona muy conocida en el pueblo. Pontalti y mi papá jugaban al ajedrez en el Club Atlético, compitiendo entre si y participando de torneos.

En aquella época no había bolsas para las compras... los productos como yerba, harina, azúcar, fideos, etc., se almacenaban a granel en grandes cajones de madera y se vendían sueltos por peso. El almacenero tomaba un trozo de papel de “estraza”, colocaba la mercadería en el centro y cerraba el paquete haciendo repulgues desde ambos extremos, formando una especie de empanada de papel. Como era muy común en la época se usaba el sistema de venta “con libreta” en la que se iban anotando las compras y que eran pagadas a comienzo de mes, cuando se cobraba... Había palabra y confianza.

Después de Pontalti venía el Correo, una oficina al frente con una casa al fondo ocupada por el jefe de la dependencia



A continuación seguía el colegio Estrada, que inicialmente era una casa de familia adaptada para funcionar como escuela. Yo hice 1º inferior y 1º superior en la escuela N° 12 pero como era medio vago para caminar pedí pasar al Estrada, y después de mucho insistir me anotaron en el colegio que tenía solamente hasta 3º grado, y cuyas aulas eran adaptaciones de dormitorios, comedor y hasta del garaje. Con los años fueron incorporando otros grados. Para eso compraron terrenos que daban a Jorge Bell, que eran de los Valenti y eran usados como depósito de arena y piedras. El corralón se mudó entonces enfrente, en la esquina de Cantilo y Jorge Bell, frente al club.

Después del Estrada venía la “borrachería” (así se le decía...), un bar de bebidas alcohólicas con el típico mostrador de estaño donde los parroquianos se juntaban a jugar al truco y tomar algo después del trabajo. Más adelante el bar se vendió y lo compró Balderrama, cuya esposa era cuñada de la ex presidenta, y cambió el estilo del negocio, mejoró la limpieza, dejó de ser un lugar de gente “pesada”; hasta tuvo un televisor en el salón. Yo aprovechaba y a las 4 o 5 de la tarde me arrimaba a la vidriera a ver dibujos animados. Como a esa hora no había mucho público, el dueño me permitía sentarme en una de las mesas y desde allí veía los programas de los pocos canales que había.

Más tarde el boliche se cerró y la señora de Balderrama puso una renombrada casa de cafés y bombonería: “Los Mandarines”.

A continuación había un terreno con un portón en el frente y un galpón en el fondo donde José Randazzo tenía una vinería.

Luego estaba la inmobiliaria de Caloyero y Randazzo, con una casa en el fondo (actualmente farmacia y consultorios). Allí trabajaba la que fue después mi mujer, Adela... La conocí cuando hice el servicio militar; cuando salía de franco, como solía hacerse en esa época, salíamos a tomar fresco a la vereda, y allí la conocí.

Siguiendo para “arriba”, pegado a Randazzo estaba Adjemián, el “sastre eléctrico”. El armenio Garabet Adjemián tenía originalmente una sastrería y se ve que en algún momento se cansó de ese rubro o se hizo antieconómico, la cuestión es que optó por el rubro eléctrico y transformó el letrero de “Sastre” convirtiéndolo en “Sastre Eléctrico”. Tenía dos hijas y un hijo... El varón fue el reconocido actor Martín Adjemián. Era bastante bohemio y una de sus facetas artísticas tenía que ver con la ejecución del clarinete. Recuerdo que a la hora de la siesta, después del almuerzo, él practicaba con su instrumento, lo que atentaba con el descanso de todos en la cuadra. Cuando ese local se vendió, lo compró José Randazzo, y puso máquinas de juegos (el primero en City Bell). Allí también estuve trabajando como cajero, cuando ya tenía veinte años; finalmente lo compró Nilda Fernández Uliana y abrió su Galería Gauguin.

Siguiendo estaba el comercio de compostura de calzados (actual negocio de ropa) de Sarkis Minassian (hermano o familiar del padre de Kurken).

En el mismo lugar, donde hoy hay un vivero, también lo había en aquel entonces. Su propietario era Guiñazú (que vivía en calle 15). Unos años más adelante se fueron a vivir a Mendoza. Recuerdo cuando cargaron todo en un camión Chevrolet '28 y en él se trasladó toda la familia a Mendoza, el matrimonio y cuatro hijos... Uno de ellos, Rubén, tenía mi edad y con él andábamos a las andanzas con los Capolongo.

En ese terreno, antes de que se instalara el vivero, se hacían las kermeses. Tal vez se usaba también parte del terreno de la sastrería porque en ese entonces todos los terrenos eran baldíos y se comunicaban entre sí. Allí se había hecho una pista de ladrillos y se organizaban kermeses a beneficio... para fin de año, para los carnavales... Una de las instituciones favorecidas con estos eventos era la Escuela 12, que originalmente estaba en calle 8 entre 15 y Pellegrini.



Al lado de este terreno estaba la Delegación Municipal, una casa adaptada que después funcionó como Registro Civil, y en cuyos fondos vivía el “abuelo Durso”. Allí había un bañito, y tras una cortina de bolsas de arpillera dormía él sentado en una perezosa... La comida se la hacía María Bugeiro, que vivía al lado.

En esa casa nació el kiosco “El Pucho”. Como la casa estaba retirada tres metros de la línea municipal, Bugeiro aprovechó ese espacio e hizo una casilla de madera, con una ventana en el frente que se levantaba como techo y allí comenzó el kiosco. Más tarde se levantó un angosto local de material que se conectaba

directamente con la cocina de la casa. El kiosco vendía diarios, cigarrillos, golosinas y de todo un poco... Después, cuando mi papá le vendió el terreno de la esquina de 4 y Cantilo, hicieron el kiosco actual y otro local.

Al lado de la casa de Bugeiro había un terreno vacío donde Tonny Di Carlo puso un vivero. En ese entonces vivía en la zona de Abasto, en un barrio hecho por el gobierno de Perón para impulsar la inmigración japonesa. Ellos tenían el vivero grande allá y traían plantas para su venta. En vacaciones de verano yo trabajé un tiempo con Tonny repartiendo plantas en bicicleta.

Ya cruzando la calle 4 en la esquina estaba la farmacia de Abel Guglielmino y a continuación su casa. La cuadra terminaba en la plaza con un terreno baldío. Yo tenía otro amigo llamado Orlando Gaudicio que vivía en una casa de madera ubicada a los fondos de una de material sobre calle 4 entre Cantilo y 15 y que daba al terreno sobre la plaza, lugar donde “el Gallego” instaló la calesita.

Y allí terminaba mi cuadra, verdadero centro del pueblo... porque para arriba había quintas y terrenos grandes casi sin comercios.

La Patagonia

Cristina Fernández

¿Que si tuvo su encanto?

¡Claro! Al menos para mí, desde 1969 hasta el presente.

Los días que recuerdo: de calor, tierra colorada... arroyo cercano, toscas y eucaliptos, cañaverales y cuevas, paisaje pintado de embarcadero- pagoda y Nirvana.

La calle Patagonia colchón polvoriento, pozos por doquier.

La fábrica de mosaicos, la venta ambulante, heladeros en bicicleta, el afilador de cuchillos, el cartero, alguna que otra gitana... casas bajas.

La noches... en las luces con sombrero, de alumbrado, altas y centradas siendo a la vez, núcleos de plaguitas como purpurina de bichitos.

El recreo... era el Recreo Venecia... cruzando “el Belgrano” alivio a la soledad, el encuentro de todos, la pileta convocante en las tardes de verano. Las familias y los chicos: el bullicio de alegría con frescura que salpicaba cada domingo.

Los puentes: el chiquito, enorme caño, cerca del tanque australiano, cerca del molino, de la selva o del bosque, del aire puro. Nexo a la sinuosidad costera con mariposas guías para poder reaparecer en la ruta.

El grande... de madera, ancho como la calle, invitando al vértigo, invitando al descenso a los más osados. El imponente, el que cobija caudales hilos o madejas de agua amarrada, el que se teme, el fondo de foto, el punto de cita de alguna pareja, o de pibes caña en mano, en patas y en cuero.

¿Patagonia rebelde? No. Barrio que crece.

¿Patagonia dócil? Sí. Ante allanamientos. Ante la crecida del Rodríguez que no respetaba límites...

En las varias y frecuentes inundaciones, en las posteriores zanjas abismos y en el mix de culturas. Españoles, alemanes, portugueses, italianos, paraguayos, correntinos, cordobeses, entrerrianos, platenses, citybelenses. Trabajo y tranquilidad.

Almacenes del barrio que dan azúcar en papel blanco repulgado, galletitas en lata para mirarlas a través del vidrio, la garrafa a palo de escoba y el kerosene para el sol de noche, las bombitas para el carnaval sumando a las palanganas y ollas para regar la calle, el vino o la cerveza para Juan. Para vos... Juan.

Infancia de a pie o sentada atrás, en la bici de mami o papi, tomada a la cintura de ellos con el almohadoncito y con capítulos adrenalínicos marcando el inicio con los ladridos y corridas de los perros. Idas y venidas a la iglesia, a la escuela San Blas, a las clases de guitarra, a la calesita de “La Cantilo” atravesando la inmensa Patagonia... Que en el invierno se padecía de oscura y fría, ventosa como aquella más famosa y con música de crujiros de ramas y truenos estruendosos.

Adolescencia de a pie y, algunas veces, en micro, el 573:

-Parada, chofer...

-Dónde?

-Patagonia.

Y a caminar. ¡Y a caminar, mi vida!

Y a caminar mi vida. ¡Y a caminar la vida!

Historia de “la Casa Abandonada”

Jorgelina Petrucelli

Durante la infancia existe una leyenda, seguramente nutrida por cuentos, películas e historias fantásticas, cuyo contenido es que en todos los pueblos hay una “casa abandonada” llena de misterio. Según mi propia experiencia infantil, en City Bell también.

En la calle 5 entre Güemes y Pellegrini, hubo cierta vez una casa de este tipo.

Un soleado día de 1986, un vecinito de aquel entonces, vino con la noticia de haber escuchado que en esa casa había un muerto enterrado.

Un relato así despertó la curiosidad de los más pequeños del barrio, quienes tomamos la decisión de realizar una expedición, compuesta –si mal no recuerdo– por cinco exploradores, al lugar deshabitado con el fin de buscar al muerto.

Como en esa época era relativamente fácil ingresar desde el fondo de la casa de mis padres, pues por adelante la residencia tenía rejas; sin que ningún adulto lo supiera y habiendo apoyado la escalera contra la pared medianera, pasamos a un balcón interno para después bajar al jardín por una escalera de la morada que también conducía al techo.

Al parecer, el fallecido estaba en la habitación que daba sobre calle 5, exactamente del lado izquierdo, y para llegar hasta al sitio en cuestión debíamos ingresar por atrás, debido a las ya mencionadas rejas.

Obviamente nuestros medios, nuestros conocimientos y nuestra inocencia de niños hicieron que no pudiéramos entrar a la vivienda, puesto que las ventanas también estaban enrejadas, y además toda abertura se encontraba bien cerrada.

Aceptamos la derrota en la búsqueda del difunto y repitiendo los pasos dados, pero en sentido inverso, regresamos cada cual a su hogar con cierta frustración.

Muchos años más tarde, al hablar con una vecina de la cuadra, y contarle a modo de anécdota lo que habíamos hecho en la “casa abandonada”, me enteré que en realidad el muerto había sido velado en la casa, en la misma pieza donde íbamos a buscarlo; pero luego, claro está, había sido llevado al cementerio.

El Savoia en los ochenta

Santiago González Arzac

City Bell es hoy un pueblo extraño, difícil de definir. Para los foráneos es un centro comercial pujante, rodeado de bellas casas y cuadras arboladas que el negocio inmobiliario se ha encargado de explotar. Para muchos otros City Bell es su historia de vida, donde importan las personas y los recuerdos.

Más allá de los caminos Belgrano y Centenario, aparecen barrios con historia y fisonomía propia, como el Martín Fierro, el Ombú o el Savoia. Este último, tan cercano a los puntos emblemáticos como la Plaza Belgrano, el batallón o la estación de trenes, era a mediados de los ochenta el lugar perfecto para varios grupos de amigos que compartíamos una rutina callejera, sin consolas y pantallas led.

A los siete años llegué al Savoia, a una casa de la calle Vucetich que aún hoy habitan mis padres, rodeada de árboles y flores. Enseguida pasé a formar parte de una barra de pibes que jugaban a la bolita en la calle de tierra, y se juntaba frente a mi casa en un gran terreno poblado de eucaliptus que trepaban con destreza. Éramos, por así decirlo, autosustentables. Si no había dónde jugar al fútbol usábamos algún baldío, quitábamos la maleza, con palos armábamos los arcos, y las tardes transcurrían entre largos picados, “bases” y torneos de penales. Tampoco faltaban el metegol y el “25”, que muchos recordarán. Cada tanto aparecía algún desafío que nos trasladaba a canchas más duras, como la del tambo de Rogelio, donde la diversión daba lugar a los raspones y alguna riña menor.

Cuando hacía calor, el almacén de Zuni y Don Ángel abastecía la Coca fría, de litro y vidrio, que se tomaba del pico, entre varios, al borde de una zanja seca. No voy a ocultar que cada tanto un intrépido saltaba a algún parque a robar naranjas, higos o nísperos. Hoy sospecho que algunos vecinos hacían la vista gorda. Jugábamos “a la guerra” con improvisadas armas, y cavábamos enormes trincheras en algún campito cercano. Aún recuerdo a mi vieja preguntándome: “¿A dónde vas con esa pala?”

Pero no todo era fútbol y juegos. También nos tomábamos nuestro tiempo para discutir asuntos relevantes en largas y delirantes charlas, las que, apoyados en alguna pared vecina o tirados en el pasto, transcurrían hasta el anochecer. Los proyectos y planes para el día siguiente no faltaban. Que si íbamos a pescar al codo detrás del Club Hípico, que si la excursión era hasta el “Puente Blanco” del arroyo Rodríguez o más allá, que si había que ir al cañaveral de las vías o mejor aún, a cazar cuises a la estación; capturar ranas en los campos detrás de la Escuela 80 o ir para el “otro lado” a dar una vuelta.

Lo del “otro lado” para nosotros era todo un tema. Un lugar medio prohibido, vedado por los mayores porque había que cruzar las vías y el Camino Centenario, con los peligros lógicos que conllevaba. La arenga podía durar horas, hasta que en un momento partía la comitiva. A partir de allí, infundía verdadero temor que te viera algún delator que “complicara la cosa” con nuestros viejos. Sin embargo, romper las reglas era parte de la diversión y, debo confesar, que a los nueve o diez años actuar

como fugitivos más allá de las vías era una aventura inigualable. Ahí la gracia era dar una vuelta, pasar por las plazas céntricas y la calle Cantilo; simplemente “ver qué había” y volver rápido para evitar el sermón. Mi viejo, por ejemplo, chiflaba desde la puerta al atardecer y había que correr a casa.

Cualquier pibe que haya vivido en el Savoia en aquella época recordará que la calle no presentaba mayores riesgos; que a lo sumo algún matón (que nunca falta) te podía hacer pasar un mal momento; que un árbol caído en alguna tormenta brindaba diversión por semanas, que las casitas hechas de caña y ramas eran el refugio de cada barrita de amigos, y que a ninguno de los varones le faltaba su propia honda hecha de ligustro y goma de suero.

No éramos santos. Las quintas de fin de semana que tenían pileta se exponían a recibir nuestra visita clandestina cuando los dueños no estaban y el calor agobiaba. Una carrera corta, zambullida y a rajar. El verano era siempre una fiesta. La jornada se hacía más larga; la lluvia no impedía salir a jugar, y hasta las zonas inundables eran visitadas, como la lindera a la estación, verdadero ecosistema acuático en los tiempos en que reinaban los batracios.

Nuestro límite en general eran las arterias asfaltadas. Las únicas por esa época eran las calles Almafuerte y López Merino, detrás de la cual está el barrio El Cuchillo. Por ahí no íbamos mucho, en virtud de la mala relación con algunos pibes de esa zona. Tampoco nos adentrábamos tanto en los fondos del Savoia porque nunca faltaba alguno que te “estaba buscando” o al menos eso decían los rumores. Por eso las incursiones eran en bicicleta y ocasionales. Lugares emblemáticos había varios. Uno de ellos era la “casa embrujada del polaco” frente a la placita donde hoy está la garita policial. Allí vivió antiguamente el tan mentado Savoia, en una época propietario de las tierras que hoy llevan su nombre. Pasar por esa vereda de noche no era recomendable, sobre todo si el hijo del polaco (ya fallecido) te observaba detrás del portón con cara de pocos amigos y un extraño lenguaje gutural.

En el Savoia tuve mis primeros amigos verdaderos. No aprendí a jugar al fútbol, pero comprendí lo que es formar parte de un equipo, enfrentar a tipos mayores en tamaño y edad, ayudar al compañero. Supe lo que es ir a buscar respeto deportivo en canchas lejanas, con resultados dispares. Aprendí a pescar, a compartir, a defender lo mío, a pasar un día entero empapado y embarrado; me comí mi primera piña. Fueron cinco o seis años soñados hasta que la escuela secundaria y el rugby me fueron alejando de los pibes y los lugares. Y nuevos pibes y lugares aparecieron, tan distintos.

Aún hoy, pasados los cuarenta, me cruzo con algunos de los muchachos de aquella época. Los caminos se alejaron pero hay respeto, mirada cómplice. No he querido abundar en nombres por temor a la memoria de los apellidos y las fechas, como diría Borges. Sé que algunos tuvieron una vida dura. En ese entonces la magia de la infancia y la imaginación, sumada al entorno barrial y el espíritu de grupo disimulaban cualquier pena o privación, al menos por un rato. Seguramente para ellos, como para mí, el recuerdo de ese tiempo y lugar es imborrable.

Ahora que los hábitos de la infancia han cambiado y la calle no es la misma, añoro para mis hijos aquella vida, solo asimilable con lo que hoy disfrutan en esporádicos campamentos escolares o cortas vacaciones agrestes. City Bell es hoy un pueblo extraño, difícil de definir. Un día fue, en barrios como el Savoia, un mundo pequeño y perfecto para quienes tuvimos la dicha de habitarlo.

Una casona testigo de la historia

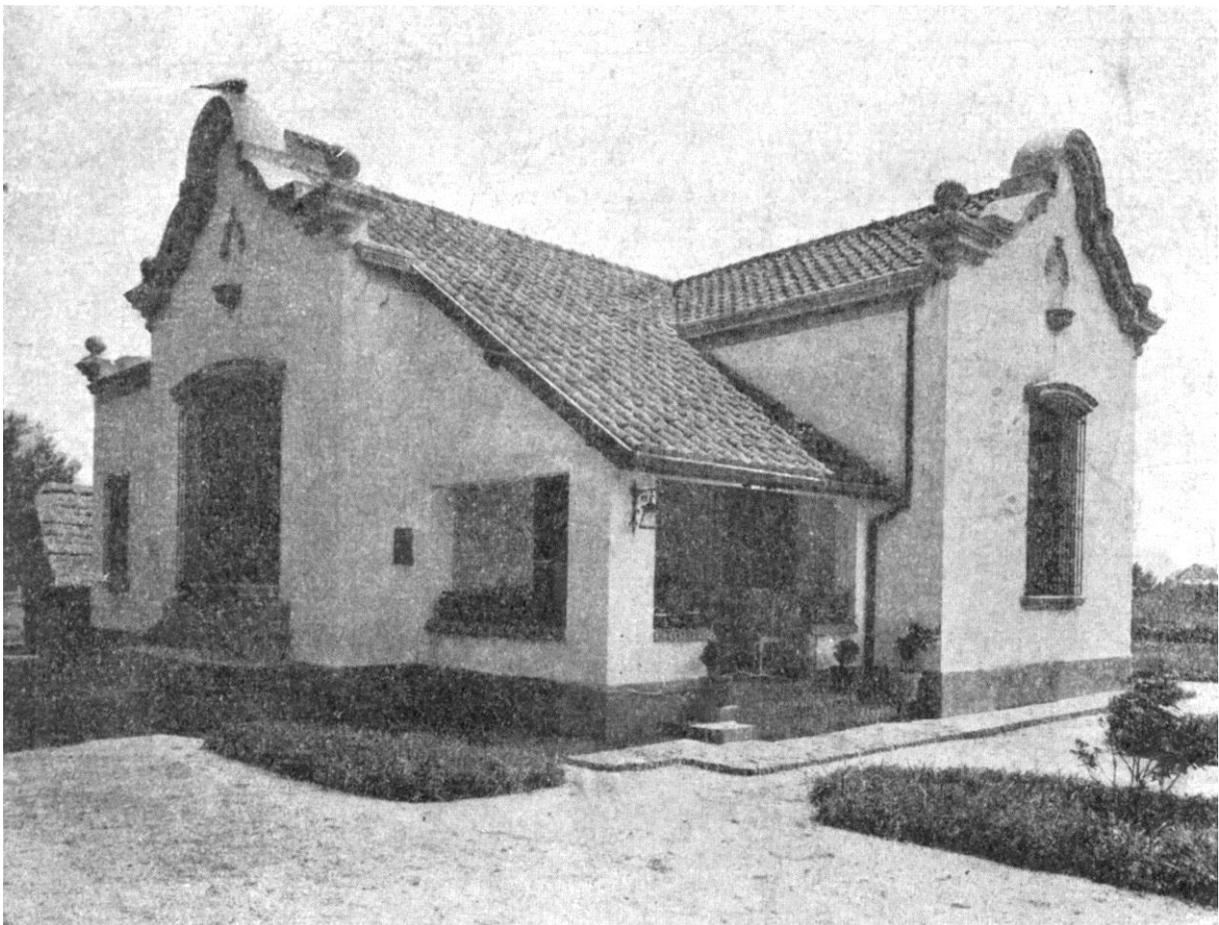
Club Atlético City Bell

Este año City Bell celebró su 105º aniversario, y esa cifra dice que la historia de nuestro pueblo ya abarca la mitad de la historia de la Patria, e involucra a cinco o seis generaciones de habitantes de estas tierras.

En los últimos años, muchas de las primeras casas de esta localidad, construidas en la década del 20, han perdido una batalla desigual contra un desmedido crecimiento comercial. Intervenidas sin respetar sus estilos originales, perdiendo su elegancia original, y en algunos casos hasta siendo demolidas, esas antiguas edificaciones han perdido su antiguo esplendor.

De entre todas estas casonas hay una, la actual sede del Club Atlético City Bell, que supo dar batalla al crecimiento comercial, y aunque un poco oculta a la vista del transeúnte, hoy sigue sintiéndose orgullosa de su origen y de su historia.

La casa fue construida en el año 1920 por la “Sociedad Anónima City Bell” y destinada a “Casa de Té” y actividades sociales. Fue la primera construcción del pueblo, a solo seis años de su fundación, y con casi cien años de vida, sigue cumpliendo con esta función social.



En el año 1925 fue anfitriona en la visita a la localidad del entonces Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, José Luís Cantilo, cuya presencia sirvió de impulso para muchas mejoras en el pueblo.

A partir del año 1927 funcionó en esta casa la primera Central Telefónica (que constaba de solo 10 líneas) hasta que se habilitó la antigua “Unión Telefónica” sobre la avenida Cantilo entre 6 y 7.

Las primeras misas se oficiaron en 1929 en una casa de familia sobre Cantilo, muy próxima a la estación; pero durante los primeros años de la década del 30, hasta la inauguración de la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús en 1938, las celebraciones se realizaron también en esta casona.

El Club Atlético City Bell había sido fundado en noviembre de 1926 pero no tuvo sede propia en sus primeros años de vida. Recién en el mes de mayo de 1939 (hace 80 años) el Club adquirió la propiedad, y en 1950 se fusionó con la Asociación de Fomento uniéndose los objetivos de ambas instituciones en el actual “Club Atlético y Fomento”. Desde entonces el Club y la casona están unidos en forma indisoluble.

En el año 2009, luego de importantes tareas de manteni-miento integral y puesta en valor, las instalaciones del Club fueron reinauguradas y es así como en la actualidad esta casa, a un año de cumplir su primer siglo de vida, conserva su presencia en pleno centro de City Bell; y continúa, como desde su origen, con sus puertas abiertas a la comunidad...

Volver...

Julio A. De Bodt

“He nacido en otra ciudad
que también se llamaba Buenos Aires”

Jorge Luis Borges

Plagiando al genial Borges, comenzaré este apunte con la siguiente idea: He nacido en otro pueblo que también se llamaba City Bell.

Podría optar por transcribir el poema completo, intentando un juego de ingeniosas sustituciones que explicarían perfectamente mi sentir ante la sola mención de mi lugar natal. Pero elegiré esforzarme un poco más (o menos, si sumáramos el esfuerzo del autor original); en principio porque no tengo edad adecuada para semejante nostalgia, luego porque lo que quiero ejecutar no es un disparo contra el progreso, que creo ha progresado bastante bien, sino la traducción en una acuarela (inevitablemente diluida), de ciertas sensaciones indelebles que llevo impresas y que tal vez compartan numerosas personas de mi generación.

La expresión que encabeza este texto es literal, ya que vi la luz por primera vez en la Clínica de City Bell, en mayo del 75. Basta este dato para adivinar que era otro pueblo, otro país, otro mundo, más parecido al de mis padres que al de mis hijos. Y viví allí la mitad de mi vida. La primera mitad. La que no da revancha. Y fui absolutamente feliz.

Mi niñez fue calles de tierra, zanjas, bicicletas y bolitas. Fueron siestas conversadas con amigos, esperando que alguno llegara con la noticia de haber encontrado otra casa abandonada y aún inexplorada. Fueron veranos interminables de pileta y decenas de primos. Fue no necesitar salir jamás de la pequeña aldea que lo tenía todo. Fue también sospechar el City Bell fundacional, a través de los relatos de mi abuelo, quien se estableció en la década del 30, cuando las visitas y paseos eran a caballo.

Durante mi adolescencia comenzó a terminarse el siglo, mi ingenuidad y la de todo el planeta. City Bell se amplió a Gonnet y algo menos a La Plata, hasta que empecé la Universidad.

En la segunda mitad de mi vida, la obligada adultez y la profesión me llevaron a residir en varias ciudades diseminadas entre el centro y el norte del país, hasta que la madre de todas ellas me adoptó como un nuevo hijo. Pero siempre que regreso, marchita ya la frente y plateadas mis sienes, siento que vuelvo, como dice Le Pera y canta Gardel, al primer amor.

Santiago del Estero, mayo de 2019.

Cantilo: su vieja arboleda de plátanos

Oscar González Arzac

Quienes hayan observado los *plátanos* que en doble hilera cortan la Plaza Belgrano podrán imaginar cómo era la calle Cantilo hacia mediados del siglo pasado y hasta avanzados los años 70. Esa muestra histórica que nos dejó la vieja traza de Cantilo que cruzaba toda la plaza, es el fiel recuerdo de la frondosidad que tenían las veredas desde Labougle (hoy Camino Centenario) hasta Sarmiento; de ahí en adelante, hacia el Camino Belgrano predominaban los *paraísos*.



Uno de los principales recuerdos de mi primera infancia en City Bell, en Pellegrini entre Sarmiento y 16, tienen que ver con el verdor, el calor, la humedad, los truenos y relámpagos, el barro, los baldíos cubiertos de pasto y los mosquitos. No podía ser esto tan impactante para un niño, si no se tuviera en cuenta que mis padres y sus cuatro hijos, llegábamos en 1958 a instalarnos en esta localidad provenientes de la tan patagónica, seca y ventosa Comodoro Rivadavia. Los contrastes de la naturaleza eran evidentes, y así me impresionaron.

Luego, desde 1959, transcurrió mi infancia y adolescencia viviendo en la esquina Norte de 6 y 13, a una cuadra de Cantilo, calle principal donde resaltaban tanto aquellos hermosos *Plátanos*, de vistosos troncos marmoleados de verde, gris y marrón, sus bellas hojas palmadas y aquellas singulares infrutescencias globosas

que luego de caídas las hojas y aún avanzado el invierno, persistían colgando como inmóviles esferas de adorno. Dos hileras de hermosos árboles, apenas interrumpida por unas pocas especies diferentes; recuerdo bien una de ellas, de alto porte, un enorme *álamo carolino* ubicado en la esquina Sur de Cantilo y Jorge Bell, coincidente con los fondos del Almacén de Pontalti (luego Riera), en el lugar donde se construyó luego la por entonces “moderna” Galería, que hoy perdura. Ya sobre Jorge Bell, al costado de la cancha de bochas del Club Atlético, también había otros grandes *álamos carolinos*.

Un entretenimiento infantil acontecía cuando en ciertos años la cuadrilla municipal podaba los *plátanos* y dejaban sus ramas varios días apiladas en los bordes de la vereda. Eso resultaba ser un apetecible plato de diversión para los chicos del vecindario, que nos juntábamos en dos grupos para arrojarnos las inofensivas esferas marrones de los plátanos podados, de una vereda a la otra; solo se interrumpían los proyectiles cuando pasaba el Micro 3 (¡cada diez minutos!) o cuando desde la Unión Telefónica (Cantilo entre 6 y 7) las personas que soportaban largas esperas para conseguir una llamada nos pedían calma y silencio.

Avanzada mi adolescencia fui testigo de la tala absoluta de todos los *plátanos* desde el Centenario hasta la Plaza, motivado por alguna decisión burocrática, quién sabe si en respuesta a una solicitud de los comerciantes para mejorar la visibilidad de sus locales, bastante tapados por la frondosidad de estos árboles, o por esa mala fama que arrastra el *plátano* de provocar alergias a algunas personas, o quizás por ambas cosas. O tal vez haya sido por la primera causa, pero con el argumento de la segunda.

Respecto de esta última cuestión de las alergias, no hay comprobación fehaciente de que el causante sea el polen de esta especie. Me inclino a adherir a la hipótesis de vincular las molestias respiratorias con el polvillo que durante varios meses acumulan esas infrutescencias globosas y se desprenden los días ventosos cuando estas se deshacen para permitir la liberación de pequeños frutos secos y peludos; esto acontece en coincidencia con los inicios de la nueva floración anual. El *plátano* es uno de los árboles de mejor y más armónico crecimiento que podemos apreciar; su simetría lo hace destacado en una parquización y se torna inconfundible en cualquier paisaje. Su fama de alergógeno no lo ha beneficiado. Paradójicamente, en Barcelona, Shanghái, París o Nueva York, entre otras grandes urbes, me consta que lo utilizan para la forestación y reforestación de sus veredas. Y sin irnos tan lejos, en la propia ciudad de Mendoza se observan la mayoría de las calles arboladas con viejos y muy vistosos *plátanos*. Es más, en nuestra moderna Estación City Bell, el Ferrocarril privilegió la subsistencia de *plátanos*, conservando unos pocos ejemplares añosos en sus andenes.

Además de aquella hermosa hilera de *plátanos*, penosamente destruida, se destacaban algunos grandes árboles de otras especies creciendo dentro de las propiedades contrastando con aquellos, como el *cedro* de Cantilo y 8, del cual hoy solo queda su seco esqueleto, un *nogal americano* sobre un baldío cerca de la esquina Sur de Cantilo y 7, los *cipreses* ubicados entre 6 y 7, muy cerca de ellos el *pino Paraná* (Araucaria), en el frente de la casa donde funcionaba la antigua y pequeña Boutique

Berlú, y un par de palmeras *pindó* en un antiguo baldío lindero con la Unión Telefónica, frente a la vieja Ferretería “El Pilar”, edificio donde en los inicios de City Bell funcionó la Pulpería de Trinidad Fernández. No recuerdo bien pero en una casa de Cantilo entre Centenario y 8, cerca de la Pizzería y Heladería “La Madrileña”, creo que había un enorme *pino* que desapareció hace años junto con su antiguo edificio.

Al llegar a calle 6, en la esquina y también mirando hacia ambos lados aún hoy abundan los *tilos* que entre calles 13 y 15 fueron aportados y monitoreados con entusiasmo por Don Juan Bello. Todos son hijuelos de un gran árbol de esta especie que había en el jardín de su casa, ubicada en la esquina Sur de Cantilo y 6. Yo mismo planté en el invierno de 1969, los *tilos* que hoy lucen en lo que fuera mi casa familiar, devenida hace poco en una gran Cervecería. ¿Y si en Cantilo también se hubieran plantado *tilos* cuando extirparon los *plátanos*?

Pero, volviendo al punto: ¿qué fue de la reforestación de Cantilo luego de la cuestionable eliminación de los *plátanos*? A alguien se le ocurrió plantar *acacias bola*, una variedad de la *acacia blanca* con una ornamental y llamativa copa esférica. Estos arbolitos son vistosos para una vereda, de baja altura lo cual permite ver las vidrieras y los carteles comerciales, no florecen ni arrojan frutos indeseables porque son injertos y tampoco deben podarse. Todo bien con ellos, pero de repente Cantilo se transformó en un tórrido páramo en las soleadas tardes de verano. Además, cuando sobrevinieron los primeros temporales con fuertes vientos muchas de estas plantas comenzaron a quebrarse a la altura del injerto, perdiendo casi en su totalidad esa copa globosa. Invariablemente, esto dio lugar luego al rebrote del portainjerto o pie, es decir de la mismísima *acacia blanca*, un árbol de mayores dimensiones, poco apto para las veredas angostas de Cantilo, con espinas, escasa frondosidad y muchas veces con crecimiento asimétrico y desordenado. A su favor, presenta una floración vistosa, con largos racimos de flores blancas. Una caminata por la Cantilo actual deja ver aún algunas *acacias bola* sobrevivientes y en buen estado pero solo más allá de la Plaza Belgrano, y también algunas pocas *acacias blancas* ya bastante desarrolladas hacia el lado del Centenario.

Pero la cosa no queda aquí; cuando hace unos cuantos años se mejoraron gratamente las veredas de Cantilo, ensanchándolas y colocando asientos, se decidió la plantación de *fresnos dorados* y de *liquidámbar*. Los primeros, sin duda una muy buena elección, pero los segundos no tanto. Si bien el *Liquidámbur* es un hermoso árbol, con hojas palmadas muy bonitas, que viran al amarillo o rojizo en otoño, producen unas infrutescencias globosas que al caer al suelo deambulan indefinidamente y además, por ser ganchudas y muy livianas, suelen entorpecer los desagües con frecuencia. Son parecidas a las de los *Plátanos*, pero no se deshacen y ahí radica su perjuicio. Una calle como Cantilo requería al rehacerse sus veredas desagües pluviales en condiciones de soportar lluvias torrenciales, y estas infrutescencias resultaban definitivamente perjudiciales.

¿Qué queda entonces hoy de la arboledita de Cantilo desde la Plaza Belgrano al Centenario? La fría historia evolutiva nos podría relatar que de los homogéneos y sanos *plátanos* de antaño, pasamos luego a las alicaídas y sufridas *acacias bola*, con

su consecuencia accidental en las inesperadas *acacias blancas*, culminando finalmente con los *liquidámbar* y *fresnos dorados*. Pero no es tan así. Cantilo, desde Centenario hasta la Plaza, culminó en un rejunte de no menos de una docena de especies, algunas decididas por los propios frentistas, a veces de manera acertada y otras errónea. Cuando se elige un árbol, debe averiguarse antes cómo será su aspecto quince años después, si sus hojas son caedizas o no, si al caer se pudren rápido o persisten en el suelo causando dificultades, si sus flores son grandes y vistosas pero al caer dificultan la limpieza de las veredas, y lo mismo con sus frutos, si son carnosos y se pudren en el suelo, si son secos y livianos y tapan desagües, etc. En los viveros todas las plantas son lindas y llamativas; los problemas sobrevienen después con los potenciales daños a veredas, patios, cañerías, techos y demás.

Después de la era de los *liquidámbar* y *fresnos dorados* no parece haber habido un plan de reposiciones homogéneo para Cantilo. Hoy, caminando casi sin sombra, sobre todo desde Centenario hacia 7, podemos ver *liquidámbar* bastante deteriorados por un decaimiento propio de esta especie que terminará por secarlos, obviamente *fresnos dorados* la mayoría en muy buen estado de desarrollo, *jacarandás* que son una buena opción, unos pocos *fresnos americanos*, *arcas comunes*, *lagerstroemias*, unos bajos arbolitos de flores rosadas o blancas, y otros ejemplares desordenadamente distribuidos que parecieran ser el resultado de alguna acción de frentistas que plantaron un aislado *ligustro*, un par de *tilos*, *prunus*, *palo borracho* o arbustos del muy tóxico *laurel rosa*. Destaco en la esquina Este de Cantilo y 7, un *plátano* que brilla como si pretendiera ser el eslabón perdido. Como se ve, un muestrario de especies diversas, con poca homogeneidad y sin darle la personalidad que necesitan las transitadísimas veredas de Cantilo.

En cualquier caso, a esta altura al ocasional lector no le asombrará mi nostálgica conclusión: ¡te extraño mucho mi querida Cantilo, calle de *plátanos*!

Personas y personajes



- Pioneros reunidos en 1969 con motivo del 55º aniversario de City Bell
- María Díaz de Bugueiro, Vicenta Gamero de Büchele y el abuelo Durso
- Enfermera Lía López
- Pepeco

Pippo

Beatriz Susana Faraoni

En el año 1976 yo cursaba cuarto año de la escuela secundaria en el Instituto José Manuel Estrada de City Bell. La educación por esos años nefastos era netamente enciclopedista, informativa, y el profesor tenía todavía el principio de autoridad, no había lugar para el análisis y mucho menos para argumentar, debatir o tener pensamiento propio (1976).

En ese contexto aparece un profesor que rompe con las estructuras establecidas, Federico Pippo, profesor de literatura, por aquellos años, había literatura española en 4to año, y literatura argentina e iberoamericana en 5to año. Pippo fue el único profesor con el que logramos un vínculo, una relación afectuosa, era buen mozo, carismático, excelente narrador y orador, simpático, apasionado en su materia, y cuando daba clase transmitía esa pasión. Me acuerdo que se reía mucho, a carcajadas, cosa rara en los profesores en esos tiempos, con él llegamos a tener un vínculo hermoso. Es ese profesor que llega al alma, en el que pensás cuando te hablan de un buen profesor, nos contaba cosas de su vida personal, algo inusual en esa época. Estaba casado con una profesora de inglés Oriel Briant, que era muy bonita. Ya tenía una hija y mientras fue nuestro profesor nació otro hijo, y nos hacía partícipes de su vida personal. A mí me encantaba literatura, pero creo que todos disfrutábamos de sus clases. De mi promoción cuatro compañeras estudiamos profesorado en letras, su influencia fue fundamental.

Yo, particularmente lo amaba. Después lo tuve dos años en la Facultad de Humanidades y me decía “mi discípula”; eso me hacía sentir orgullosa. Estando en la facultad estuvimos en muchas oportunidades en su casa, corrigiendo y entregando trabajos, y todo era cálido y agradable. En el año 1981 lo vi por última vez, y el 11 de julio de 1984 amanecemos en City Bell con la noticia de la desaparición de Oriel Briant, su esposa, y su espantoso asesinato dos días después, del cual él era firme sospechoso. Cómo explicar los sentimientos que se agolparon en mi corazón ¿era asesino material o intelectual? Muchas cosas supe ahí que él, deliberadamente las había ocultado, por ejemplo que trabaja en la policía ¿era de los servicios?, jamás llevó traje de policía. Se habló también de su presunta homosexualidad, de una rara excentricidad y de su violencia, otra cara del profesor, feroz y execrable.

Nunca se supo la verdad, el crimen hoy está impune. Pippo quedó libre por no tener suficientes pruebas; la sociedad lo condenó, no le devolvieron las cátedras y terminó loco, hablando solo por el pueblo. ¿Culpable protegido por la policía? ¿Inocente con condena social? Se llevó el secreto a la tumba.

La última vez que lo vi deambulaba, con un sobretodo largo y negro, a la orilla del camino Belgrano; nos cruzamos, me miró, yo lo miré a los ojos y le dije: “profesor”; él me miró y me dijo: “hola”. No me reconocía, por supuesto, ni se reconocía a sí mismo era una imagen decadente y profana del otrora profesor, una sombra buscando su alma rota.

El Viejo Lima

Alfredo E. Gismano

Años atrás, solía recorrer las calles de City Bell un personaje muy particular. ¿Por qué particular? Por todo. Su imagen mostraba al típico gaucho trabajador de las estancias. Recordaba haber trabajado en la Estancia de los Bell, como así mismo en la estancia del pago El Rincón.

Decía haber nacido en el Uruguay, y se lo veía sentado en la puerta de su casa de la calle 3 entre Pellegrini y Güemes tomando unos mates. De carácter fuerte, mejillas enrojecidas por el sol, rubio con cara de malo; tuerto del ojo izquierdo por un accidente, caminaba empilchado con ropas gauchas, rastra y facón a la cintura y con sombrero de ala ancha, que lo hacían inconfundible en todos lados.

Había sido resero y llevaba animales a pastar entre las estancias de City Bell; manejaba el lazo con maestría; domador de tropillas que se reflejaban en sus piernas curvas por tantos años de andar a caballo.

Por su carácter fuerte y arrebatado, un día se peleó con su esposa, la que lo dejó plantado y se fue a vivir con sus hijos a la vuelta de su casa por la calle Pellegrini.

No había fiesta patria en City Bell que no lo viera desfilando sobre su caballo manchado, que era su orgullo y se distinguía del resto por los cabezales y riendas con detalles de plata y oro, bellísimos. Fue en una de esas fiestas que ocurrió lo que paso a contarles.

Para los que no saben o recuerdan, los terrenos que hoy ocupa el Club Banco Provincia (donde están las canchas de fútbol), fueron cedidos en esos años al Club Juvenil; allí tenía su cancha de fútbol.

En derredor de la misma se confeccionó una pista de carrera para autos midget, que tuvo su época de apogeo por el 50. Justamente allí ese año, para el día de la tradición, se hicieron varias pruebas ecuestres, en las que los paisanos de la zona demostraban sus habilidades. Allí se llevaban a cabo las carreras de sortijas. El animador anunciaba a viva voz la nómina de los corredores a medida que desfilaban frente al palco. Cuatro agentes de policía cuidaban para que la gente no cruzara la pista. Entre los corredores apareció el Viejo Lima. Desfiló con el puntero cruzado en los dientes, saludando con el sombrero en la mano derecha.

Pasaron todos, y se pusieron en fila según el orden previsto sobre la calle 20, a la sombra de las moreras que allí estaban. Eran unos cinco o seis corredores. A una orden del animador, que a esa hora del día ya se había tomado hasta el pulso, comenzó la pasada. Primero pasaron los otros a la carrera pero sin suerte. El gaucho Lima pasó último y logró la sortija. Acompañado por los aplausos, el viejo, orgulloso la llevó al jurado en el palco.

Allí el animador con muy mal gusto y queriendo hacerle una broma, le dice: “*estás descalificado*”. “¿Por qué?” preguntó el ganador, a lo que recibió como

respuesta: “Usted no cerró el ojo para tomar puntería”. El viejo se enfureció, sacó el facón y atropelló el palco persiguiendo al animador.

La fiesta terminó en la comisaría, todos presos.

El Viejo Lima nunca más participó de esas competencias.

Anécdotas y testimonios del Padre Dardi

Recopilación de Oscar Reynaldo Alonso

Extraídas del libro “Dardi, El cura inolvidable de City Bell” escrito por Oscar Reynaldo Alonso para el “1er Congreso de Historia de la Iglesia Platense” (1997) y reproducidas en este libro con la autorización de su familia.

Amor a los animales

Cual epígono de San Francisco, el padre Dardi tenía un entrañable afecto por los animales. Con frecuencia solía concurrir al patio del colegio Ceferino Namuncurá donde, con la boca, emitía sonidos que imitaban un “pío-pío” para llamar a los pajaritos. A su vez, arrojaba migas de pan en el suelo, para tentar el apetito de las avcillas. Entonces aquellas bajaban a servirse del alimento y lo rodeaban entre un bullicio de aleteos.

Quienes observaban la escena aseguran que constituía un cuadro mágico y sublime.

Otras manifestaciones de cariño acaecían con los perros del vecindario. Sucedió que durante las misas de los domingos el templo se llenaba de gente... y de perros. Porque el cura no permitía que se echara afuera a los canes; los dejaba quedarse hasta el final de cada ceremonia. Entre ellos estaba “Manolo”, un ovejero alemán tan bueno como grandote y torpe, que concurría todos los domingos con sus dueños. Decía Dardi que era “el más fiel de los parroquianos, ya que nunca faltaba a misa”. Y el perrazo, que imitaba ciertas actitudes de los humanos, hasta se presentaba en la fila de la comunión.



Sin distinción de estatus

Otra imagen que tengo del Padre es de cuando aparecía en mi casa los sábados a la mañana para pedirles a mis hermanos varones que fueran a tocar el armonio a algún casamiento -señala la misma señora- o porque Dardi tenía una preocupación muy especial por los novios. Casaba a mucha gente humilde y se ocupaba de que tuvieran una ceremonia importante. Debía estar linda la iglesia -y siempre lo estuvo- y, por supuesto, no podía faltar la música. Recuerdo que al finalizar los

casamientos alcanzaba en su jeep a mis hermanos hasta el lugar donde tuviéramos fiesta ese sábado a la noche. Y cada tanto, se presentaba en casa con una bolsa enorme de facturas -que algún panadero le regalaría- que no podíamos negarle porque era el signo de su gratitud, y para nosotros una conmovedora lección de humildad.

El mejor vino

Fueron varios los albañiles y operarios de la zona que trabajaron aunque sea una vez, en la construcción de los colegios, a través de los años que demandó la misma.

Entre ellos hubo uno con fuerte adicción al vino que, cuando podía, hacía un *impasse* en las horas de trabajo y se disparaba a tomar una copita en un bar de las cercanías.

Conocedor Dardi de la debilidad del obrero, solía invitarlo cada tanto a beber en la cocina. Entonces tomaba una botella de leche y le servía en un vaso, obligándolo a beber.

-Este es el vino que tomo yo -le decía.

Cacerolazo

Durante mucho tiempo la calle Intendente Silva -vía directa hacia la parroquia Sagrado Corazón- estuvo notoriamente deteriorada y alejada de las manos de las autoridades, que no hacían caso de los reclamos comunitarios. Cuando llovía la arteria se volvía intransitable por los pozos y el barro. Sucedió entonces que, cuando había casamientos, muchas novias no podían llegar en auto hasta la puerta del templo porque se lo impedían las malas condiciones de la calzada.

Ocurrió que un día el jeep que todos conocían apareció virtualmente enterrado en uno de aquellos profundos baches, rodeado de un montón de chicos que golpeaban cacerolas y reclamaban a gritos que se arreglase la calle. Todo ello, delante de los fotógrafos de los diarios que habían sido convocados previamente a registrar la protesta pública. Para todos resultó una particular diversión, y finalmente sirvió para que las autoridades pertinentes hicieran las reparaciones necesarias a fin de que las novias pudieran pasar sin trastornos los días de lluvia...

Sin calzado

“En una época tenía unos zapatos muy gastados, me acercaron un par nuevo para que se los entregara al párroco; la persona que los había comprado me preguntaba periódicamente si le habían quedado bien al Padre, y yo no sabía qué responderle, pues nunca se los había visto puestos.

Finalmente me admitió que se los había dado a otro que los necesitaba más que él”.

Chistoso

Conservó su humor hasta último momento.

Una señora de su amistad cuenta que pocos días antes de que entrara en la

etapa final de su enfermedad fue a visitarlo en compañía de su esposo. “Al retiramos él insistió en caminar junto con nosotros hasta el portón que daba a la vereda. Mi marido, preocupado porque él tendría que regresar andando solo, le dijo que no se molestara en acompañarnos; a lo que él respondió:

-No es un gesto de cortesía, es que me quiero asegurar de que te vayas”.

Tortolitos

Una maestra cuenta la siguiente anécdota:

“Con frecuencia venía a buscarme al aula para que tomara o pasara datos a los libros de la Sacristía. Una tarde dijo que nos necesitaba a las dos únicas maestras del turno. Le reclamamos, ¡cómo íbamos a dejar a los chicos solos! y nos respondió: - Dejen que se diviertan un rato, ¡pobres chicos! ¡Siempre con las maestras rezongonas!

Mientras lo acompañábamos a la Sacristía nos contó que habían aparecido “dos tortolitos” que se querían casar.

Esos dos tortolitos resultaron ser una pareja de viejitos. Nos condujo a los cuatro al altar y ante nuestra sorpresa ¡los casó! Fuimos los padrinos de la boda”.

El casamiento

Otro vecino cuenta: “Cuando me casé yo estaba parado en el altar, al lado del Padre Dardi. Mi entonces novia tardaba en entrar, como suele ocurrir con todas las novias. Yo estaba nervioso, como agarrotado. Por ahí siento que el Padre Dardi, sin mover mucho la boca, me dice: -Mirá que linda puerta tenés ahí.

Yo lo miré sin entender mucho y me volvió a decir: -Mirá qué linda puertita esa -y con los ojos me indicó la puerta de la sacristía.

Yo seguía sin entender. Y me dijo: - Aprovechá que todavía estás a tiempo. Escapate ahora. Empecé a entender, y le dije que no, que me quería quedar.

-Bueno -me dijo por último-, acordate siempre de que te di la oportunidad de no casarte y que la desperdiciaste. Si dentro de un tiempo me venís con que te querés divorciar te pego con un palo en la cabeza”.



Trabajo

Cuentan unos quinteros de la zona que, cuando se hallaban trabajando la tierra, se aparecía el Padre Dardi en su jeep.

- ¡Hola, hola! ¿Qué hacen estos trabajadores? Ustedes trabajan mucho.

Ellos, a su vez, le replicaban que él también era muy laborioso.

- Yo no puedo ir al cielo con las manos vacías. Hay que hacer obras y obras...

Contener a los chicos

“El Padre Dardi quería que miráramos al niño tal como es, y sin considerar de dónde viene. Teníamos que aceptado fuera del credo que fuere. A los niños primero había que albergarlos, educarlos y, recién después, enseñarles la religión.

Al Colegio Ceferino venían chicos de la Casa del Niño de Gonnet, abandonados, y había que darles alojamiento a todos.

Él era estricto con los docentes: con el mejor humor y con mucho amor nos corregía. Si nos descuidábamos cinco minutos se enojaba, porque habíamos perdido cinco minutos con los niños.

Confiaba en los docentes. Imponía respeto y nadie se animaba a engañarlo. Fuimos queriendo la escuela por él”. (Una maestra)

Día de la Madre

Una colaboradora de la Parroquia relata una homilía del Padre Dardi que la impresionó vivamente:

- “Una de las últimas misas que ofició coincidió con el tercer domingo de octubre, Día de la Madre; ese día realizó una reflexión muy profunda sobre la figura materna, la que nos emocionó a todos. Pero más nos asombró cuando luego pidió permiso para hablar de su propia madre, ya que él mencionaba muy poco a su familia. Dijo muy pocas palabras, pero muy sentidas. Se expresó así:

“-Mi mamá. ¿Qué le di yo a mi mamá? Solo disgustos. Cuando más me necesitó, no me tuvo. Temprano, muy joven, me fui al Seminario. Luego viajé al África... Solamente le di disgustos a mi mamá”.

Fue todo lo que dijo y no habló más de su madre, pero a nosotros nos dejó impresionados por la humildad que, nuevamente, nos manifestó”.

Enfermedad

Una noche de Navidad, luego de la ceremonia, reunió a todos los que habían colaborado y les convidó con una copita de vino de misa. Una maestra del colegio Ceferino Namuncurá estaba con el novio, que no conocía al sacerdote, y ambos vieron propicia la oportunidad para pedirle a Dardi que bendijera las alianzas que habían llevado. Se acercaron con esa intención:

- Padre, le presento a mi novio...

- No hace falta que me digas que es tu novio. Tiene mirada de chico enfermo.

Oprimido

En una ocasión dijo: “Yo me hice cura para no depender de ninguna mujer y tengo catorce maestras que me mandan”.



Roberto Themis Speroni

Silvia Brunatti

Roberto Themis Speroni fue un poeta muy reconocido, pero mi propuesta es hablar de él como vecino de City Bell.

Roberto era primo de mi papá, ambos tenían la misma edad, eran de 1922. Pero mi mamá siempre nos puso una distancia familiar por su fama bohemia. Recién el año de su enfermedad comenzó a hablarse más de él en casa. Aparecieron sus libros y me impactaron sus sonetos. Murió muy joven, a los cuarenta y cuatro años.



Llegó a City Bell a los siete años, en 1929, cuando su padre compró una casa donde la familia vivió hasta 1946. El chalet existe aún hoy en calle Cantilo entre Sarmiento y 17, quien se asome a su jardín podrá ver en la pared del frente de la casa una pequeña placa en su homenaje colocada por la Municipalidad de La Plata.

En esa casa transcurrió su infancia y juventud junto a sus hermanas Berenice y Brunilda, a la que le decían Guigui, y su hermano Daniel, el más chico.

Me contó Berenice que con otros chicos del barrio entre los cuales se destacaba su mejor amigo “Chispa”, Tomás Diego Bernard, jugaban en la calle. Un día Bere quedó en el medio de una guerra de frutos de un árbol, tipo toronjas y una le dio en su cabeza dejándole un recuerdo imborrable de la niñez.

La casa de los Bernard estaba en la otra cuadra, entre 17 y 19, en la vereda de enfrente. En realidad eran dos casas contiguas unidas, de las cuales una ocupaba la familia y la otra, la de huéspedes, era ocupada por los chicos del barrio los fines de semana. La llamaron “Tambor de Tacuarí”, y allí, a los 13 años, comenzó a mostrarse al gran artista que sería Roberto Themis. Interpretaba obras infantiles, se disfrazaba de chino y hacía prestidigitación y trucos que entretenían a los chicos del barrio. La magia que hacía con las manos, luego las haría con las palabras, dijo su amigo Chispa.

Ya más grande tenía una barra de amigos que iban a los bailes del club, sobre todo los de carnaval. Cuenta Alicia de Urraza, cuya casa daba a los fondos de la de

Roberto, que le decían “Tete” y que era muy divertido; le gustaba disfrazarse. Una vez con sus ojos verdes disfrazado de mujer engañó a alguien de tal forma que cuando se dio cuenta quiso trompearlo.

La casa en la que muere no es la de Cantilo de su niñez, sino una en el extremo de la diagonal 19 de Noviembre, la que parte de la plaza San Martín y finaliza en el Centenario. Allí detrás de una ventana posó para la foto más conocida de él, la de la tapa del libro de Ana María Lahite donde se destacan sus ojos verdes y la mirada enigmática y seductora. En esa casa vivió con su mujer Nelly que fue Secretaria de Educación, dio estímulo a instituciones, entre ellas el colegio Pedagógico, llamado precisamente Roberto Themis Speroni.

La señora de Pinocho

Daniel Vendramin

Inés fue, es y será “La Señora de Pinocho”...

Este humilde homenaje es para ella, pionera del comercio de City Bell.

Supo hacer de un pequeño negocio un sustento familiar...

Dispuesta a ayudar a quienes lo necesitaran. Protectora de rateadas, guardería de niños, rescatista de canoplas, cuadernos y portafolios olvidados.

Implementó la recordada “lista de morosos”, que era el terror de los padres. Muchos de ellos han visto sus nombres eschachados en la vidriera. Un papelón.

Recuerdo las veces que iba a casa (que estaba a metros del local) a buscar algún libro con información de San Martín, el ombú o la lombriz para prestarle a alguna madre que se quedaba esperándola dentro del local. Una especie de “Google” de los setenta. Siempre por el simple hecho de ayudar.



Pasaron muchos años, murió joven “la vieja” pero su presencia es permanente y guía el rumbo del trabajo diario. Es un ejemplo que está a nuestro lado y nos marca el camino a seguir.

El recuerdo de exalumnos, padres y abuelos, maestras y vecinos es permanente. Nos hace bien saber todo lo que dejó, no solo en nosotros, sino en todo el mundo que la conoció.

Ya pasaron más de 53 años desde que Pinocho abrió sus puertas...

City Bell era otro. Los vecinos eran todos conocidos, nos saludábamos, íbamos a la panadería de Don Jesús, a lo de Brotto, al almacén de Riera o de Kurken, a lo de Bello, Valenti, La Madrileña, Víctor, etc., en bici, short y en patas. No era ni mejor ni peor, solo distinto.

Sin embargo Pinocho está igual e Inés (la Señora de Pinocho) está siempre presente marcando nuestros pasos.

Pasamos años duros y difíciles, pero Pinocho sigue adelante. No es casualidad, es el ángel que nos protege. Inés, mi vieja, o para muchos “La Señora de Pinocho” sobrevuela. Los que la amamos lo sabemos...

Daniel

(El orgulloso hijo de la “Señora de Pinocho”)

Vicenta Margarita Gamarro de Buchele

Adriana Büchele

Sobre calle Cantilo una casa sobresale, no por su diseño sino por su jardín colorido de millones de amapolas rojas, algunas pocas blancas, y demás especies de plantas que vaya uno a saber de dónde fueron traídas. Entre semejante belleza, ella está allí, vestida de forma impecable, con su batón colorido prendido por delante, sombrero de paja con algún detalle de flor encontrada esa misma mañana. Sus labios pintados siempre de color rojo, su piel blanca con manchas de la vida, sus manos suaves y frágiles, y ese aroma a colonia de rosa que se mezcla con su jardín. Así, simplemente mi abuela Vicenta.



Todas las mañanas, antes de poner los pies en el suelo, se sentaba en su cama con barrales de bronce, estiraba sus brazos y piernas en posición de yoga, respiraba profundo varias veces, y ejercitaba sus músculos al compás de la respiración; rotaba el cuello, movía los ojos. Yo miraba atónita, con ojos de ocho... nueve años, a esa

persona que seguía manteniéndose vital a los... no sé... muchos años. Mis padres me dejaban cuando cruzaban el río con el barco, y yo pasaba un finde en tierra, compartiendo esos momentos.

Después de sus ejercicios se levantaba, y comenzaba a escucharse por la cocina ese ruido de ollas y animales contentos. En la mesada siempre ocupada, entre recipientes, gajos de plantas, semillas para los pájaros y cosas raras que solo podía espiar, encontraba algo para darle al perro y comenzar el día.

Sobre el fuego una placa de amianto, olor a tostadas y el continuo hervir de un brebaje de diferentes yuyos curativos impregnaba con su aroma toda la cocina. Algunas veces sacaba de algún lugar secreto una caja de agujas y jeringas, y si algún vecino no se sentía bien, ella hervía y hervía por horas todo su equipo de enfermería casera, se lavaba las manos y lo citaba a una hora. Ahí era cuando yo solo podía espiar hasta que le pasaba el algodón con alcohol por la piel... luego, con solo una mirada, sabía que me tenía que ir. Ese era el momento en que mi imaginación de niña hacía de las suyas y pensaba en la gran aguja que pinchaba a la pobre víctima... aunque nunca escuché quejarse a ninguno...

Y así el día transcurría tranquilo, jugando con los perros, trepando el portón sobre calle Cantilo, esperando que pase el 273 o viendo a Pepeco con su carromato pasar, mientras la Abu seguía sacando algún que otro yuyo rebelde entre sus preciadas plantas.

Según qué día, la acompañaba a la feria que estaba en la plaza de Cantilo, y allí Pecas la esperaba y le entregaba la mercadería que ella siempre compraba. Si la calesita funcionaba, era mi abuelo Tobías el que me llevaba. Solo un par de vueltas, y si tenía suerte, sobre el caballo de madera, agarraba la sortija... pero eso fue poco tiempo...

A las 16 era la hora del mate, tradición que en la familia sigo cultivando. Momento de pausa entre las miles de plantas, a la sombra, sentados en el banco de madera. Muchos pájaros venían a la selva de mi Abuela, y mientras yo me imaginaba emboscadas entre ramas y árboles y me escondía entre ellas sin que me viera, los grandes mateaban y charlaban de sus cosas, aburridas para mí.

Muchas veces observaba los picaflores libar las flores campanita naranjas, y fue en ese momento en que ella me enseñó a chupar en el pico de esas flores el mismo néctar que ellos se llevaban. ¡¡Claro!! Me retaba si arrancaba todas esas flores, al entusiasmarme con el rico jugo dulce.

Al fondo, un pequeño invernáculo contra el galponcito abierto. Allí se guardaban las jaulas de los pájaros y miles de macetas y semillas. Era su rincón secreto, al que entraba en soledad y preparaba plantas, muchas de ellas para regalar a vecinos. Yo solo podía entrar a escondidas, mirar y no tocar... así eran las reglas. Sus plantas eran un bien tan preciado que cualquiera que pasara por Cantilo, se paraba y observaba atónito la gran selva. Ella siempre estaba dispuesta a regalar o intercambiar gajos, de especies algunas muy raras, pero su bondad era infinita, era su mundo, las plantas.

Por las nohccitas se juntaban a jugar a las barajas, y mi abuelo Tobías sacaba una lata vieja llena de monedas, que ponía en el borde de la mesa y repartía. Ese era el momento de grandes, la mesa era ocupada por ellos, y los chicos éramos meros espectadores de jugadas con códigos y risas. La tele en blanco y negro en ese momento se apagaba, y todo giraba en torno al juego.

Vicenta, la esposa de Tobías Buchele, mujer bondadosa y servicial. Mi abuela.

El nombre olvidado

Prof. Susana Bautista Hualde

Tal vez una letra nos separa del título de una de sus novelas más premiadas, *El hombre olvidado*, en la que narra las vivencias del hombre en el paisaje de las pampas bonaerenses en los tiempos de las guerras de fronteras. Pero no solo fue un exquisito escritor, autor teatral, docente y destacado médico clínico. Platense por nacimiento, ciudad en la que completó sus estudios y ejerció su profesión atento a las necesidades de sus pacientes. Eligió City Bell para vivir, tal vez por la serenidad del paisaje que en esos tiempos le recordaba esas tierras bajas, arboladas, agrestes, las noches de cielo estrellado y el silencio de las pampas que bien conocía, y quizás para alejarse de la cruda realidad de su otra profesión, la medicina, y refugiarse en su casa de tejas rojas que aún permanece con algunos cambios en la esquina de 11 y 17.



Hoy, con varios años más, crecieron frondosos los árboles a su alrededor con sus doradas hojas del otoño alfombrando la vereda que tantas veces sellaron sus huellas. Vecino de este bello pueblo por elección quiero recordarlo como su alumna de cuarto año del Normal 1 Mary O’Graham, hoy abuela, vuelven a la memoria sus memorables clases de Puericultura e Higiene, a quienes serían futuras maestras.

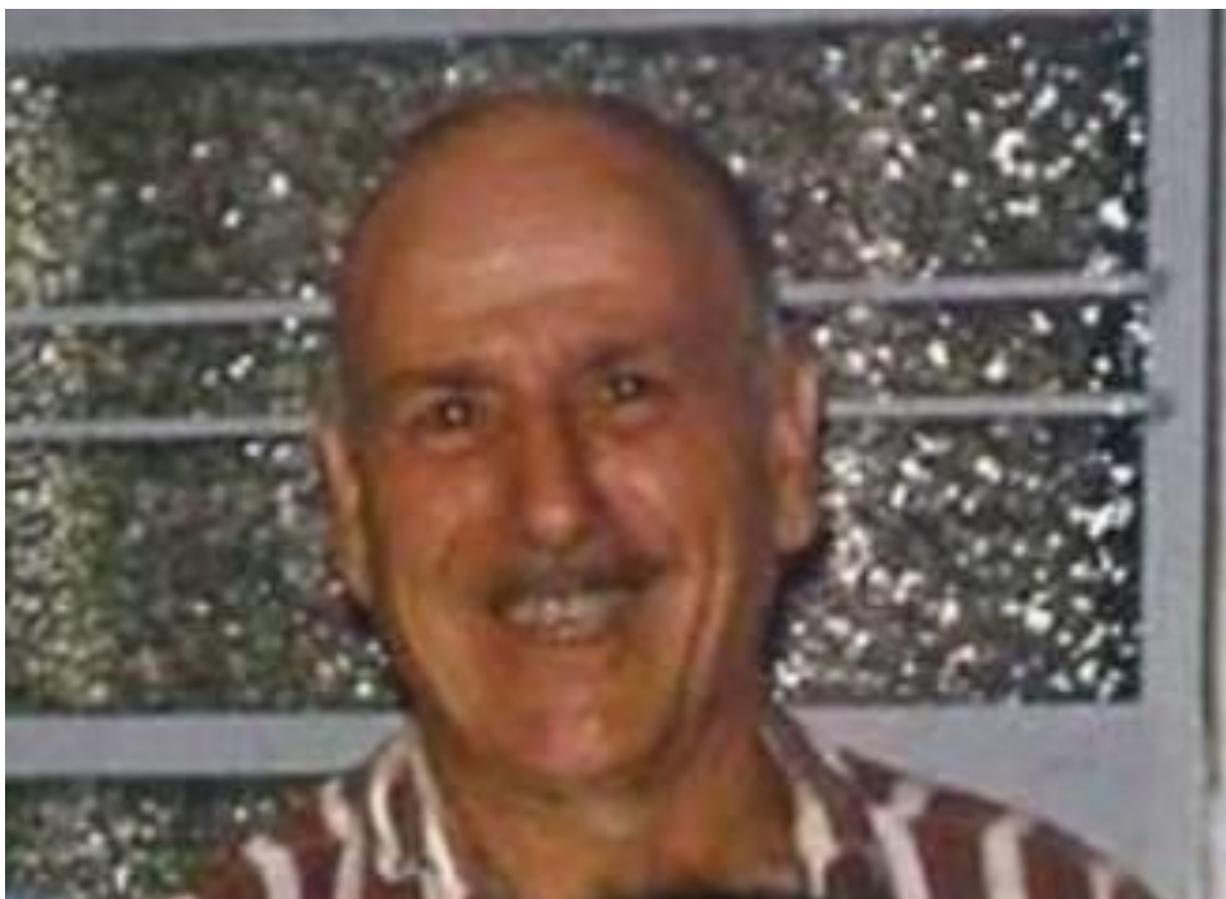
Creo que nada hay más hermoso que recordar a quienes guiaron nuestros pasos hacia el inminente futuro, en este caso a Rodolfo Falcioni, el Doctor como respetuosamente lo llamábamos. Poco se lo recuerda en este bello pueblo en crecimiento, considero que no ha tenido el reconocimiento que merecía, por eso el título de estas líneas: El nombre olvidado parafraseando al título de su novela. Pero estoy segura que el doctor Rodolfo Falcioni, que nos transmitió el gusto por los libros, quien nos enseñó el difícil camino de cómo se debía vivir en salud, como aprender a ser madres, el escritor, el autor galardonado, el maestro, jamás será olvidado por quienes fuimos sus alumnas.

Mi abuelo Fermín

Sebastián Fermín Meso

Mi abuelo, Fermín Luis Meso, siempre fue muy querido en el barrio. Era muy solidario, no tenía problemas en arreglar nuestras bicis o en regalar algún tomate o plantín de su jardín con huertita que daba a la calle, cuando la 15 era de tierra. Solía hacerles el favor a los vecinos de pagar los servicios de luz, etc., cuando no estaban. Fue uno de los Socios Fundadores del Club Atlético City Bell, junto a su hermano menor, Agustín. Era admirado y consultado por la barra de más de diez pibes que jugábamos mucho en el campito de la esquina con la Jorge Bell.

¡El campito!... En su cañaveral hacíamos chozas y galerías, y cada tanto empezábamos su limpieza al imaginar una llanura donde queríamos jugar a la pelota, pero nos ganaban las cañas una y otra vez.



Recuerdo el loro que había en casa del abuelo y que una vez lo empezó a correr el gato de Nora y Héctor, mis tíos, que a la vez era corrido por el perro negrito de Fermín, ¡quien corría a los tres! Lamentablemente, el loro y el gato terminaron en el Cementerio de animales que también fue nuestro campito. Con mucho amor armábamos las cruces y les poníamos flores. Todas nuestras mascotas están allí, debajo de los actuales locales. Hasta el pingüino que vivió un tiempo acompañado de barras de hielo en la pileta de cemento que había en casa.

Entre muchas cosas, mi abuelo me enseñó el truco para hacer volar latas por el aire, y que yo compartí con la pandilla. Tomabas una lata de duraznos o aceite y le hacías un agujerito en la base. Hacías un pocito en la tierra y colocabas una piedra de carburo y un poco de agua, enseguida ponías la lata boca abajo tapándolo y con una caña larga acercabas fuego al agujero de la lata que salía volando hacia el cielo con una gran explosión. Éramos muy cuidadosos en los preparativos y no lo hacíamos muy seguido. Una vez algo falló y al querer ir a ver qué pasaba... ¡BOOM...! me explotó un humo negro en la cara que me quedó pintada, como en los dibujos animados. Pero qué placer ver que nuestro cohete superaba la altura de los pinos, históricos compañeros de nuestra linda infancia.

Enrique Kirschenheuter y el cine Cantilo

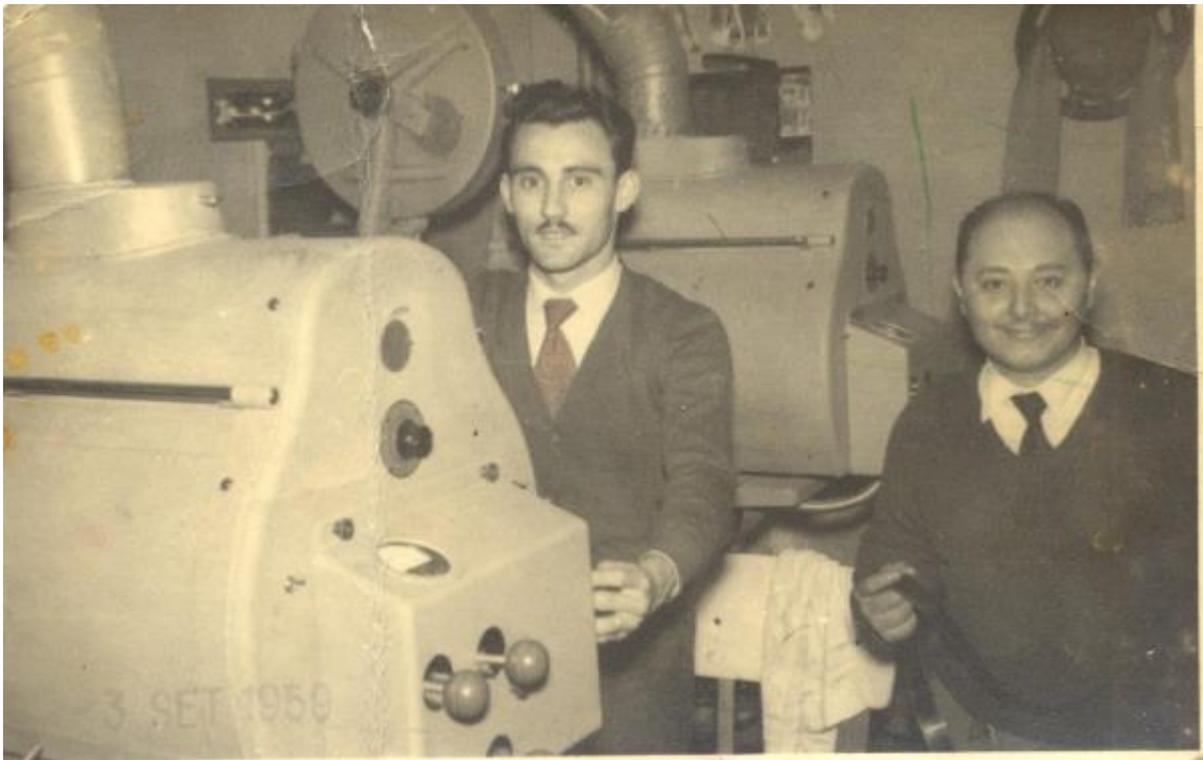
Fabiana Kirschenheuter

Todos somos pioneros en un lugar, si nos ligamos sentimentalmente a él siempre...

Si lo respetamos, lo cuidamos y transmitimos a las nuevas generaciones sus raíces, sus historias...

City Bell tuvo su cine y sus duendes...

Rondaba el año 1957 cuando llegaba una empresa dispuesta a que aquí funcionara un cine en la calle Cantilo entre 1 y 2 de City Bell.



Para hacer realidad el sueño era necesario un encargado de pasar las películas de la época, un operador; allí apareció mi padre, innovador y con ganas de brindarle a los citybelenses toda la magia del cine, un duende...

Llevó a cabo muchas cosas, tenía un carácter, una tenacidad y una voluntad infinita...

... Siempre trataba de solucionar todo lo que estuviera a su alcance.

Algunos, como yo, no pudimos disfrutar del cine, pero seguro que lo recordarán arreglando algún televisor, radio o plancha; o bailando tango y pasodoble con mi madre en los bailes del Club Atlético...

Su partida fue inesperada, una familia por disfrutar, nietos...

Su lugar está y estará en nuestros corazones.

Al pasar el tiempo uno se siente bien al ver que la vida nos regaló padres humanos, con principios, valores, luchadores; y que dejaron su huella de buena gente en este mundo.

¡Gracias, Pa!

Don Soliani

Alfredo E. Gismano

A la vuelta de la Escuela, sobre la calle 12, había un pequeño bazar. Lo conocíamos como el bazar de “Don Soliani”. Para la época fue “la Librería” del barrio.

El dueño vivía en un gran chalet, que estaba en los mismos terrenos donde funcionaba el bazar. Dos familias eran las que vivían allí: él con su Señora, y la familia de su hija Diva casada, con Coco Hahn, quien le dio cuatro nietos, Guillermo, Gabriel, Gladys y Gustavo.

Pero la historia pasa por el “Bazar”. Lugar salvador de madres que se olvidaban comprar el regalo para la maestra en el día del Maestro. Don Soliani conocía a todas las maestras, las de la mañana y las de la tarde, sabía de sus gustos y caracteres. Y aconsejaba cuáles podían ser los regalos que les gustaban. Para los alumnos que se olvidaban de avisar en casa, que debían llevar las hojas de carpeta, o el material para la tarea de “Labor” (artesanías que debíamos realizar en clase para aprobar esa materia o para hacer los regalos del Día de la Madre o del Padre).

No era muy grande el local pero había “de todo”. Hasta vendía figuritas, las de futbolistas para los pibes y la “brillantes” para las nenas.

Pero ese bazar tenía algo más, no conocido por mucha gente: Don Soliani era un extraordinario fabricante de barriletes. Y en otoño, época de vientos fuertes, era muy lindo ver sus obras de arte colgando en el frente del bazar. Mostraba distintas cometas cuadradas, romboides, un barco con dos velas, otro tipo llamado “bombas” o algo así.

Don Soliani te vendía el ovillo del hilo “chanchero” que tenía distintos largos (100 o 200 mt) según las monedas que lográbamos juntar. Te asesoraba cómo poner los “tiros” que debíamos ponerle al barrilete según el tamaño, la forma y el peso, y te decía el secreto del cómo armar la cola con pedazos de telas viejas que conseguíamos de nuestros abuelos.

Una vez en la esquina de 12 y 3, donde había una canchita de fútbol de los Tagliafico, organizó un campeonato de barriletes. Puso premios para el barrilete más grande, el más original, el que volaba más alto, etc. etc. Era una manera de incentivar a los abuelos y padres a jugar con sus hijos, y de paso conocer nuevos modelos, distintos a los que fabricaba él.

Enseñaba a mandar mensajes, que consistía en tomar una hoja de papel, hacer un agujero en el centro y pasar el ovillo de hilo para que el viento empujara la hoja hasta llegar al barrilete. De la misma manera sabía las tretas para jugar a la “guerra” con cometas, colocándole, atadas al hilo, hojas de afeitar que cuando se te acercaba un contrincante, pegabas el manotazo al hilo y al hacerlo rozar con el otro barrilete podías cortar y derribar al adversario. Se las sabía todas.

Cuando terminaba el otoño, en muchos lugares veíamos, enganchados en los cables de luz o teléfono, nuestros sueños frustrados, por no poder desenganchar el barrilete.

¡Gracias, Don Soliani, por haber sido parte de nuestra niñez en City Bell!

Un encuentro con Lorna Bell

José María Cuenca Araujo

“Me acuerdo que siendo chica, en 1024, volviendo en los barcos de la Armada Real, cuando entrábamos al Río de La Plata, los oficiales nos llevaban a los chicos a mirar la Estancia por el telescopio, porque era el único monte que sobresalía. Era el único monte que se veía desde el río, y los oficiales lo conocían porque en las cartas de navegación inglesas figuraba como Estancia Grande”. Lorna Bell

Una cálida tarde de primavera fue el marco especial de una reunión que engrosó mi “patrimonio cultural privado”, aunque después lo hiciera público pues, un encuentro de tal importancia, nada menos que con Lorna Bell, no podía quedar oculto.

Cincuenta y dos años después de dejar Estancia Grande, en donde creció junto a sus hermanos, Lorna visitaba por unas horas City Bell.

Estar frente a una de las nietas de Jorge Bell, para mí fue un gran honor. Lorna estuvo en mi casa acompañada de los recuerdos de su infancia que fluían unos detrás de otros, condimentados con la simpatía de quien me relataba anécdotas vívidas, que llegaban con alegría unas y con tristeza las más.

Había llegado para el *five o'clock tea* y lo tomamos acompañado, era obvio, con algunos *scons*. Mi invitada tuvo la deferencia de responder las primeras preguntas que había garrapateado momentos antes, pero con su charla animada y elocuente, resumió su vida transcurrida en la estancia, aclarando varios de los interrogantes que había planificado, poniendo al descubierto, a pesar del tiempo transcurrido, su añoranza y el amor que sentía por City Bell, sin necesidad de que yo preguntara.

Lorna Bell, una distinguida mujer que demostraba una indiscutida ascendencia británica, hija de Percival Guillermo Bell y de Alicia Beván Chaumill, compartió conmigo, llenos de nostalgia, algunos momentos de su niñez. En un monólogo sumamente interesante, me contó que su bisabuelo, Jorge Bell, nacido en Escocia en 1801, hijo menor que no recibiría herencia alguna pues solamente heredaba el primogénito, decidió viajar a la Argentina trayendo para comerciar maquinarias agrícolas. El contratiempo fue que se las vendió al gobierno y recibió en cancelación de la deuda, una importante extensión de tierras, en la que se encontraba situada, entre otras, la Estancia Grande, cuyo casco, actualmente ocupa el Ejército Argentino, con la Agrupación de Comunicaciones 601, sobre el Camino Centenario.

Muerto Jorge Bell, heredaron sus hijos Eduardo, Percival, Ethel y Mabel. Eduardo, como era el mayor, lo nombraron administrador de la estancia, y fue tal el despilfarro que hizo que sus hermanos le quitaron la administración. Pero él ya había decidido lotear las tierras, y había conformado la Sociedad de Fomento City Bell, junto con su cuñado Aberg Cobo. Así fue que se puso en venta el loteo y en 1914 nació la localidad de City Bell.

En marzo de 1944 fueron notificados de que el casco sería expropiado por el Estado. Esta noticia, llegó hasta Lorna como una puñalada por la espalda. Con este

recuerdo, su rostro se transfiguró por la tristeza, como si hubiese sido el día anterior; pero, con un mohín inesperado para mí, su boca dibujó una sonrisa que iluminó nuevamente sus ojos. Al momento de irse, quedaron en mi living los fantasmas de los Bell junto a la promesa de una siguiente visita, que se produjo poco tiempo antes de su muerte.



El Dr. Berri y la clínica

Ricardo Berri

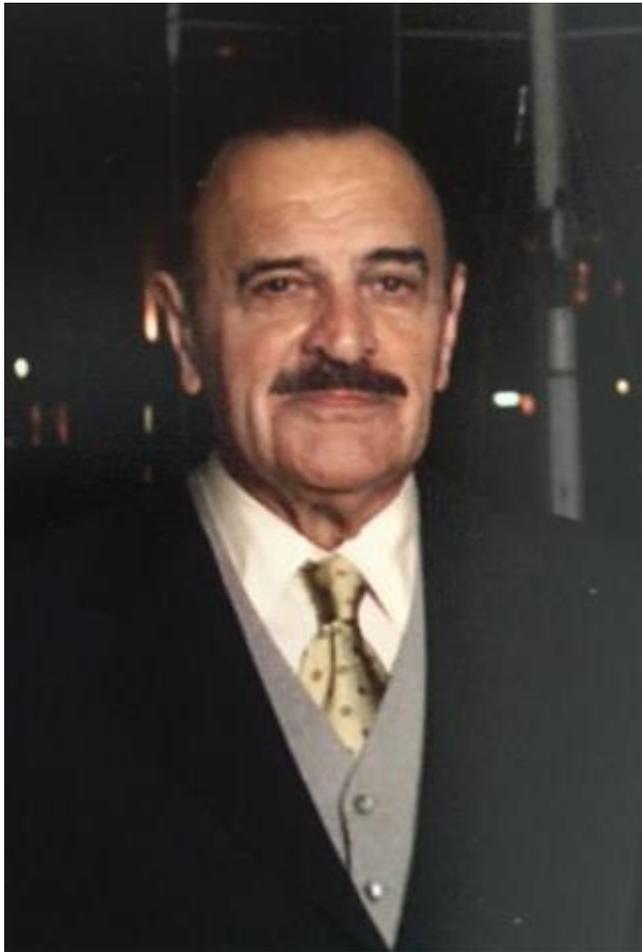
Entrevista telefónica hecha al Dr. Berri en el programa “Hablando de City Bell”, conducido por Guillermo Defranco y Juanjo Vendramin, el 7 de abril de 2016

Llegué a City Bell promediando el año 1955. Estaba recibido desde el año 1953 en la UNLP, y en el 55 decidí instalarme aquí al enterarme por un amigo familiar, José Balseiro, que vivía acá en City Bell, que estaban faltando médicos jóvenes, y que los que estaban instalados ya estaban teniendo dificultades... El Dr. Raffi llevaba muchos años, desde antes del año 1933, y la Dra. Narváez que no podía salir a domicilio por su condición de mujer, en pleno campo; y lo mismo con el otro facultativo, el Dr. Trevino que ya no se hallaba bien de salud. Así que asumí la responsabilidad y me instalé en una casona de la familia Badessich en la diagonal 9 de Julio entre Pellegrini y 15, que eran amigos de los Bell... Allí instalé yo mi consultorio, en esa casona que ahora es un hotel, atendí a los primeros enfermos... No había acá quien hiciera emergencias médicas, así que yo, antes y después de muchas horas de consultorio, atendía domicilios... y a veces de madrugada también tenía que salir.

Mis límites para la atención médica eran Villa Elisa, en el Norte, el límite con Gonnet, en el Sur, la actual Ruta 36, en el Oeste, y en el Este, los barrios de detrás de las vías; así que era bastante extenso. Las condiciones de los caminos eran muy malas, ya que en aquel entonces la mayoría de las calles eran de barro... había unas pocas con calcáreo. El camino a La Plata era de una sola traza con mano y contramano.

Además de eso, nunca abandoné mi tarea en el Hospital San Martín (el Policlínico) porque siempre añoraba completar mi formación como médico cirujano. Comencé haciendo Clínica General como Médico de Familia, y llené un vacío ya que al ser una persona joven podía hacer gala de ello y salir a toda hora y a cualquier lugar... Con decir que –siempre le cuento a la gente– en el baúl llevaba una pala de punta, una pala ancha, un tirante y un farol... Si en el medio del campo se me quedaba el coche, no había quien me ayudara ni medios de comunicación como ahora.

Yo siempre tuve una gran colaboración de parte del Jefe del Cuartel... La ambulancia del Cuartel salvó muchas vidas a requerimiento mío... Cuando había hemorragias graves u otros acontecimientos, como problemas cardíacos, se tenía que trasladar con urgencia al enfermo. Siempre que al cuartel le hacía el llamado, ellos me enviaban la ambulancia para hacer el traslado, y atrás, iba yo; por lo general al Instituto Médico Platense o al Hospital Italiano. El Hospital de Gonnet todavía no existía... Junto con el Hospital de Mar del Plata fueros levantados por Osvaldo Mamone cuando fue ministro, con la concepción de hospital de gran complejidad.



Yo me desenvolvía como podía; tanto es así que una de las primeras cosas que hice fue ir a visitar a los dos farmacéuticos del pueblo, que eran Capelletti y Guglielmino, para preguntarles si tenían provisiones de suero y guías de suero... Ellos me miraban extrañados, pero cuando había un coma insulínico o un coma diabético había que actuar con rapidez para sacar al enfermo antes de que se me muriera... Y colgábamos el suero de las arañas de los dormitorios. Me ayudaba siempre una persona que falleció hace algunos años, y yo la quisiera recordar, Roger Soruco (cuyo hijo también es médico) que empezó conmigo la facultad en el año 46, y abandonó la carrera en 3º o 4º año; pero cuando lo encontré en City

Bell se prestó gustoso a ayudarme en esta atención a domicilio de los enfermos. Tanto es así que, cuando fundamos la Clínica en el año 65, a instancias mías estudió radiología y estuvo a cargo del Departamento de Radiología de la Clínica.

Como era necesario tener un lugar que cubriera guardias y permitiera la internación para casos de emergencias, empezamos a hablar con los colegas Dr. Eugenio Crivaro, Dr. Larrea (de Villa Elisa), Dra. Narvaez, y mi concuñado Eduardo Aceval (que era clínico) sobre la necesidad de fundar una pequeña clínica que diera satisfacción a las necesidades que legítimamente la comunidad requería. Con el acuerdo de ellos comencé a buscar y di con el chalet que era propiedad del Teniente Coronel Fornaris (médico) en Cantilo esquina 7 donde tenía una policlínica externa de varios consultorios. Le compramos la propiedad... En eso tuvo una activa participación un querido amigo, Francisco Occhipinti, que ya está fallecido, y fue gerente del Banco Río. Con el ánimo que lo caracterizó siempre, de hacer el bien a través de la función bancaria, nos dio el crédito a los médicos intervinientes que nos posibilitó la compra del chalet y las primeras mejoras para adaptarlo para una pequeña clínica.

La clínica arrancó con doce camas, con obstetricia y cirugía. Por mi labor en el Policlínico y conocer a una pléyade de médicos jóvenes recién recibidos como Ricardo Collado, Alberto Angaut, Miguel Flores Ibar, que después fueron todos grandes especialistas... García Azzarini, Néstor Arias, Luis Lima, Carlos Castillas... y todos estos médicos que empezaron cubriendo las guardias de la clínica las 24 horas. Ellos fueron después especialistas destacados, y algunos siguen siendo, como

Castilla que es Cirujano Maestro nombrado por la Academia de Cirugía de Buenos Aires. Tuve la satisfacción de ver que no solamente solucionábamos los problemas del pueblo, sino que también ayudamos a perfeccionarse a médicos jóvenes y muy inteligentes.

Una anécdota: En septiembre del 56 me llamaron de Los Porteños a las tres de la mañana para ver un enfermo. Cuando llegue, y había llovido una semana seguida, estaba el arroyo desbordado y tuve que dejar el auto y cruzar vadeando el arroyo con el botiquín en la mano en alto y con el agua por arriba de la cintura... Esa gente de los Porteños siempre valoró las actitudes mías para solucionarle los problemas.

Yo tenía pasión por la atención de los enfermos y no me negué nunca a un pedido de auxilio durante la noche o en la madrugada, pese a que tenía que estar a horario en el Policlínico, al que ingresé en el año 50 a la cátedra de Mainetti. Debía estar todos los días a las ocho en punto de la mañana y volvía a la una de la tarde; por eso tenía que atender a los enfermos antes o después del consultorio... Yo era una persona joven, con gran resistencia, y pude soportar esto en los primeros años... La Clínica se fundó diez años después de empezar mi actividad en City Bell.

Ese mismo año se fundó el Rotary Club, donde tuve el gusto de conocer al padre de Vendramin que fue un gran amigo también. Fue Juan Bello junto a Eugenio Crivaro quienes me invitaron a participar de la primera formación del Rotary Club de City Bell.

Dirigí el Instituto Privado de Clínica y Cirugía de City Bell desde el año 65 hasta el año 90. Años donde hubo altas y bajas, pero tuve la suerte de formarme junto al profesor Mainetti que tenía una exigencia máxima del rendimiento y de la excelencia; por lo tanto, me ocupé de que tuviera la mejor aparatología, que no faltaran los últimos adelantos de la medicina y de la cirugía. De las doce camas iniciales llegamos a tener más de treinta cuando yo me retiré. Teníamos Unidad Coronaria, Unidad de Terapia Intensiva, Sala de Obstetricia y sala de Cirugía equipada con los mejores elementos. Hasta inclusive compré un grupo electrógeno que me costó en aquel entonces quince mil dólares y cinco mil dólares para el encendido electrónico, de forma que cuando cortaba la luz Segba, automáticamente el grupo electrógeno arrancaba y proveía de luz a toda la clínica.

Yo me jactaba de que podía hacerle roncha a cualquiera de las otras clínicas... La clínica tenía diez cajas de cirugía... cada caja tenía el valor de un coche... Además, teníamos autoclave para esterilización. Un día traje a los mejores especialistas y le hice un curso a todo el personal del área quirúrgica sobre esterilización que duró tres meses. Después que pasó el curso los reuní a todos y les dije: "Les he proporcionado las herramientas para que sean eficientes empleados... ahora les advierto una cosa: a partir de este momento, sin decirles nada, voy a sacar una caja cualquiera de los estantes y la voy a llevar a analizar al Instituto Biológico, y si me da positivo de infección, los dejo cesantes a todos...". Saqué tres veces cajas, y las tres veces me dio negativo.

Cuando comenzó la clínica me di el lujo de traer como médicos consultores a profesores como Cosentino en ortopedia, como Fidel Schaposnik en clínica médica,

Mainetti en cirugía, Games en ginecología... Pude traer a los mejores especialistas en el momento en que la inauguramos, por las vinculaciones que tenía con el Hospital San Martín, que es un hospital escuela donde están todas las cátedras de la Facultad de Medicina de La Plata, menos las de niños e infecciosas.

Cuando me retiré, después de veinticinco años, puse en venta mi parte y los médicos me pidieron prioridad. Efectivamente así ocurrió, se reunieron y me compraron el valor accionario; pero, lamentablemente a los tres años la fundieron... Pero se fundió por una razón que es muy de los argentinos, en muchos casos están los profesionales trabajando en un lugar, como la clínica, y se desligan de todos los problemas que no sean médicos, entonces dejan actuar a gente que no es de suma confianza, y hay gerentes que después aprovechan la coyuntura para hacer tropelías desde el punto de vista financiero.

Yo me jactaba de cuidar la limpieza... Todos sabían que estaba con el ojo escudriñando cualquier defecto, desde que entraba, a las siete de la mañana, y cuando volvía a la tarde o a la noche. Aun muchos sábados, cuando volvíamos con mi esposa de una función cinematográfica, yo sin decir nada frenaba, entraba a la clínica subrepticamente con mi llave para ver qué estaba haciendo el personal de guardia. Todo esto daba sus frutos porque el personal se acostumbró a un respeto por la profesión y por el paciente. Nunca tuve que llegar al extremo de despedir a nadie por alguna incorrección.



Yo era discípulo de Mainetti, el gran maestro de la cirugía, pero además era muy amigo de Federico Crisman. Un día hablando con Crisman, en su casa en La Plata, me dijo: “Mire Berri... el cirujano cerca de los setenta años tiene que retirarse, porque es muy feo ver un cirujano que le tiemble el pulso cuando está operando”. Y efectivamente yo estuve en Buenos Aires viendo operar a un destacado cirujano con un Parkinson, operando con las manos que se le movían y temblaban, por lo que podría haber producido un daño irreparable. En cambio, el que hace clínica médica poniendo el oído u observando al enfermo, pueden seguir trabajando hasta una edad avanzada. Por eso, antes de que me agarrara el temblor, me fui...

“La casa azul” de Jorge Romero Brest

Ana María Altamirano

A principios de la década del 70, tres estudiantes próximas a graduarnos en la Facultad de Bellas Artes, nos internamos en una callecita de tierra del City Bell de entonces. Íbamos, expectantes, a entrevistar al polémico crítico de arte Jorge Romero Brest (1905-1989), quien tenía allí su casa de fin de semana.

Su fama lo precedía: escritor, conferencista, profesor, periodista, ex Director del Museo Nacional de Bellas Artes y luego Director Artístico del Instituto Di Tella, era venerado por muchos y a la vez odiado por tantos otros. Ello se debía a su postura ante las obras de arte que seguían los cánones más tradicionales, a las que consideraba “execrables”, y su apoyo a los vanguardistas que propugnaban el arte como provocación, los “happenings”, el “pop-art”, experiencias innovadoras o transgresoras, etc. Él mismo se definía: “Soy un político del arte, un agitador”.



En esa oportunidad nos atendió muy amablemente junto a su esposa Marta Bontempi, y durante la conversación contó sobre sus clases de Estética e Historia del Arte en la UNLP, las exposiciones de jóvenes platenses que se realizaron con su patrocinio en nuestra ciudad y sus palabras de apertura, que concitaron más comentarios hirientes que elogios. Por lo general, sus conferencias provocaban disturbios y controversias en los distintos ámbitos donde se presentaba; situaciones que a él lo divertían. Sin embargo, es justo señalar que, más allá de las opiniones dispares sobre su persona, Romero Brest alcanzó una fama que trascendió nuestro

país, fue integrante de varias instituciones vinculadas con el arte a nivel internacional y en 1986 la Fundación Konex le otorgó el Diploma al Mérito por su trayectoria.

Pero, en realidad, además de su erudición y personalidad, lo que más nos impresionó fue su casa: una singular construcción de color azul celeste, en la que se alternaban líneas rectas y curvas, desniveles, y en la parte superior lucía semicírculos pintados con los colores del arco iris. En el interior los ambientes sorprendían por los originales muebles-objeto y su particular decoración, como se apreciaba por ejemplo en la sala de música. El conjunto parecía más una gran escultura que una vivienda; se veía como una casa de cuentos en el entorno arbolado de City Bell. Era una presencia artística, lúdica, que enriquecía el paisaje sereno del lugar.

Fue construida entre 1971/72. El artífice del proyecto fue un joven artista pop, diseñador, arquitecto autodidacta que frecuentaba el Instituto Di Tella: Edgardo Giménez, quien hasta la actualidad presenta innovadoras muestras, instalaciones, construcciones, diseños, libros. En 2006 publicó un libro en homenaje al maestro Jorge Romero Brest.

Esta morada tan especial fue denominada por Romero Brest, su esposa y Giménez: “La Casa Azul”. Tiempo después fue vendida y dueños posteriores cambiaron su apariencia y color.

Si aún existe, sería importante que se la declarara de “Interés Arquitectónico” en City Bell, y se le restituyera su configuración original, su hermoso azul cielo, y el arco iris, para que ilumine con su vivo cromatismo, desde distintos ángulos, la singular vivienda, ideada, construida y habitada en sus inicios por personalidades de destacada participación en el ámbito de la vanguardia artística nacional.

¿Quién fue Pepeco?

No es la intención de la pregunta del título llegar a conocer con rigurosidad biográfica los pormenores de la vida de Pepeco y su entorno familiar, sino acercarnos a la persona que la vida cotidiana del pueblo transformó rápidamente en personaje.

Diremos, brevemente, que su historia familiar fue compleja, y que a su discapacidad de base se sumaron importantes quemaduras durante un incendio en la casa en que vivía...

Se llamaba ROBERTO AGUSTIN y debe haber nacido a mediados de la década del 40... Con los años sus familiares consiguieron que contara con una pensión por discapacidad. Falleció internado en el Cotelengo de “Don Orione”...



En una nota de la *La Revista de La Caterva*, sus integrantes se formulan la misma pregunta y dicen:

“Instantes antes de iniciar el espectáculo, cuando ya todo está preparado, nos reunimos detrás del escenario formando un apretado círculo y, a modo de ritual, nos damos ánimo al grito de ¡Pepeco! ¡Pepeco! ¡Pepeco!

¿Por qué Pepeco? Porque quizás sea uno de los personajes más característicos, querido y recordado del pueblo”.

Guillermo Defranco, en su *Gaceta Virtual* (citybellinos.com.ar), con toda justicia, lo incluyó en su entrada “Mitología de pueblo“, de cuyo texto extraigo este párrafo:

(...) “simplemente diremos que era amigo de todos, aunque con un carácter difícil de congeniar. Nunca supimos sus verdaderos nombre y apellido ni su edad y su figura malformada a bordo de un triciclo que él mismo hacía avanzar con dificultad accionándolo con las manos”.

Recuerda María Ester C.:

“Yo recuerdo cuando vivía en la casilla, al lado del almacén de Enzo Cattini (Intendente Silva y Cantilo), lugar al que llegaron por “ocupación” de un lote con dueño... desconozco si se los prestaron o no...

Para mí, lo más significativo, fue siempre el lugar que ocupó Pepeco dentro de los grupos de adolescentes... Siempre fue integrado... nunca escuché que a alguien le generara miedo (o no sé exactamente que palabra utilizar)... Se reía con ese vozarrón impresionante y abría descomunamente esa boca... Le gustaban las chicas, obviamente, y era piropeador...

... cuando los dueños del terreno se lo pidieron para construir, consiguieron un lugar por 11 al fondo... Y allá fue, y por supuesto, todo el pendejaje de esa época, que se unió y se turnaban para ir a buscarlo a su casa (le costaba mucho esfuerzo movilizar su “carromóvil”); lo depositaban en el centro, y luego lo volvían a llevar a su casa... El pendejaje de esa época eran mi hermano Guillermo (el negro), Poty Alberdi, Chiche Rizzo (a quienes más recuerdo), pero también el grupo de Eduardo Navas, Daniel Ratti, y otro montón más...”

Este es el testimonio, en primera persona, de Daniel M.

“Atento a tu pedido te paso a comentar lo que yo pude ver y vivir con relación a Pepeco, fue un personaje que sin duda alguna marcó una época para los que éramos adolescentes o no tanto en las décadas del 60 y 70. Solía frecuentar la esquina de las calles 12 y 2 donde se encontraba la emblemática canchita del Negro Joya, lugar de cita obligada para todos, en especial los días sábados y domingos, donde realizábamos largos picones.

Pepeco, por entonces, caminaba pero con mucha dificultad... En los altos del juego, le pedíamos que pateara algunos tiros, los cuales resultaban espantosos... Esto le causaba mucha risa a él, y a todos nosotros, y era motivo de inevitables cargadas, las que aguantaba de buen talante.

Tiempo después comenzó a moverse en una silla de ruedas; esto le permitió ampliar sus incursiones hasta Cantilo y 2, y parar en la misma esquina o en la puerta del ex Cine Cantilo, donde para esa época funcionaba la mueblería del gordo Giquardo, quien lo sometía a innumerables cargadas y chistes, siempre bien aceptados por Pepeco. Recuerdo que en una oportunidad, cuando se realizaba el nuevo asfalto de Cantilo, a causa de los desniveles de los trabajos, volcó en forma

estrepitosa; esto le provocó una risa incontenible tanto a él como a los demás presentes que, presurosos, lo auxiliaron.

También se llegaba a la estación de servicio de Julio Barone y Humberto Defranco, en Belgrano y Cantilo, donde vendía cigarrillos (las marcas las desconozco). Un día dejamos de verlo, y por comentarios supimos que lo habían trasladado a Berisso... Nunca más lo volvimos a ver... su domicilio en City Bell nunca lo supe con certeza...”

¿Quién fue Pepeco? Para mí fue un personaje de City Bell, que con el pasar de los años me enseñó a entender lo que significa la integración, desde el corazón y sin hipocresías...

Vecinos de CB

Destinos

Juanjo Vendramin

Don Pedro nació en 1910 en la ciudad de Vis, Dalmacia, una de las regiones de Croacia... Huyendo de una inminente guerra civil en su tierra natal, y animado por la presencia de un hermano mayor que ya estaba radicado en la Argentina, en 1939 se subió a un barco sabiendo que nunca más regresaría a su tierra ni volvería a ver a su madre. En un viaje que debe haber durado un mes recorrió 11500 km, cruzó medio mundo hasta llegar a su destino: Argentina. Trabajó en la actividad hotelera en Mar del Plata y Buenos Aires. Allí conoció a Mercedes, y de esa unión, en 1951, nació su primera hija, María Clementina.

Un tiempo después llegaron a vivir a City Bell, y se instalaron en Cantilo entre 1 y 2 con un negocio de rotisería.

En 1962 nació el segundo hijo del matrimonio: Pedro Horacio, a quien familiarmente llamaban "Petar". Petar estudió en el Instituto Estrada de City Bell y en el San Francisco de Asís de Villa Elisa.



Cuando culminó su escuela secundaria, mientras se preparaba para ingresar a abogacía, fue convocado a cumplir con el Servicio Militar Obligatorio en el Regimiento de Infantería Mecanizado N° 7. A pocos días de haber sido dado de baja, el 13 de abril de 1982 fue reincorporado para ser llevado a la guerra. Petar y sus compañeros fueron subidos a un avión y volaron 1900 km hasta llegar a su destino: las Islas Malvinas.

El 8 de junio, intentando conseguir víveres, cruzó el Río Murrell junto a sus compañeros Carlos Hornos, Manuel Zelarrayán y Alejandro Vargas. Quiso el destino que su bote chocara contra una mina argentina y los cuatro murieron instantáneamente con la explosión.

Es imposible entender el dolor de su familia y, especialmente, el de sus padres. Don Pedro decía: *"yo vine aquí huyendo de la guerra, a un país de paz y en una guerra me mataron a mi hijo"*.

Sus restos fueron sepultados bajo una lápida con la leyenda "Soldado argentino solo conocido por Dios", hasta que se logró el reconocimiento gracias a la misión humanitaria de la Cruz Roja Internacional y al Cuerpo de Antropología Forense de nuestro país.

Los hechos del pasado son irreversibles pero la realidad que los circunda cambió. La comunidad, impulsada por la iniciativa de algunas instituciones, asumió la necesidad de recordarlo y hacer que las nuevas generaciones lo conozcan. Esa iniciativa posibilitó que en la Plaza Belgrano, a metros de la casa en que nació, se levantara un monolito en su homenaje. Y aunque su cuerpo esté en las islas, de alguna manera Petar hizo el viaje de vuelta y está finalmente acá, entre nosotros, en su casa, su último destino...



Hermenegildo Valpreda, carpintero

Charla con Elsa Valpreda

Cuenta Elsa que su padre nació el 10 de mayo de 1900 en Villafranca, en el Piamonte, Italia. Hizo el servicio militar en el famoso cuerpo de Alpinos y, siendo aún adolescente, participó en la Primera Guerra Mundial.

Dejando atrás la guerra, llegó a la Argentina en el año 30 a bordo del “Conte Verde”, ya con su oficio de carpintero.

Vino solo a la Argentina, a probar fortuna, siguiendo a dos hermanos mayores, Luis y Atilio, que se habían instalado años antes en Berisso. Aquí trabajó en el ferrocarril, haciendo arreglos generales y trasladándose de una estación a otra en los vagones habitación, a la cola de las formaciones. Cubrió distintos ramales del país llegando hasta la provincia de Córdoba. En algún momento, trabajando para el Ferrocarril Sud pasó por City Bell; le llamó la atención el nombre y pensó que cuando viniera a radicarse definitivamente, lo haría en este lugar.

Mi padre había dejado una novia en Italia y, al año de su llegada a la Argentina, volvió a buscarla. Su idea era casarse allí y volver con su flamante esposa, pero la familia de la novia se opuso a que ella fuera tan lejos, y así entonces fue como esa relación se terminó.

Papá conoció entonces a mi mamá, Verónica Sesia, con quien se casó el 15 de septiembre de 1931 y vinieron a vivir acá ese mismo año.



Llegaron a City Bell con mi hermana Renata ya “en camino”. Después de haber sido hospedados por Gismano, la Sra. de Angeloni, Marchesotti, Frías y Del Tuffo, en el año 1933 se instalaron en la casa de Cantilo, y aquí nació yo.

La casa consistía entonces de dos habitaciones que daban a una galería abierta. La habitación que daba a Cantilo ofició durante diez años de carpintería, hasta que mi papá pudo levantar su taller hacia el fondo. La casa aún conserva con orgullo algunas puertas y ventanas construidas en aquella habitación.

Con los primeros ingresos empezaron a pagar las cuotas de dos terrenos adquiridos a la Sociedad Anónima City Bell.

Si bien el trabajo con madera era una actividad frecuente de los hombres de aquella época, se reconoce a mi padre como el primer carpintero profesional del pueblo. Él construyó la mayor parte de portones, cercos y tranqueras que se ven en las antiguas fotografías impresas en las publicidades de loteo de terrenos en aquel tiempo.

Siendo Villa Elisa más antigua que City Bell, y con mayor población, ofrecía más oportunidades de trabajo; es así como, en los primeros años de instalado, se trasladaba hasta Villa Elisa en bicicleta, con su caja de herramientas, y allí empezó su trabajo.

Papá contaba con la ayuda de las tres mujeres de la casa para muchas de sus actividades, como el traslado de terciados o el lijado de maderas, que por falta de máquinas se hacía totalmente a mano. Si la casa donde estaba trabajando estaba más o menos cerca, mi madre nos enviaba a Renata y a mí para que le lleváramos el mate cocido de la tarde.

Teníamos un grupo de chicos de la misma camada que vivían todos por acá: Olga y Haydée Pontalti, Gladys Valente y Luis y Carlos Büchele. Con ellos nos íbamos con el juego de mate a treparnos a los ombúes de Jorge Bell. Mi mamá nos miraba desde la puerta de casa ¡si estaba todo descampado!”

Tiempo después, cuando comenzó el mayor desarrollo de City Bell, la jornada empezaba a las cinco de la mañana; se hacía una pequeña pausa después del almuerzo, que era aprovechada para dormir una pequeña siesta en un sillón viejo ubicado en la galería, y se terminaba a las cinco de la tarde. A partir de ese momento empezaba el tiempo de ocuparse de la quinta familiar.

Como era costumbre de la época, cada casa contaba con una importante huerta que satisfacía casi totalmente las necesidades familiares. En la casa había también parras y se criaban unas cien gallinas.

Elsa recuerda que para la época de las fiestas un vendedor recorría las calles arriando decenas de gansos. Los clientes elegían al animal de su predilección y el vendedor los enganchaba con una vara y un gancho en la punta.

Uno de los trabajos que papá hacía para la Asociación de Fomento, eran las casillas de madera utilizadas como refugios en las paradas de colectivos. En el año 39 se colocaron las primeras. Con el tiempo se instalaron muchas; llegó a encontrarse una en casi todas las paradas.

Vivimos una infancia muy feliz en este barrio y en nuestra casa. Mamá quedó sorda cuando nosotras teníamos unos diez y once años, por lo que papá tuvo que cubrir también algunos de los roles maternos. Para todo recurriamos a papá.

Con papá podíamos hablar de cualquier tema y nos apoyaba en todo.

La situación familiar cambió dramáticamente en el año 57 cuando mi padre tuvo un ataque de presión. A partir de ese momento mi esposo Humberto Cerasa se hizo cargo de la carpintería, pero esa ya es otra historia...

Reuniones de paisanos...

Recuerdo los fuertes lazos que unían a mi padre con sus paisanos italianos; la mayoría de Berisso, Ponti de La Plata y Mainero de Tolosa. También tenía a sus dos hermanos que habían venido antes que él de Italia y se radicaron en Palo Blanco. Una decena de paisanos solían reunirse en City Bell para el 1° de Mayo. Arrancaban el traslado desde Berisso el día anterior. Llegaban por tren, y desde la estación venían cantando en un animado grupo. Cuando los escuchaba llegar papá salía a la calle y les respondía el saludo, también cantando a viva voz.

La reunión empezaba en la casa pero después se trasladaban al Club Atlético que les cedía el espacio. Allí pasaban el día y la noche jugando a las bochas, a la mula, charlando, comiendo *bagna cauda* y cantando en italiano. Para apagar la sed solían traer una bordalesa de vino de la costa producido en Berisso por los paisanos.

Familia González

Nora González

Nuestros padres, José González y Juana Juárez, cuando eran novios, venían desde La Plata a pasear a City Bell. Les gustaba tanto que decidieron comprar un terreno y construir la casa familiar en la calle 13 N° 620 e/2 y 3 (dirección vieja). Empezaron a construirla el 5/5/1955. Unos años después nacimos mi hermana Alba y yo (Nora), que somos mellizas. En ese momento casi todo era terreno baldío. Cuando estaban construyendo la casa, conocieron a una familia vecina ya instalada en Plaza Belgrano y calle 3, de la que se hicieron amigos: Telma Torrijos, Roger Soruco padre y su hijo Roger (hoy nuestro médico de cabecera al que mi mamá le enseñó a caminar). Aunque pasó mucho tiempo, seguimos siendo amigos de Roger, su esposa Marta y sus hijos Gonzalo e Ignacio; también de Sergio Di Lorenzo, su esposa Ana y sus hijos: Nicolás, Emiliano y Santiago; y de María Cristina di Lorenzo y su familia.

Recuerdos, muchos y muy lindos: mi papá regando la calle de tierra con la manguera para que no se levantara el polvo, el paso del carro del lechero, las anécdotas con Pepeco, el recuerdo de cuando el micro 3 pasaba por Cantilo, y cuando asfaltaron calle 15. En el colegio San Blas, los primeros años nuestras aulas fueron los tranvías. De chicas, como todos en esa época, nos pasábamos el día andando en bicicleta con nuestros amigos y vecinos: Marta, Adriana y Horacio Moglia; hacíamos excursiones al Transradio (hoy el Ecológico). Con nuestro papá, en el Citroen, íbamos de paseo a la pérgola del puente Venecia. En Navidad, cantábamos villancicos con nuestro grupo: el quinteto Gonzaglia (por González y Moglia) y juntábamos dinero para ayudar a los inundados. Una época linda. Hacíamos los mandados a lo de Fabi, Il Friuli, a lo de Don Pedro (el papá de Petar), a la librería Pinocho (un clásico), y en verano, en la casa de los Moglia, Tino Moglia y Rosita nos daban clases en el pizarrón de su casa.

A la noche íbamos a andar en bicicleta a la plaza Belgrano, y estaba lleno de bichitos de luz. Época inolvidable.

Muchos ya no están (mi papá incluido) pero mi mamá, mi hermana y yo, seguimos viviendo en nuestra casa familiar, agradeciendo a nuestros padres haber elegido City Bell para instalarse.

El pintor Ernesto Riccio

Ana María Altamirano

Tal vez antiguos vecinos de City Bell lo recuerden. Eligió esta tranquila localidad para pasar aquí gran parte de su vida junto a su esposa, hasta su muerte.

Ernesto Riccio nació en La Plata el 21 de octubre de 1887. Realizó sus estudios en la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, dirigida por el pintor Antonio Pagneaux, y luego fue nombrado Profesor Auxiliar en dicha institución. Asimismo participó en numerosas exposiciones colectivas, y sus obras fueron elogiadas por la crítica especializada.

En 1916 viajó a Europa para perfeccionarse, becado por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Primero se estableció en Barcelona, pero después ingresó en la Academia de San Fernando, en Madrid. Recorrió España, Italia, Francia. Luego de dos años, al finalizar la beca, se incorporó como Secretario en el Consulado Argentino en Madrid. Riccio permaneció durante más de una década en España; expuso sus telas en importantes Salones de Arte de la península y obtuvo comentarios muy favorables, por el refinamiento del color en los paisajes y la sensibilidad puesta de manifiesto en los retratos.



En 1927 regresó a la Argentina y se lo designó Profesor Interino de Anatomía Artística en la Escuela de Dibujo de la UNLP. Riccio partía de la observación de la estructura ósea para estudiar las formas a través de una visión plástica. Desde 1930 hasta 1932 fue designado Vocal de la Comisión Provincial de Bellas Artes. En 1931 realizó una extensa gira por los lagos del sur argentino y de Chile. A su regreso

expuso numerosos paisajes, en los que evidenciaba sus dotes de hábil colorista y pintor de afianzado oficio. Los críticos de arte destacaron con conceptos elogiosos sus nuevas obras. Luego viajó a la Provincia de Córdoba, y plasmó en sus telas los paisajes serranos, con similar maestría.

Ernesto Riccio se desempeñó como Profesor en la Escuela Nacional de Bellas Artes y hasta 1935 fue Director de la misma. Asimismo la Dirección Nacional de Bellas Artes lo designó Asesor para la creación de un Museo de Arte en Tandil, que culminó con su inauguración en 1937.

En 1938 fue nombrado Director de la Escuela Superior de Bellas Artes de la UNLP, y se dedicó al estudio de modernos métodos pedagógicos. En 1939 hizo una profunda reforma de los planes de estudio y le dio gran impulso a la enseñanza artística, consagrándose con esmero a la docencia. Luego fue Director de “Samay Huasi”, la casa de reposo de Joaquín V. González en La Rioja, donada a la UNLP.

Estaba casado con Helvecia Rodríguez, su compañera de toda la vida. Residían en la zona céntrica de City Bell, en proximidades de la calle Cantilo, en un confortable chalet donde tenía su taller. Falleció en mayo de 1954. Al cumplirse un año de su deceso se le rindió homenaje y se designó con su nombre un aula de la Escuela Superior de Bellas Artes, actual Facultad. Sus obras se encuentran en los principales Museos del país, galerías y colecciones privadas.

A los veinte años de su partida, junto con dos colegas, entrevistamos a su esposa, quien con suma deferencia, nos mostró su casa decorada con motivos de herrería y mayólicas españolas; para nuestra sorpresa, nos permitió el acceso al taller, que se mantenía tal como él lo había dejado: con sus caballetes, paletas, pinceles, óleos y hermosos cuadros. Considero que el pintor Ernesto Riccio debe ser recordado como una de las grandes personalidades de la cultura que vivieron en City Bell.



Y le dicen Chichita...

Élida Gabrici

“No es un arte envejecer, pero si sobrellevar la vejez”
Johann W. Goethe, escritor alemán 1749-1832.

Ustedes son unas “reliquias literarias”, tienen el arte de escuchar y salir al mundo con capacidad de sonreír en busca de la felicidad, nos dice con cariño la simpática familiar de Ethel. Nace el 21 de abril, maestra, profesora de letras, viajera incansable, coqueta, persistente como perfume de mujer, inquieta, y lo más importante: escritora, una perla del corazón que disfruta del sueño embriagador de sumar palabras.

Una biografía no es necesaria aquí; ella se entregó con pasión, remando sobre el sol que hace palidecer a las estrellas y renace en forma diferente, como una aurora feliz en líneas de la vida en “La Caterva”, teatro comunitario de City Bell, alojado ahora en un Galpón céntrico “aggiornado” entre todos sus componentes. Hace ya como catorce años que este grupo comunitario, una compañía de vecinos-actores cantantes sin experiencia, adopta el nombre basado en un libro de Juan Filloy.

La plaza Belgrano y otros parques fueron el escenario de las primeras actuaciones con público-vecinos, espectadores necesarios. Han llevado la versión de la historia en nuestra vida cotidiana en “Templo, Estancia, Batallón”, en actuaciones por el país. De los nueve integrantes originarios del 2006 han aumentado a unos cien componentes, de todas las edades.

En los huecos de la memoria pasamos niñez, dicha, vida, tristeza, vejez; sabemos que tenemos el arte de escuchar y saludar al mundo con capacidad de sonreír en busca de la felicidad, “solo se ve bien con el corazón”, como le dijo el Zorro al Principito.

Dice Andre Maurois: “con los restos de dos juventudes tempestuosas se pueden hacer dos vejeces encantadoras”...

Tengo los mejores recuerdos de mi infancia y juventud; nuestros caminos no se cruzaron con Ethel-Chichita. Vivimos de niñas en la misma zona céntrica, comimos helados de La Veneciana y medialunas del Rey del Dulce, recorrimos librerías, escuchamos a los mismos poetas, estudiamos teatro con la misma profesora, crecimos, llegaron los hijos; simplemente vivimos separadas hasta que libros y palabras nos unieron.

En las primaveras, bajo el perfume embriagador de tilos y magnolias inalcanzables, “la vuelta al perro” por los veredones de calle 7 de la plaza San Martín. Ella con sus quince abríles, nos debemos haber cruzado, no nos miramos, solo teníamos ojos para los muchachos... “Viva la vida” dijo Frida Kahlo.

Vive en la misma casa de tipología de principios del crecimiento de City Bell recostada sobre una medianera, un chalet con techo de tejas, ubicada lejos de la línea municipal en el centro del lote, con jardines que permiten gozar del verde desde todas las ventanas.

En la prehistoria de la localidad, antes de ser pueblo, el mar nos cubría.

Los seres humanos usamos las palabras, medio de expresión, nos sirven para comunicarnos, para actuar sobre la realidad. Son el reflejo de nuestra visión del mundo. “El recuerdo es el perfume del alma”, George Sand.



Con Ethel, amiga querida, tratamos de escuchar la voz interior, nuestra vida se hace dando amor en la amistad, regalamos todo lo que sentimos entretejiendo con hilos dorados sobre el arco iris de la trama, la vida que es un todo indivisible.

Hechos



- Visita de José Luis Cantilo, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires en el año 1925.
- Aterrizaje forzoso de un avión en el maizal de Mariscotti.
- Padres José Dardi y Blas Marsicano concelebrando una misa durante el 55º aniversario de City Bell.
- Reunión de la Asociación de Fomento, integrada por vecinos y representantes de la Sociedad Anónima City Bell.

Misticeta en City Bell

Cristian Saenz

La localidad de City Bell tiene en su interior secretos bien guardados. Uno de ellos es el nombre de su arteria principal (o que iba tener otro nombre).

La calle Cantilo debe su nombre a José Luis Cantilo, gobernador de Buenos Aires allá por 1925, y que vino a la inauguración de un nuevo pueblo... la villa veraniega...

City Bell tiene particularidades. Por ejemplo, en su interior condensa doce barrios, tienen en sus calles numeraciones que parecen contradictorias, pero son un rasgo de identificación. Ningún habitante va a mostrarse preocupado o alarmado por esto.

Nuestra historia se centra en uno de sus barrios: el único con nombre propio pero de distinto origen, el barrio Savoia.

Si nos remontamos en el tiempo a mayo de 1826, el establecimiento denominado Punta de Lara es transferido a George Thomas Bell, y en 1851 sus sucesores venden las tierras a don Luis Castells. En 1919, Luis Castells (hijo) vende el establecimiento Punta Lara a la Caja de Crédito Hipotecario, se reserva unas hectáreas, lindante con las vías. Esta fracción se subdivide en fracciones de unas 15 hectáreas cada una. José Savoia adquiere varios lotes por un total de 56 hectáreas. Savoia edifica su casa frente a la estación del ferrocarril, y se dedica a la cría de vacunos por más de veinte años. En 1942 fracciona sus tierras, y las vende pero se guarda algunos lotes.

El tren marca la geografía. La explanada para llegar a calle 13 del otro lado parece vivir en otro ritmo. El camino Centenario frenético, incesante es la bisagra en el tiempo. La historia cuenta, además, que allí hace más de cuatro mil años, el río, que ahora no se observa y está muy lejos, bañaba sus tierras. Algunos geógrafos definen a esa zona como el bañado de Castells.

El crecimiento del barrio fue en aumento en la última década, pero siempre distinta a la histórica City Bell, inmensa y progresista.

Como toda localidad en sus comienzos, de un lado o el otro de las vías, fue lugar de innumerables casonas o casas de fin de semana para descansar. En la calle Pedro Delheye, actual 474 del lado del Savoia, en la década del 90 un grupo de operarios que realizaba excavaciones para colocar una pileta en los fondos de la finca se sorprendió al hallar grandes bloques enterrados. Las obras se interrumpieron. De inmediato se convocaron a investigadores del Departamento de Paleontología del Museo de ciencias naturales. Ellos determinaron que los restos pertenecían a un ejemplar de Misticeta barbada, un cetáceo que habría encallado en ese sitio hace unos 7.000 años. Si bien fue un hecho aislado, confirma la teoría demostrada en excavaciones en el canal sobre el que corre el arroyo Martín, en el Parque Ecológico, donde se halló un estrato de color blanco formado por conchilla, huella de un mar histórico.



Quizás José Savoia nunca imaginó estas cualidades históricas en sus tierras. Paradojas o guiños del destino hicieron que este hallazgo haya encontrado explicación a los bañados de Castells.

Un domingo de aquellos

Fabiana Cecilia Pérez

¿Podemos pasar a revisar?

Apenas una frase bastó para darme cuenta de que algo había pasado para que esas personas estén tocando el timbre del Banco Provincia de City Bell...

Era un domingo al mediodía... En City Bell no había nadie, ¡ni el loro! (como se dice comúnmente).

Mi papá trabajaba en el Banco, y por ser el City Bell de antes, lo unía una amistad con sus compañeros, con los cuales nunca faltaba ocasión para hacer un asado y juntarse a pasar un buen rato más allá de lo laboral.

Siempre me llevaba, y lo pasaba muy bien; recuerdo moverme adentro del Banco como si fuese la dueña... jugar monologuando o atendiendo a personas invisibles, tipear las teclas de las antiguas máquinas de escribir, sumar en las calculadoras con manijita al costado y hacer salir metros de rollos de papel...

El Banco tenía un patio chiquito, con una improvisada parrilla que los mismos empleados habían construido, y un sótano o subsuelo, donde un escritorio de madera gruesa hacía de mesa para sentarse a comer el asado, que normalmente lo hacía el ordenanza, quien siempre estaba dispuesto a aceptar la invitación para prender el fueguito.

Ese día fue especial... Quedó grabado, diría para siempre en mi memoria, ya que apenas con seis o siete años lo recuerdo como si fuese hoy.

Se comió, se escucharon algunas anécdotas repetidas; yo sentí la necesidad de volver a jugar.

Sumamente curiosa e inquieta, veo abajo de uno de los mostradores un botón negro. No pude contenerme y lo apreté. No sonó, no hizo ruido, no prendió ninguna luz... No era para nada, pensé.

En menos de cinco minutos tocan el timbre del banco, el cuidador mira por la mirilla, abre la puerta y eran policías... Me escondo abajo del mostrador, al lado del botón negro, y escucho: ¿Podemos pasar a revisar el lugar?

Me descubren debajo del mostrador, ¡la cara de mi papá no era la suya! y con voz firme me pregunta:

– ¿Vos tocaste la alarma?

– ¡¡NO!! respondí... ¡yo solo toqué el botón negro!

Mientras tanto en frente, en la fuente de la Plaza Belgrano estaban cuerpo a tierra apuntando con sus armas los demás policías, quienes fueron sacados de sus camas ¡en calzoncillo y camiseta!

Bueno, al menos terminaron todos riendo, y la cara de mi papá volvió a ser la misma...

¿Cuándo nació City Bell?

Guillermo Defranco

En el departamento de Estudios Históricos de la Dirección de Geodesia provincial se conserva un expediente: “City Bell–Proyecto” está fechado en 1914 y lleva la firma del agrimensor *Esteban Panelo*. En la foja 10 (vta.) y siguientes leemos textualmente [las cursivas y las negritas son nuestras]:



“La Plata, **Marzo 10 de 1914.**

“Visto el escrito presentado por la Sociedad Anónima ‘City Bell’ en el que solicitan acoger al decreto de fecha 26 de agosto de 1910, sobre trazado de centro de población, respecto a la escrituración de las reservas destinadas a usos públicos en el pueblo cuyos planos solicitan su aprobación, sito en el Partido de La Plata.

“Y considerando: que las observaciones hechas en el escrito de fs. son indudablemente justas, pues las reservas designadas en la ley 19 de junio de 1913 exceden las necesidades a que se afectan las mismas, y teniendo en cuenta que el texto del artículo 12 de la ley antes mencionada es tan claro que no admite interpretación posible sin alterarlo fundamentalmente, el P. E., de acuerdo con lo dictaminado por el señor Asesor de Gobierno en el exp. P. 174.1914,

“Resuelve:

“1º.- Aprobar los planos presentados por la Sociedad Anónima “City Bell” para la fundación de un pueblo en el partido de La Plata, que se denominara “City Bell”.

“2º.- Aceptar al agrimensor Esteban Panelo para que haga el replanteo del pueblo, quien tendrá en cuenta las observaciones que formule la Dirección de Geodesia en su informe.

“3º.- Pase a la Escribanía mayor de Gobierno para que notifique la presente a la Sociedad recurrente, debiendo escriturar a favor del fisco, una vez efectuado el replante, las reservas que determina el decreto de fecha 26 de Agosto de 1910, con la consideración que quedara sometida a lo que resulte de la aclaración que solici/tara

el Poder Ejecutivo de la Honorable Legislatura del art. 12º de la ley antes mencionada,

“4º.- Insértese en el R. O.

“(Fdo.) García / “(Fdo.) Juan Ortiz de Rosas”.

Como se ve, lleva fecha del día **14 de marzo de 1914**, dos meses antes de la fecha aceptada oficialmente como de fundación de City Bell. En el escrito siguiente, en la misma foja 11, consta con fecha **20 de abril** –también anterior al 10 de mayo- la notificación por parte de Pabelo de la aprobación de los planos presentados. Un enmendado en la documentación original (manuscrita, de pluma y tinta) podría ser la causa de una confusión que arrastra ya noventa años. Nada obsta, sin embargo, para que sigamos celebrando el aniversario de la fundación de City Bell en el patriótico mes de mayo.

La Comunidad Británica de City Bell

Cynthia Henning

En la época del esplendor de los frigoríficos Swift y Armour de Berisso, muchas familias de descendencia inglesa se radicaron en City Bell. Desde 1958, año en que mis padres se establecieron en esta zona, hemos vivido la transformación de nuestro “pueblo” con el recuerdo de algunas costumbres propias de la cultura inglesa y de actividades de la Comunidad Británica de City Bell.

Una costumbre de la mayoría de las familias inglesas era tomar el té a las cinco de la tarde todos los días (el famoso *five o'clock tea*); una ceremonia en la que no podía faltar la mesa puesta sobre manteles bordados y el juego de té completo. La tetera con el cubre-tetera (para que no se enfriara el té), el azúcar en cubos, leche fría (colocada en la taza antes de verter el té), panes caseros (de miel, de jengibre), tostadas y scones, manteca, dulces caseros, cookies, tortas y tartas. La infusión se preparaba, como indica la tradición, en teteras precalentadas en las que se coloca el té en hebras y agua en su primer hervor. El agua de City Bell de aquella época, era especial; no contenía productos que le cambiaran el sabor al té.



La tradición del té formó parte de los famosos “té-canasta”, que se ofrecían una o dos veces al año, a beneficio de la Comunidad Argentino-Británica (ABCC). Dichos encuentros se realizaban en clubes o casas, y eran frecuentados por damas

que, comprando una entrada, podían jugar a la canasta o al bridge, y luego del juego tomar el té como anteriormente se ha descrito. En estas reuniones, cuyo motivo era la beneficencia, se solían rifar o vender manualidades realizadas durante todo el año por las integrantes de la comunidad: muñecos, guantes, delantales, crackers para Navidad, budines, tortas, dulces caseros, etc. Otra actividad anual era la organización de kermeses, abiertas a la comunidad. Se llevaban a cabo en casas de familia con grandes jardines, donde se armaban diferentes juegos y se otorgaban pequeños premios. Todo lo recaudado era entregado a la ABCC para el mantenimiento por ejemplo del Hospital y el Cementerio Británico de Buenos Aires, el Hogar para adultos mayores de Villa Devoto (BABS), y otras asistencias.

La mayor parte de los ingleses pertenecía a la religión Católica Apostólica Anglicana, y se celebraba mensualmente la misa, en idioma inglés, con un sacerdote que venía de Quilmes. Después de la última ceremonia del año, para festejar las fiestas, cada familia preparaba algo rico para almorzar y se compartía una mesa larguísima, donde se podían probar variadas ensaladas, carnes, tartas, empanadas, postres, recetas familiares, tanto dulces como saladas. En este momento recuerdo sabores como el jugo de frambuesa y de ciruela de Víctor, las cebollas al oporto de Gladys, las remolachas a la menta de Doris, y tantas otras exquisiteces con nombre y apellido. Luego de comer, y para entretener a grandes y niños, se compartían juegos: carrera de embolsados, bochas, croquet, juego de sapo, concursos de decoración de sombreros de paja con flores del lugar, etc.

Otra costumbre era jugar al Peteca (juego similar al vóley) que practicaban los mayores en el “Peteca Club” (un gran galpón de madera en la calle 6 entre Cantilo y 13), donde también se llevaban a cabo otras actividades y picnics.

Son algunos recuerdos de mi infancia, ya que la Comunidad Británica de City Bell se fue apagando de a poco...

Un día inolvidable

María Laura Villar

Voy a contar la historia del día en que vimos un globo aerostático aterrizar en City Bell.

No recuerdo el año, ni el mes, pero seguramente fue un sábado o un domingo porque estábamos todos en casa, incluso mi papá. ¿Era otoño o invierno?, tampoco lo recuerdo. Yo tendría nueve o diez años.

Lo que sí viene a mi memoria es que estábamos con mis hermanos jugando en el fondo de mi casa y alguien vio muy cerca, en el cielo, un globo aerostático. Era enorme, celeste y blanco. Cada vez se veía más cerca, más bajo. Salimos a la vereda, yo vivía en Camino Centenario entre Balcarce y Washington (de paso les cuento que cuando logré escribir correctamente mi dirección, ya había cambiado a Camino Centenario entre 464 y 465; ahora creo que es 461 d y 461 e, nunca voy a acostumbrarme a los nuevos nombres de las calles).

Bueno, volviendo a la historia que nos ocupa, todos los vecinos salieron de sus casas y empezaron a seguir al globo. Corriendo por la calle, chicos y grandes lo seguimos hasta las vías de ferrocarril y nos dimos cuenta de que allí se dirigía... iba a aterrizar “detrás” de las vías.

En ese tiempo toda esa zona (lo que ahora es el barrio El Quimilár) era campo, un gran bañado. Había mucho barro, vacas y, por supuesto, mucha bosta. Eso, no nos impidió seguir corriendo.

El globo iba bajando y cada vez éramos más los vecinos que corríamos para ver hasta donde llegaría. Cuando tocó tierra nos acercamos... ¿Nos sacamos fotos?... creo haber visto alguna... no lo sé realmente.

Seguramente los adultos supieron quiénes iban en el globo o por qué terminaron ahí... yo no lo supe. Pero ese día fue genial... el día en que vi por primera y única vez un globo aerostático pasar por arriba de mi casa.

Azules y Colorados en City Bell

Miguel Mauriño

En abril de 1963 se produjo el “choque” entre dos grupos de las Fuerzas Armadas de nuestro país: los “Azules”, que pertenecían al sector “legalista” y querían mantener en el poder al presidente José María Guido, y los “Colorados”, que querían derrocarlo y ungir presidente al general retirado Benjamín Menéndez. Los “Azules” eran liderados por el General Juan Carlos Onganía que, curiosamente, tres años después derrocó al presidente constitucional Humberto Illia. “Azules y Colorados” fue un episodio que dejó más de veinte muertos y casi un centenar de heridos.

Recuerdo claramente la mañana del 2 de abril de 1963, yo tenía 7 años y era, junto a mis hermanas, alumno de la Escuela Provincial N° 12 “Doctor Victoriano E. Montes”, en la que pasé años maravillosos, por los compañeros y maestras que tuve.



Estábamos en clase en un aula que daba al frente de la Escuela, y por la ventana vimos llegar un jeep del ejército del entonces Batallón 2 de Comunicaciones. Dos militares se bajaron a la carrera e ingresaron a la Escuela. Nos llamó la atención, pero todo siguió normalmente... hasta que se abrió la puerta del aula y una docente, acompañada por los dos militares y con muy poco criterio, dijo: “Chicos, no se asusten, pero hay que evacuar la escuela, pues ¡van a bombardear el pueblo!!!”. El escándalo fue inmediato: gritos, llantos y todo lo que puedan imaginar. No recuerdo cómo me encontré con mis hermanas, que eran mayores que yo, ni cómo

regresamos a casa. Pero, al poco tiempo de llegar, un jeep del ejército se hizo presente, y le comunicaron a mi madre que teníamos que evacuar la casa, ya que iban a bombardear el batallón y nosotros estábamos solo a una cuadra y media del mismo (7 entre 15 y Pellegrini). Aconsejaban ir más allá de la calle 11. El primer problema fue convencer a mi abuela para que dejara su casa, el chalet “La Moña”. Le decía a mi madre: *“Yo ya viví mi vida, y no voy a dejar este lugar que tengo en el alma desde el año 1922”*. Lloramos, pedimos y, finalmente, la convencimos para irnos a la casa de una prima de mi madre, ubicada en 7 entre 10 y 11. Allí nos refugiamos nosotros y un grupo de vecinos que no tenía familia en City Bell. No pasaba nada, por eso todos estábamos en la calle mirando. Los más chicos jugábamos en la vereda y, sin querer, hicimos saltar un hormiguero, las hormigas picaron al más chico de nuestros amigos; era alérgico. Se hinchó todo en cinco minutos; mi madre y su amiga salieron corriendo para llevarlo al médico, regresaron como una hora más tarde con todo bajo control (qué pueblo, el prestigioso doctor lo atendió en su casa). Seguía sin pasar nada, hasta que comenzaron los vuelos rasantes de la marina; los “tanques de Onganía” venían desde Magdalena en apoyo del Gobierno, y los aviones los atacaban. Mi padre trabajaba en Buenos Aires; ese día regresó, como siempre, en tren, y se sorprendió al no encontrarnos en mi casa ni en la casa de mi abuela; no se había enterado de nada. Hoy, con los medios de comunicación disponibles, eso resulta inimaginable. No recuerdo cómo, pero nos ubicó.

Vimos de todo: los aviones que pasaban, soldados que corrían desarmados y vehículos del ejército. Parecía una “película”, que se hizo más intensa al oscurecer, ya que los aviones lanzaban luces de bengala y el cielo del pueblo tomaba un color rojizo que penetraba. Habíamos regresado a “La Moña” y, desde el jardín de invierno, el espectáculo atemorizaba mucho. El ruido de los tanques y algunas explosiones marcaban un momento muy distinto al habitual de nuestro querido pueblo. Triste experiencia por los muertos y heridos; si no, “la película” hubiese sido un “sainete”.

Vida familiar en zona militar

Celia Ester Guerra de Petruccelli

Corría el año 1978, más precisamente el 21 de setiembre; épocas difíciles para nuestro país, cuando las calles contiguas al Batallón de Comunicaciones 601 de City Bell eran zona militar.

Muchas veces había patrullajes de efectivos y varias manzanas quedaban cerradas, lo que provocaba que sus habitantes tuvieran dificultades para poder salir de sus hogares.

Aquel día de inicio de la primavera, por la mañana, me vi afectada por un operativo de esta naturaleza y no se me permitió transitar por la calle de mi casa (5 entre Güemes y Pellegrini), para poder ir a hacer las compras habituales. Al preguntar por qué, se me dijo que venía al cuartel una alta autoridad militar de ese momento y, por ende, era imprescindible llevar adelante medidas de seguridad restrictivas como la que se me indicaba.

Ante tal respuesta y frente a la necesidad de realizar las compras en la carnicería y la despensa ubicadas entonces en calle Pellegrini y Jorge Bell, se me ocurrió decirle al uniformado que “me hiciera él los mandados”; a continuación le di el changuito, la lista y el dinero correspondiente, agregando que al mediodía tenía a mi marido y a mis hijos para comer en casa.

La sorpresa y la perplejidad fueron la reacción del militar, quien accedió a mi pedido de dejarme pasar y, hasta incluso, me acompañó en forma amable hasta la esquina.

A mi regreso no me dijeron nada y directamente me cedieron el paso.

Hubo una vez, un Pesebre Viviente Rock en City Bell...

Rosita Torres

Éramos alrededor de una decena de jóvenes ente 15 y 20 años. Obvio... con ganas... con creatividad, con intención de cambiar las cosas, como todos los chicos a esa edad. Formábamos parte del Grupo Juvenil de la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, en calle 21 y Rivadavia, cuyo párroco era por esos años - fines de la década del setenta- el querido y singular Padre Dardi. Para captar nuestra participación, el sacerdote amigo nos animó a formar el coro para las misas del fin de semana, incorporando no solo instrumentos nuevos para esa función, como la guitarra eléctrica y el bajo, sino que pudimos añadir al repertorio musical de las misas, temas contemporáneos de la época como los de “La Biblia” del legendario Vox Dei (Libros sapienciales, Profecías) y otras canciones religiosas de vanguardia con arreglos de voces y percusión... toda una innovación para esos tiempos...

Llegaba la Navidad del año 1978 cuando Dardi nos entusiasmó para que hiciéramos un “Pesebre Viviente” para la comunidad parroquial de City Bell... Eso sí... nos daba toda la libertad para hacerlo “a nuestro modo”... y así lo hicimos. Estábamos aún muy sorprendidos con la ópera rock que venía de afuera “Jesucristo Súperstar”, se nos ocurrió hacer algo por el estilo... Empezamos buscando temas musicales como fondo para los diferentes cuadros y escenas: Pink Floyd, Emerson, Lake and Palmer; Rick Wakeman... Música en vivo a cargo del coro que dirigía en ese entonces Mario Conti, efectos especiales generados electrónicamente como viento, truenos, para armar un clima expectante y de sorpresa. Luces de colores con el uso del tradicional papel celofán de color, y hasta conseguimos una luz de boliche que potenciaba el color blanco de las túnicas de los ángeles.



Creamos el texto, buscamos a compañeros de colegio, hermanos, primos y vecinos para los diferentes personajes, desde los profetas hasta los pastores, pasando por los reyes y ángeles. Algunas madres facilitaron las vestimentas correspondientes, y un bebé recién nacido de la calle 21, a dos cuadras de la parroquia, sería el niño Jesús. A la estrella de Belén le quisimos dar protagonismo... se deslizaría al paso de los reales personajes a través de una roldana y un cable, hasta posarse en el pesebre (el día del estreno el cable se cortó y la estrella ¡resultó más fugaz que ninguna otra!). Otro toque tecnológico de innovación, lo adaptamos al papel del Ángel de la Anunciación. Miriam, la de silueta etérea, fue la elegida para ese papel. La consigna fue subirse con su túnica por la escalera marinera a la cornisa y pararse cerca de la pared del campanario de la iglesia, bien arriba, (¡inconscientes del peligro!) con esa luz negra que la destacaba. Allí, munida de un transmisor pegado con cinta a su cuello, su voz saldría por una radio que oficiaba de receptor y amplificaba su mensaje celestial... toda esta tecnología experimental, aportada por mi hermano Armengol, que era un fanático -y lo es todavía- de la electrónica, creó todo un impacto visual y sonoro (¡años setenta, ¿eh?!). ¡Fue asombroso!



Al padre Dardi le íbamos reportando tan geniales ideas y, lejos de limitarnos, nos daba rienda suelta para todo ese despliegue. El día del ensayo final, llegó en su jeep con otro aporte para el relevante estreno: había logrado que un feligrés de la localidad vecina de Los Porteños, le cediera una oveja enorme y dos patos... ¡vivos!!!, para formar parte de las ofrendas de los pastores, así parecería más real la puesta en escena. Total que en la función, la oveja orinó sobre las túnicas de los pastores que la

llevaban y los patos... ¡resultaron ser patas!!! Porque pusieron cada una un huevo en la misma “premier”, sobre las tablas. Después de la función y, a modo de agradecimiento, los dueños de la oveja nos la regalaron para poder celebrar y hacer con ella un asado... No pudimos.

Lo organizamos en el patio de la parroquia, al aire libre. Para el escenario usamos todas las mesas del Colegio Ceferino, las cubrimos con las alfombras rojas que se usaban en los casamientos, hicimos el pesebre con ramas, buscamos la paja, colgamos estrellas y, sobre todo, pusimos todos y cada uno, nuestra mejor versión en lo que podíamos colaborar... Y esa es una condición que los jóvenes poseen, toda la fuerza para generar imposibles. Y cuando eso está acompañado por adultos que animan y apoyan, los resultados son increíbles.

Así fue, este “Pesebre Viviente Rock” resultó tan aplaudido por la comunidad que llegó a oídos del Padre Blas quien nos pidió que lo repitiéramos en el patio del Colegio San Blas, entre los tranvías. Por supuesto allá fuimos -no había bandos- para que la comunidad de la otra mitad de City Bell también pudiera disfrutarlo. Al fin y al cabo éramos todos hijos del mismo pueblo y era tiempo de Navidad, de compartir nuestra juventud al servicio de la creatividad, la originalidad, de los ideales nobles y con valores que la historia, los espacios y la gente de aquel City Bell nos proporcionaron en su momento dejando huellas, sin duda, en cada corazón y memoria de los que conformamos el inquieto Grupo Juvenil Parroquial de aquellos años.

La noche en que se cayó la luna

Guillermo Defranco

Sin dudas, es el mayor acontecimiento en la historia de City Bell. Ocurrió en abril de 1938 y se trata del aterrizaje de emergencia de un avión de pasajeros perteneciente a la Pan American Grace.

A la altura de la actual calle 30 y en dirección al arroyo Carnaval, “tenía tierras arrendadas don Pedro Mariscotti, y a continuación estaba el horno de ladrillos de Juan Zambano –recuerda Juan Forneris-. Había llovido mucho, así que todo era un barrial. Una noche estaban en la casa, después de cenar, y sienten un ruido. Salen a mirar y ven una luz que ilumina todo el campo: el piloto había tirado una bengala”.

Estaba muy fresco todavía el recuerdo del accidente aéreo que truncara la vida de *Carlos Gardel* y muy posiblemente ninguna de las personas que asistían al espectáculo de un avión viniéndose encima, había visto en su vida un aparato de esos más allá de una foto en los diarios. Y en algún caso, ni siquiera eso. Con seguridad hubo algo de pánico: “*Se cae la luna, nos vamos a morir*”, gritaban. “*Hacía cada vez más ruido –continúa el relato-, hasta que aterrizó sobre las plantaciones de Mariscotti, cerquita del arroyo*”.

Eusebio Carnevale fue testigo presencial del acontecimiento con sus 14 años. Vivía muy cerca del lugar, a la altura de la calle 28. “*Lo recuerdo perfectamente –dice a este cronista, 66 años después del hecho-. Era invierno y estaba lloviendo esa noche. En una de esas sentimos un estruendo; salimos afuera y vimos un resplandor enorme*”. Y sigue: “*Aterrizó a no más de cincuenta metros del arroyo*”.



El policía del destacamento que funcionaba en el camino Belgrano y Alvear fue uno de los primeros en llegar. Es posible que no haya habido mucho más que algunos soles de noche a kerosene para alumbrar, y así llegaron en auxilio Mercuri, Mariscotti, Zambano, y todo aquel que moraba en las cercanías. Y Tobi Büchele, autor de las tres fotografías que se conservan como testimonio de lo que tal vez haya sido el mayor suceso acaecido en City Bell desde entonces y hasta la actualidad.

El avión se había quedado sin combustible, sobrevolando la zona a la espera de que le dieran pista en un aeropuerto cercano. Por la época, podría tratarse del de El Palomar o el de Monte Grande. *“Por la dirección en que iba, seguro que era Monte Grande –aporta Carnevale–, por las huellas, que estaban apuntando hacia el Oeste. Si hubiera sido El Palomar, tendrían que haber tenido otra dirección”*, reflexiona haciendo gala de una memoria visual (y general) envidiable.

Los pasajeros –todos ilesos– fueron trasladados hasta el destacamento policial desde donde abordaron un micro de línea para regresar a la Capital Federal. La aeronave era un Douglas DC2, con capacidad para catorce pasajeros y tres tripulantes (piloto, técnico y azafata).

“Dos días después, cuando hubo secado un poco el barro –recuerda Carnevale– lo tiraron con tractores hasta el fondo del potrero. Me acuerdo que el piloto puso a toda máquina y carreteó por Alvear (acceso a la estancia El Ombú) y alcanzó a levantar vuelo unos cien metros antes del camino General Belgrano”.

Hablando...

Juanjo Vendramin

“Hablando de City Bell” es el nombre de un programa de radio en el que se solían tratar, en aparente desorden, todo tipo de temas, siempre relacionados con City Bell, como es el espíritu de este libro. Era conducido por Guillermo Defranco y por mí, y se emitió durante cuatro años por Radio Signo, la radio *on line* del Colegio Estrada...

Hablando del Colegio Estrada... mencionemos que en el año 2013 se comenzó la construcción de un auditorio subterráneo, para lo cual fue necesario cavar un gran pozo que ocupaba todo el patio del colegio, con una profundidad de 5 metros... Con gran emoción fui testigo de que a 4,5 metros, y confirmando que City Bell hace algunos miles de años (en la última desglaciación) estuvo bajo las aguas del mar, quedó descubierta una notable capa de conchilla...

Hablando de conchilla... Otra forma de detectar la presencia de estos restos fósiles de crustáceos y moluscos, es observando la existencia de talaes, muy afectos a estos suelos calcáreos, en las tierras bajas entre las vías del ferrocarril y el Río de La Plata. En esta región de pastizales, el tala es una de las pocas especies nativas de árboles.

Hablando de árboles nativos... sabemos que como en el caso de las aves, su presencia se ve amenazada por la competencia con otras especies foráneas introducidas. Algunas de estas especies se han naturalizado (es decir, que se reproducen sin la intervención del hombre), y en algunos casos se convierten en plagas, como es el caso de la acacia negra en el Parque Ecológico Municipal...

Hablando del Parque Ecológico... hay que mencionar que entre los años 1935 y 1970, funcionó allí la planta receptora de la empresa Transradio Internacional, mientras que la planta transmisora estaba ubicada en Monte Grande. La empresa multinacional establecía comunicaciones con Europa y Estados Unidos mediante mensajes de télex, un pariente cercano de la telegrafía...

Hablando de telegrafía... recordemos que la primera comunicación de telegrafía subfluvial en Sudamérica se concretó en Argentina, en 1866, con un cable apoyado en el lecho del río que unía Punta Lara con Colonia del Sacramento (Uruguay). En ese momento la Estancia Punta Lara era propiedad de la familia Bell y formaba parte de la “Estancia Grande”...

Hablando de la Estancia Grande... recordemos que estas tierras, antes de la llegada de los Bell en 1831, tuvieron una decena de propietarios, entre los cuales destacamos a Ramón Rodríguez (1768), anteriormente a la Compañía de Jesús (1690) e inicialmente a Baltasar de Carvajal y Juan Fernández de Enciso quienes las recibieron de Juan de Garay, como recompensa, luego de la 2ª Fundación de Buenos Aires en 1580....

Hablando de la fundación de Buenos Aires... La 1ª estuvo a cargo de Pedro de Mendoza en 1536, quien después de cinco años de permanencia debió abandonar su

asentamiento luego de que los Querandíes (los aborígenes que habitaban esta zona) quemaran su fuerte y sus naves tras feroces combates motivados por la escasez de alimentos...

Hablando de los aborígenes... sabemos que los Querandíes eran un pueblo nómada que vivía de la caza y de la pesca, usaban arcos, flechas y bolas perdidas como armas. Cuando Juan de Garay avanzó hacia el sur de Buenos Aires con rumbo a Magdalena repartiendo tierras entre sus seguidores, utilizó los primitivos senderos y huellas dejadas por los aborígenes durante sus desplazamientos por el territorio en busca de caza...

Hablando de las primitivas huellas... hay que decir que después de la llegada de los españoles muchas de ellas se siguieron utilizando como caminos consolidados, conocidos como camino Blanco (a Ensenada), a Magdalena, a Tubichaminí y a Chascomús. En la actualidad, gran parte la traza original del Camino a Magdalena se corresponde con la del Camino del Centenario...

Hablando del Camino del Centenario... recordemos que fue asfaltado recién en 1938, mientras que en 1916 ya se había concluido la construcción del Camino Mejorado de Avellaneda a La Plata, conocido después como Camino General Belgrano y Ruta Nacional N° 1. Este camino había sido generosamente diseñado con dos vías por mano (construido al 50%) y con un ferrocarril eléctrico que circularía entre ambas manos, que nunca se concretó...

Hablando del ferrocarril... las vías férreas que pasan por City Bell fueron habilitadas en 1884, dos años después de que se fundara La Plata y treinta años antes de que se creara City Bell. Al cruzar sus tierras, Jorge Bell hizo abrir una segunda entrada a su estancia (Avenida de las Casuarinas) e instaló un apeadero para uso exclusivo de su familia o visitantes. El nuevo ramal ferroviario unía la estación de Tolosa (primitiva estación de La Plata) con la estación Pereyra, perteneciente al ramal de Buenos Aires al puerto de Ensenada.

Hablando de la estación Pereyra... hay que recordar que fue durante varios años la estación de ferrocarril más cercana a la Estancia y facilitadora del transporte del ganado producido. Este hecho fue motivo suficiente para que la entrada original a la estancia estuviera orientada, precisamente hacia dicha estación. Esa entrada es la actual diagonal Jorge Bell.

Hablando de diagonales..., en el trazado original de City Bell se advierte la existencia de cinco diagonales a 45°, similares a las de La Plata (25 de Mayo, 9 de Julio y 19 de Noviembre y dos que no fueron construidas) mientras que tanto la diagonal Jorge Bell como la Urquiza forman ángulos extraños, ya que ambas se corresponden con caminos de acceso a la Estancia y a uno de sus puestos, preexistentes al trazado del pueblo y respetados en el mismo.

Hablando del trazado... se puede advertir una zonificación en tres grandes bloques: la zona urbana entre el Camino Centenario y Sarmiento, y dos zonas de quintas: entre Sarmiento y Camino Belgrano y dos cuadras más allá del camino. El trazado de City Bell responde a un diseño con similitudes al usado en La Plata, en el que se diagramó un "eje monumental" formado por las calles 51 y 53. En nuestra

localidad ese eje está representado por la calle 11, que atraviesa la Plaza San Martín (indicada en el plano original como “Plaza Principal”) y a los lados de la cual, en forma simétrica, se plantearon las tres plazas circulares originales y se hicieron las reservas de tierras para los principales edificios públicos.

Hablando de edificios públicos... hay que decir que algunas de las reservas nunca se concretaron, como por ejemplo el “cementerio” (en Belgrano, Alvear y Rivadavia) y, muy lamentablemente, el “hospital” (en 19 entre 12 y 13). Otras sí se ejecutaron exactamente como fueron concebidas o con algunas modificaciones. Por ejemplo, el lugar destinado para la “escuela de varones” es ocupado en la actualidad por el Jardín 911 y la “escuela de mujeres” por la Escuela N° 12. Se respetó el espacio destinado para la “iglesia” en los terrenos que ocupa la Parroquia Inmaculado Corazón de María, y después de algunas idas y venidas también ocupa el espacio que le fue reservado la Comisaría 10ª.

Hablando de la Comisaría... digamos que el edificio que ocupa actualmente se construyó en el año 1953, y que antes había estado ocupando la casa de 19 entre Cantilo y 15, que actualmente es la sede del Argentinos Juvenil Club.

Hablando del Club Argentinos... como nota de color recordemos que la sigla del club AJC fue heredada de otra institución que había ocupado el mismo inmueble: La Asociación de Jóvenes Cristianos... Este Club, junto con el Club Atlético City Bell, han sido protagonistas durante muchos años de toda la vida social de esta población.

Hablando del Club Atlético... recordemos que nació en 1926 y ocupó su actual sede (una casona construida en el año 1920 para funcionar como “Casa de Té”) recién a partir del año 1939. Bajo su techo funcionó la primera central telefónica del pueblo en 1927, y se celebraron las primeras misas en la década del 30, antes de la construcción de la parroquia Sagrado Corazón de Jesús en 1938.

Hablando de parroquias... mencionemos la labor de Sor María Ludovica, quien traía a pequeños pacientes internados en el Hospital de Niños de La Plata a que respiraran el aire de la “Córdoba chica” como se le llamaba a City Bell en esa época, por lo benigno de su clima. Sor María solicitó al Ministerio de Obras Públicas la cesión de terrenos que luego fueron usados para crear una quinta en la que se cultivaban hortalizas y frutales, usados luego en el Hospital. Por su inquietud también surge la idea de levantar un templo: la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús donde desarrolló su actividad pastoral el Padre José Dardi. En 1956 se bendijo la Parroquia Inmaculado Corazón de María de la que el padre Blas Marsicano fue párroco desde sus orígenes. Ambas parroquias crearon luego sus respectivos Centros Educativos Parroquiales.

Hablando de instituciones educativas... recordemos que la Escuela N° 12 fue la primera escuela pública del pueblo. Fundada en el año 1884, proveniente de La Plata, y luego de muchas vicisitudes, mudanzas y cambios de categoría, se instaló en una casa de familia en 1920 y allí funcionó durante diez años, hasta que se inauguró su actual edificio en 1930. En 1942 adquirió su nombre “Victoriano Enrique Montes”.

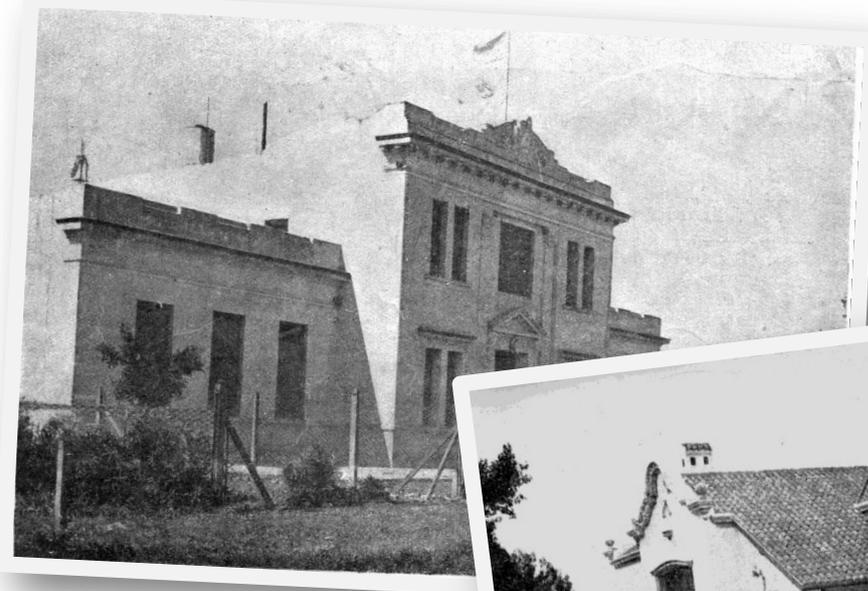
En 1949 comenzó a funcionar la Escuela N° 68 “Juan Hipólito Vieytes” en el barrio Martín Fierro, y en 1956 se inauguran dos nuevas escuelas: La N° 117

“Comandante Luis Piedrabuena” en el barrio El Ombú, y la primera escuela privada con jardín y primaria: el Instituto José Manuel Estrada...

Hablando del colegio Estrada...



Instituciones



- Escuela N° 12 “Victoriano Enrique Montes”.
- “Casa de Té”, actual sede del Club Atlético City Bell.
- Sede original del Atlético Juvenil Club.
- Parroquia Sagrado Corazón de Jesús.

El Jardín 911 y su gente

Olga Edith Romero

En 1963 el grupo de la Asociación Cooperadora integrado por Haydée Trotta, Juan Raymundo, como presidente, y Jorge Domínguez decidieron iniciar los trámites para fundar un Jardín de Infantes. Lo hicieron con la intervención de la directora de la Escuela N°12 María Emilia de Del Papa.

Así fue que el 1º de Junio de 1964 comenzó a funcionar el Jardín de Infantes 11, hoy llamado 911, con dos salas: una en un pasillo y otra en un pequeño salón. Los muebles eran cajones de manzanas y tablones, y latas de pintura que hacían de banquitos, todo pintado por las maestras. La primera directora fue Beatriz Chena, vice directora interina Amalia Pinto de Grellier, a quien después siguiera Zelmira Ardiles y maestras María Beatriz Tournier y Mónica Gurruchaga.

Pero los cooperadores de esa época no pararon hasta lograr un nombre para el Jardín que fue bautizado en 1966 como Gabriela Mistral, y con mucho esfuerzo se construyó en el que fuera el campo de deportes de la Escuela 12, el edificio propio en calle 11 esquina 4. Los estudiantes de arquitectura lo visitaron durante muchos años porque fue llamado Jardín Modelo, ya que fue el primero en tener varios baños dentro de cada salita, un pasillo central y a cada lado salas completamente vidriadas con ingreso a los patios mediante puertas ventanas. Uno de los salones se convertía en escenario, ya que las puertas de madera también eran corredizas y en desnivel se hallaba la sala de música, a la que se ingresaba por una rampa y estaba en un nivel más bajo.

Las maestras del nuevo edificio fueron Déborah Cilley, Luján Brizuela, Nori Carminati, Beatriz Lanteri (que en algún momento fue vicedirectora), María Clara Gonzalez Litardo, Graciela Mendigochea y la que escribe. La directora era Dora González y luego fue Alicia Fridman.

Allí se representaron durante muchos años, todos los fines de año obras de teatro para niños. Las maestras conjuntamente con las madres y padres integraban el elenco, elegían las obras, hacían el vestuario y preparaban la escenografía. Un mes antes de finalizar el año lectivo se ensayaban las obras y se cuidaba hasta el más mínimo detalle, todo en horario extra escolar. Tanto éxito tuvieron las obras que algunas fueron interpretadas para niños de otros Jardines en Villa Elisa y en Gonnet. También en el Club Atlético, para que pudieran verlas niños de la zona que no asistían al establecimiento.

Entre las numerosas obras se representaron las “Canciones para mirar” de María Elena Walsh, “La ratita presumida”, “Las vecinas”, algunas obras de Hugo Midón, otras adaptadas de obras de títeres y algunas de mi autoría (Olga Edith Romero).

Las maestras, asistentes, preceptoras y profesoras de música participaban conjuntamente con los padres, y todavía se recuerda a Susana Colombo de Dawson (mamá) que realizaba escenografías espectaculares conjuntamente con Josefa Genovesi (profesora de música, y luego preceptora).

Todos los años venía Papá Noel, en la piel de Beatriz Lasta. Una vez en el camión de bomberos, otra a caballo, y una vez bajó del techo con tal mala suerte que se cayó pero todos creyeron que era preparado. Las risas de sus compañeras no se hicieron esperar.

El Jardín siempre se destacó por la enseñanza. En una época se llevó a cabo un proyecto espectacular llamado “El Jardín es una galería de arte”. La directora era Cristina Grillo. Asistieron al establecimiento pintores de la talla de Enzo Oliva, que incluso pintó una de las paredes de la sala de música, con un trencito y un hermoso paisaje.

También se visitó la galería de arte de Nilda Fernández Uliana, y ella nos mostró cuadros pintados por artistas de la zona, y a Juanita Zambosco realizando modelado en arcilla. Los niños pudieron interactuar con los artistas en todos los casos. Se les enseñaron cuadros famosos como los de Van Gogh, y los chicos pintaron “al modo de” Miró, Dalí, Monet, etc. Visitaron el Pasaje Dardo Rocha donde se exponían cuadros y el Museo Provincial de Bellas Artes.

Fueron también visitados por escritores para niños, de la talla de Fausto Zuliani y Mabel Russo. Escribieron sus propios libros de cuentos, aprendieron a hacerlos. Se les mostró cómo trabajaban las editoriales. Conocieron la poesía de García Lorca, Antonio Machado y otros muchos autores argentinos y españoles.

Se visitó el Teatro Argentino, presenciaron una función especial para ellos, visitaron y vieron obras de teatro en otros teatros de La Plata.

Se acercaron al establecimiento la Banda del Teatro Argentino, varios músicos visitaron el Jardín y las profesoras de música se involucraron en la enseñanza de instrumentos de todo tipo y en la realización de instrumentos de percusión con materiales descartables.

Fuimos visitados por el conjunto “Virus” que tocó sus temas musicales y repartió caramelos a los chicos.

Se enseñaron danzas de todo tipo y, sobre todo, las tradicionales. Se acercaron conjuntos de danzas que bailaron para los niños.

En otra etapa el Jardín se convirtió en talleres. Cada Sala en cierto momento del día se transformaba en un taller: literario, arte, teatro, juegos en el patio, actividades musicales y folklore.

En otro año se llevó a cabo el proyecto “Lúdico creativo”, en el cual en cada sala se colocaban todo tipo de elementos: cartulinas, hojas de distinto tamaño, cajas, cinta scotch y elementos para pegar, témperas, pinceles, tubos de cartón, vasitos de plástico, tapitas y objetos descartables. Para vernos en acción vino desde el Uruguay el profesor Dinello, quien pasó varios días en nuestro establecimiento, y se lo despidió con una cena en su homenaje. El proyecto era agotador, pero las docentes sobrevivimos y hoy podemos contarlo.

También se realizó un campamento en el Jardín: los padres dejaron a los chiquitos con bolsas de dormir o mantitas un viernes desde las 19 hs. Y las maestras organizamos juegos de campamento, y les hicimos panchitos para que comieran. Al

día siguiente los padres los vinieron a buscar. Todo fue súper organizado y nos fue muy bien.

Hacíamos la huerta y cosechábamos verduras que se llevaban a la casa los pequeños, también plantábamos plantas de flores bajo la supervisión de Gloria y Josefa.

Teníamos peceras con peces de colores, terrarios con hormigas y caracoles que a veces se escapaban para desesperación de las porteras, una tortuga que se llevaban los fines de semana los nenes. Traían mascotas y les enseñábamos a cuidarlas. Criábamos gusanos de seda. Hacíamos excursiones a todas partes, incluso a Mundo Marino.

Siempre se trabajó en grupo, y siempre, salvo raras excepciones, hubo acuerdo entre las docentes; tal es así que hoy, aquellas docentes de los espectaculares proyectos nos hemos jubilado pero aún permanecemos unidas y nos reunimos constantemente. Algunas se nos fueron a cuidar angelitos como Bety Pascua, Inés Campoamor, Nori Carminati, Josefa Genovesi y Mara Bertolino. Otras no nos vemos, pero cada tanto tenemos noticias: Gloria Saraullo, Alejandra García, Alicia Tomassoni, Analía Martinoia, Cristina Delvescovo, Alicia Filpe, Alicia Garizoain, Patricia Sentell, Pilka Garriga y Liliana Cingarelli. Algunas están solo en el recuerdo: Cuca, Lily Supera, Stella González, Mercedes La Frossia, Cristina Alba, Hebe Darampé y Cristina Comolli.

Tuvimos unas porteras amorosas: a la mañana estaban Nelly y Vicenta y a la tarde Ramona y Tula. Hacían las meriendas más ricas, pintaban todo conjuntamente con nosotras todos los años: paredes, muebles, mesas, sillas y muchos tarritos. La pintura salía de nuestros bolsillos pero estábamos orgullosas de tener el Jardín lindo.

Cuando nos fuimos quedaron en el Jardín las “nuevitas”: Alicia Casas, Teresa y Cecilia Mendy, Paula Falco, Andrea Gómez y Andrea Márquez.

Entrábamos y salíamos riendo. Todas nos conocíamos y conocíamos los hijos de nuestras compañeras y cómo eran criados, los queríamos como si fueran nuestros. El Jardín fue nuestro segundo hogar y el lugar donde éramos felices. Cuando una tenía un problema todas tratábamos de apoyarla, cuando alguien tenía una alegría todas la compartíamos.

Las más jóvenes escribirán su propia historia. Nosotras tenemos la nuestra y llevamos un poquito del corazón de nuestros alumnos dentro de los nuestros, muchos de los cuales aún nos recuerdan.



Somos Mila Testa, Nora Baca, Adriana Moglia, Marta Modenese, Silvia Saullo, Beatriz Lasta, Patricia Pla, Teresita Turseta, Silvia Lira, María Ester Di Santi y quien escribe, Olga Edith Romero, que pide perdón por haberse olvidado algún nombre.

Había una vez un colegio

Inés Álvarez

Durante el verano de 1955, alquilamos una casa con teléfono en el centro de City Bell, para preparar alumnos. Éramos un grupo de maestras que habíamos quedado cesantes cuando surgió el problema de Perón con la Iglesia. En Marzo de 1956 fuimos a la Dirección de Escuelas a preguntar sobre los requisitos para instalar una Academia de apoyo escolar, entonces, una providencial señora de apellido Luna, nos dijo: “Para Academia, no necesitan nada, pero ¿por qué no ponen un colegio?”



En ese momento no había ningún colegio privado en City Bell, entonces nos decidimos a instalarlo. Yo, Inés Álvarez era la mayor del grupo, con 25 años, Emilia Castro “Mimí” y Celina Fernández “Chelita”, tenían 24. La casa que habíamos alquilado, quedaba en Cantilo entre Jorge Bell y 5, que para entonces estaba asfaltada y poblada. Tenía living, tres dormitorios, garaje y 60 mt de fondo. Ese año de 1956, las clases comenzaron el 14 de mayo debido a la epidemia de poliomielitis, entonces teníamos que acondicionar la casa rápidamente. Llevamos una mesa y sillas de mi casa, todo se improvisaba, y debíamos pedir ayuda a los parientes para trasladar los muebles. Encargamos a una carpintería, ubicada en la calle 7 y 80 de La Plata, seis mesas rectangulares con sus respectivas sillas. Para el Jardín de Infantes, adquirimos tres mesas redondas pintadas de celeste, con seis sillitas para cada una. Los pizarrones los compramos en la carpintería de Cerasa, ubicada frente al colegio. Hacía falta una campana; una de las maestras, “Chichín” Bonfiglio, consiguió una

que había pertenecido a la yegua madrina del campo de un pariente, también aportó una vieja victrola, para escuchar el Himno Nacional.

El Colegio comenzó sus actividades, con el nombre de Instituto José Manuel Estrada. Tenía dos salas de Jardín de Infantes, a cargo de Susana D'Elía en el turno tarde y de Haydeé Bonfiglio en el turno mañana.

La escuela primaria, comenzó a funcionar con los siguientes grados:

1er grado, a cargo de la Señorita Inés Álvarez (con 12 alumnos).

2do grado, a cargo de la Señorita Celina Fernández.

3er grado, a cargo de la Señorita Emilia Castro.

En total, fueron 35 aquellos primeros alumnos.

Los niños venían a gusto, nadie lloraba, porque aquello se parecía más a una casa que a un colegio. Las primeras familias que enviaron a sus hijos a la escuela, fueron las de Cerasa, Bertomeu, Randazzo, Silva, Chambó y Vendramin, entre otras.

Posteriormente se habilitaron: 4to grado a cargo de la Señorita Gisela Salvi, 5to grado a cargo de la Señorita Nilda Robiani, y 6to grado a cargo de la Señorita Violeta Antonietti. La Dirección del colegio estaba a cargo de Emilia Castro. La primera promoción de Primaria egresó en 1962 y en 1966 comenzó a funcionar la Escuela Secundaria, pero eso lo contaré otro día.

Inicios de la Escuela Ceferino Namuncurá

*Marta Nélida Perdomo,
una de las cuatro maestras fundadoras.*

La Parroquia Sagrado Corazón de Jesús estaba en medio del descampado. Lejos de ella había casas humildes con familias numerosas, muchos niños que, por distancia y otras carencias, no podían llegar a la Escuela n° 12.

El Padre Dardi, viendo esta triste realidad, decidió convertir en dos aulas, separadas por un tabique, un salón de usos múltiples construido detrás de la Parroquia. Un armario y bancos escolares en desuso que iba trayendo en su Jeep fueron el modesto mobiliario. Convocó a cuatro jóvenes maestras para que lo ayudaran a concretar su plan. Estas jovencitas tenían que recorrer la zona avisando e inscribiendo a los niños, y así se logró una matrícula de sesenta niños, aproximadamente, distribuidos en dos turnos. El campanario de la Parroquia sonaría para recibirlos y cerquita de este se colocó el mástil con la bandera nacional.



Corría el año 1962 y, en medio de muchas carencias y dificultades, empezó a funcionar la Escuela Ceferino Namuncurá, reconocida como tal al año siguiente.

Alguien le preguntó al Padre Dardi: “¿Por qué el nombre elegido?”, y él contestó: “Porque era un indiecito humilde y sencillo como la escuela”.

Transcurría el primer año, pero ya era evidente que con un salón no alcanzaría para comenzar el segundo año. Urgentemente el Padre consiguió fondos para construir dos aulas más. Destinó una para los niños que habían promovido a tercer grado, y la otra, para crear un Jardín de Infantes, ya que tampoco había alguno

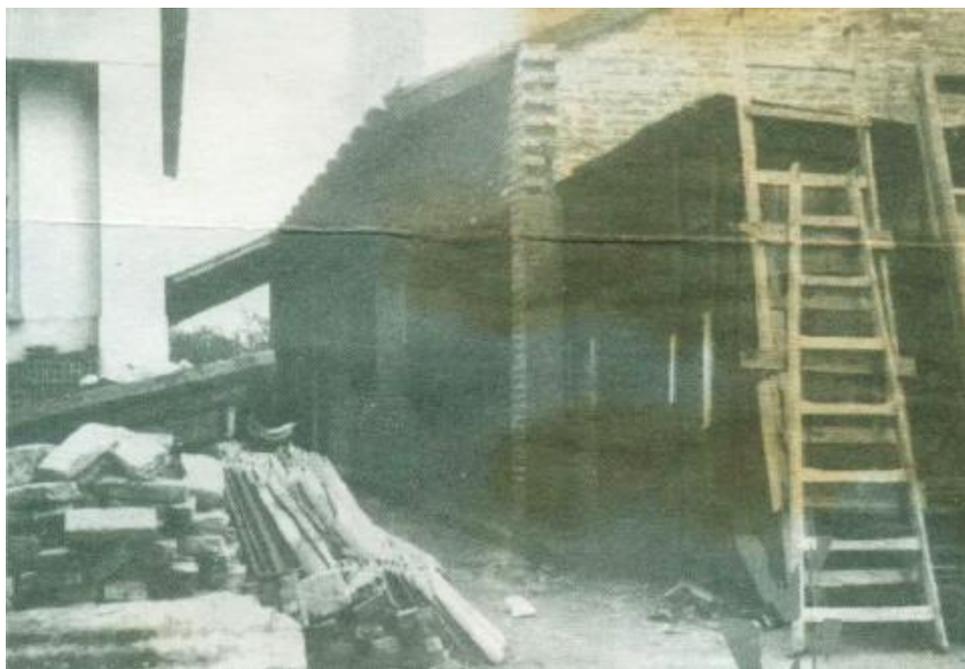
por la zona. Allí podrían concurrir los hermanitos más pequeños de los niños, que eran muchos. Así nació el Jardín que con el tiempo se llamaría “Egle Tedeschi”.

La escuela no tenía auxiliares ni profesora de música, sino que las docentes se ocupaban de estas tareas. En la casita de enfrente vivía Doña Giovanina. Ella atendía y colaboraba con el Padre en quehaceres domésticos y de la parroquia. En su casa se empezó a preparar el matecocado para los chicos, puesto que algunos venían sin desayunar. Delante de la casita donde vivía Dña. Giovanina con sus tres hijas, el Padre había construido una especie de galpón de madera donde guardaba su Jeep. Así, para esos desayunos con matecocado, el Padre salía con su Jeep a recorrer algunas panaderías y traía facturas del día anterior para darles también a los chicos.

La escuela crecía y se necesitaba otra aula. Entonces el Padre no tuvo mejor idea que convertir ese modesto lugar donde dejaba su vehículo en otra aula. Él todo lo solucionaba, pero había que seguirlo, y no era fácil. La maestra y los niños tiritaban de frío en invierno y, cuando avanzaba el año, el calor se tornaba insostenible. Ante las quejas él decía: “¡No saben cómo viven los niños de África, ellos han sufrido guerras, tienen hambre, enfermedades... y ustedes se quejan!”

Esta es la humilde historia del inicio de esta escuela creada por este inolvidable sacerdote, que trabajó para los niños más desprotegidos de la zona.

La semilla plantada dio sus frutos y se convirtió en un árbol gigantesco y frondoso, actualmente en forma de institución escolar, que cobija a centenares de niños y jóvenes en sus tres niveles: jardín de infantes, primario y secundario, orgullo de nuestro querido City Bell.



La Casona

Maruca Becerra

Desde la sublevación más resoluble, traer la luz de la médula de la casona, es un laboratorio que no se puede descifrar en diez minutos.

Tomo el atizador del hogar, para expandir la llama, soltar sus chispas al aire para que zumben con el viento del tiempo que me cuenten de los silencios, de los pasos arrastrados rompiendo los oídos hasta el corazón. Desde lo alto la lámpara del techo baja su luz hasta la gran mesa coronada de imágenes, con ansias de saber y me veo a mí misma como espionando por el ojo de la cerradura de la puerta. La Casona remozada a nuevo, con su vestido de gala a estrenar, siento las campanadas; las caracolas purísimas de tácitas hegemonías, moviendo los días cruzados, con la inercia rutinaria de años, dados con amor; allá lejos, desde la Escuela Pedro Benoit con la impronta satisfecha de almas que estiraron sus raíces hasta los huesos.

La Casona todavía con cal sin apagar y con un ritmo de hierro que corre por sus venas, con sus manos firmes, manos que empujan y sostienen este fluir infinito y mueve las arenas de las cosas que fueron llevadas al cofre del desván.

Desde la llegada a esa Institución, pilar fundamental del pueblo, Carlos Chidichimo y Enrique Verge, Presidente y Vice por más de treinta años regaron el progreso de mucha gente, aflorando pimpollos nuevos, en este jardín de ambiciones, con respeto y sobriedad al lado del pueblo que acompañó siempre, en tantas vicisitudes dejando lo mejor de sí.

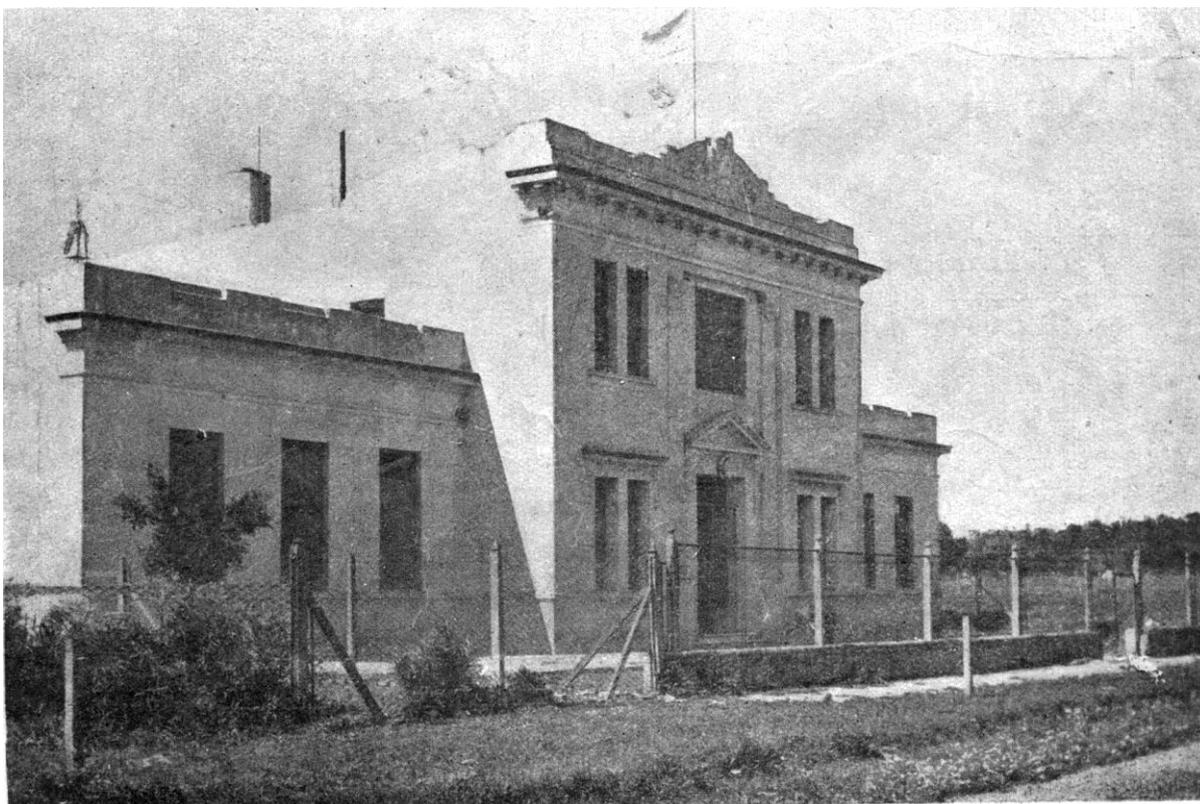
Esta Casona creada para ser Casa de Té llega a estos días desde 1950 como el Club Atlético Cultural y de Fomento City Bell, la institución más representativa de la localidad, iluminada desde arriba con el azul del cielo y el verde de los árboles, los pájaros con su terror maravilloso de cantos, en sus épocas de creación, y la gente... Todo se sostiene en una batalla sin tregua dada a los infinitos sueños esperanzados que nos abrazan y reconfortan, más allá de espantos y cenizas, más allá de encabritados días con el corazón ardido, se comulga con el pan y el vino y la sagrada ostia estiran los nervios. La Casona con su nuevo despertar suelta su alegría con actividades que necesita la sociedad y el tiempo exige.

Vuelve el ojo a la cerradura de la puerta, a los días sin tiempo, un murmullo de gente moviéndose que era como una gallina clueca que abre sus alas para proteger a cuanto polluelo se acerca, que es como entonces ahora pone en marcha las vivencias multiplicadas de imágenes, que comparten las manos, manos que han pasado de a miles y me pellizco para sentirme despierta y ver lo que puede la unión, el presentido presagio eterno volviendo desde aquella mano arrugada y helada y estremecida de recuerdos dejando su sombra descendida con estas palabras.

Siete décadas, cien años y un concurso de manchas

Juan Herminio García Zeballos

Corría 1984 y al igual que en la novela de George Orwell, cuyo título es ese año y donde se narra una realidad muy particular del mundo, nuestra comarca citybellina tenía también la propia. No era para menos, la Argentina había recuperado recientemente su democracia, City Bell cumplía setenta años y la Escuela N°12 Victoriano E. Montes, llegaba a su primer siglo de existencia. Quien escribe este relato, cursaba en ese entonces su tercer grado en dicho establecimiento educativo, bajo la tan firme como afectuosa tutela de la señorita María Julia.



A los tradicionales festejos que para cada aniversario de City Bell organizan las autoridades: discursos, desfiles y actos cívicos en general, aún hoy existentes, se agregó en aquella oportunidad un concurso infantil de dibujo, de “manchas”, para ser más exactos, en la Plaza San Martín.

Aquel domingo de mayo, amaneció gris, frío y algo brumoso, pero eso no impidió que varios niños acompañados de sus familiares se acercaran al lugar, hoja y crayones en mano, para participar del certamen; claro, todo era “por los setenta de City Bell”, tal como afirmó quien coordinaba el encuentro.

Bancos, pilares del monumento al Libertador y hasta el ombú cercano a diagonal Urquiza, sirvieron de lugar donde instalarse y comenzar a dibujar inspirados por el paisaje y la imaginación de la niñez, momento puro de la vida si los hay.

El resultado del certamen no lo recuerdo, pero sí que el dibujo fue una valiosa pintura esperanzadora, aunque de esto me diera cuenta mucho tiempo después; fue una esperanza de luz, trazada con la sencillez de los crayones de un niño, para un pueblo que lentamente dejaba de serlo, para una escuela que crecía y para un país entero en libertad, todo ello con la misma intensidad luminosa del sol que poco a poco fue apareciendo en el cielo aquella mañana otoñal.

Algo sobre el Colegio Fray Mamerto Esquiú

Raúl J. M. Salas

Corría el año 1958 y yo concurría al Colegio San José de La Plata. Por entonces me domiciliaba en Camino Centenario y 510 de Ringuet. La mamá de un compañero de grado que vivía en City Bell en calle 7 casi Güemes, llevaba a su hijo, Popi Degreff, todos los días en su Jeep IKA con capota de lona a la misma entidad educativa, y me recogía sobre el Camino Centenario para llevarnos al colegio. De ese vínculo con Popi nació una amistad que duró varios años, hasta que finalmente Popi falleció en un accidente aéreo.

Por ese entonces, yo venía a City Bell todos los fines de semana porque aquí conocí amigos y amigas que hicieron de City Bell lo que a la postre resultó “mi lugar en el mundo”.



En el año 1961 se incorporan al primer año del secundario en el colegio San José dos actuales amigos citybelenses, Eduardo Trevino y Oscar Martínez Quintana. A esa altura mi visita a City Bell era casi diaria porque aquí estaban mis amigos – algunos de ellos ya no nos acompañan –, mis compañeros de estudio y las primeras amigas que presumían a los varones (atenti, no desearía que me calificquen de retrógrado por considerar a las chicas mujeres y a los chicos varones). Comenzaban los bailes en las casas de familia, al tiempo que igualmente comenzábamos a vestir los sacos azules, pantalones grises, camisas blancas con corbatas de tonos lisos y con pelo prolijo y engominado, porque era gomina no fijador como ahora. La gomina

nos dejaba la cabellera como un ladrillo de la fábrica Ctibor. Así íbamos vestidos a las fiestas, ya casi adolescentes. Una vez finalizada la reunión de amigos, porque de eso se trataba, solía pernoctar en la casa de alguno de ellos.

El Colegio San José tenía doble turno, de 8 a 11 y de 14 a 17 hs. motivo por el cual, debido a las incomodidades de desplazamiento, sobre todo con el famoso micro 3, hoy 273, por el Touring Club –así se conocía también al Cno. Centenario–, de ahí que los carteles indicadores del recorrido del micro 3 eran, “City Bell” (por el camino Gral. Belgrado y luego Cantilo hasta la estación del ferrocarril, o bien “Touring Club” por Cno. Centenario hasta Villa Elisa.

Muchos recordarán la hermosa calle Cantilo de doble mano por donde circulaba el ómnibus 3, ida y vuelta, hermosamente revestida con álamos que formaban un túnel verde continuado y relajante, aspecto tradicional y clásico que siempre hizo de City Bell un lugar bello y florido. Así, cuando llegaba la primavera, sus árboles hacían un puente natural que apenas uno ingresaba, a la altura de la estación del ferrocarril por la calle Cantilo, se sentía invitado a recorrerla con su generosa sombra; hasta que un día, improvisados gobernantes, decidieron arrasar con ese envidiable regalo de la naturaleza, vaya a saber impulsados por qué ideas absolutamente inconsultas.

Hablar de todos esos recuerdos se vuelve no solamente atractivo para mí sino, también, obligatorio para conocimiento de las segundas o terceras generaciones que no vivieron el City Bell de ensueños, acogedor y silvestre.

Los amigos nombrados líneas arriba, decidimos pasarnos al colegio Fray Mamerto Esquiú de calle 3 esquina 473 bis. (No faltó quien por ese entonces interesadamente la llamó “la esquina de la educación”), a un año de su creación, con muy pocas aulas, y con solo primer y segundo año del bachillerato.

Las anécdotas que siguen me resultan lo más sabroso de estas líneas por su anacronismo. Ocurre que a cargo del colegio Esquiú se encontraba el sacerdote Blas Marsicano, párroco de la iglesia Inmaculada Concepción de María y capellán del Cuartel de Comunicaciones 601. El padre Blas, poseía un espíritu militar prusiano que ponía en práctica en cuanta ocasión intervenía, ora en la pedagogía implementada en el instituto, ora en sus sermones, ora en su poca actuación social en la comarca. Hacía las veces de secretaria una señorita ya madura, forastera de City Bell, soltera e imbuida del mismo estilo de Blas Marsicano.

Sobran las anécdotas en torno a las rigurosísimas conductas que ambos imponían a los educandos y al personal docente; exigencias más formales y vacías de contenido que hoy resultarían anacrónicas y hasta risueñas. Pongamos por caso algunos ejemplos.

El patio del colegio era de aproximadamente 10 por 20 metros embaldosado, el resto rodeado de pasto y sin muros que lo separaran del exterior. Allí nos recreábamos las alumnas y los alumnos, pero en cuanto un masculino entablaba conversación con una femenina (no tengo otra manera de denominar sus géneros), el padre Blas, con su sotana un poco por encima de sus tobillos, se ponía en el medio

y, al modo de un *clinch* en el boxeo, separaba a ambos “contendientes”, mandándolo uno para un rincón del patio y la otra para el rincón opuesto.

Otra: la exigencia de la vestimenta. El obligatorio uniforme consistía en un saco marrón oscuro, pantalón marrón claro con botamanga, camisa blanca, corbata verde al igual que las medias, y zapatos marrones. Si el pantalón no tenía botamanga o la camisa no era blanca, la sanción con amonestación era una fija. La alternativa era concurrir con delantal marrón claro y pullover verde que obligadamente debía usarse antes de comenzar la hora de clase para asegurarnos la exención de una sanción disciplinaria; generalmente, amonestaciones, correctivos que eran de práctica en casi todos los establecimientos educativos de esa época.

Y a propósito de este ridículo uniforme marrón por donde se lo mire, recuerdo que por entonces en la conmemoración de Corpus Cristi se hacía una procesión de los colegios confesionales alrededor de la Plaza Moreno por delante de la Catedral. En la ocasión que le tocó desfilar al Esquiú no faltaron quienes de otros colegios se taparan las narices en clara alusión al color marrón de nuestro uniforme “de gala”.

Otra: al momento de la salida del colegio, cercana al mediodía, se rompía fila al llegar a la vereda, como suele ocurrir actualmente en los establecimientos escolares, y cada uno rumbeaba para sus domicilios. Inmediatamente después, casi por detrás de los alumnos, salía el padre Blas con su estanciera verde y blanca para ver si se armaban parejas caminando o si alguno osaba prender un cigarrillo. Si a alguno lo encontraba en *offside* el Padre detenía su camioneta y, con una mirada penetrante y torva, lograba la separación de la parejita o que se escondiera o apagara el cigarrillo. Como los policías, las pautas de conducta debían observarse tanto dentro como afuera de la institución.

Otra: por poco tiempo hubo una preceptora joven, muy bonita y atractiva a la que todos mirábamos con ojos que denunciaban las ocultas intenciones. Cuando un día entra al aula se produjo un “mmmmmm”. Al día siguiente fueron convocados los padres de los alumnos para notificarles que ese acto desmedido, fuera de lugar y provocador, era merecedor de amonestaciones. ¡Qué época...!

Otra: formaba parte del grupo del aula mi amigo Enrique Speroni. Un día, casi al finalizar la jornada, y durante una hora libre, Enrique descuelga el crucifijo que se encontraba arriba del pizarrón, lo toma con su mano derecha y, a modo de avión, lo hace aterrizar en un banco; justo en ese momento entra la dura secretaria y le pone una sanción disciplinaria consistente en varias amonestaciones. Al regresar de su notificación de la sanción nos dice: “qué cosa, encima que le enseñó a volar me ponen amonestaciones”.

Otra: el colegio fue creciendo en su matrícula, y nosotros éramos la primera promoción, como faltaban aulas se instalaron cuatro tranvías que hacían sus veces, ya que en la ciudad de La Plata había dejado de funcionar este medio de transporte tan atractivo, económico y práctico. Un día de lluvia entra el profesor de música y solo encuentra a un alumno parado en el fondo del aula; el resto se había escondido debajo de los asientos. El profesor le pregunta a este único alumno, visible por el

resto de sus compañeros, recibiendo como respuesta: “se bajaron en la otra esquina”. Sanción colectiva para todos.

Podría continuar relatando anécdotas que en decenas brotan de mi memoria relacionadas con el Padre Blas Marsicano (ustedes saben que cuando uno llega a cumplir muchos años recuerda con claridad absoluta episodios vividos hace tiempo), hombre duro y autoritario que tuvo por mérito y misión la educación de jóvenes, tarea para la cual puso en práctica métodos propios del siglo anterior, seguramente porque esa fue la formación que recibió y transmitió.

Me despido comentando que mi novia de ese entonces, mi actual esposa, vivía a escasos metros de la parroquia, así que debíamos estar alertas por si pasaba el padre Blas con su estanciera en dirección o de regreso de la parroquia porque ese acontecer podía ser motivo de un descrédito. En una ocasión advirtió mi presencia en el lugar, circunstancia que hizo conocer a mi futura suegra, una mujer ejemplar y de una fe inquebrantable, quien fuera para mí mi segunda madre, causándole una molestia absolutamente fuera de lugar y ajena a su función sacerdotal.

City Bell, mi pago chico, mi lugar en el mundo, aquí cursé mis estudios secundarios, aquí me puse de novio por casi siete años, aquí me casé, aquí estudié mi carrera universitaria, aquí di mis primeros pasos en la docencia y profesionales en un estudio que abrí con una socia en la calle 15 de entonces, aquí me intervinieron quirúrgicamente en la clínica de calle 7 y Cantilo del Dr. Berri, aquí nacieron mis cuatro hijos y nueve nietos, aquí fui sorprendido por los cambios comerciales de Cantilo y sus adyacencias, y aquí he de morir.

Biblioteca Popular Florentino Ameghino del Club Atlético, Cultural y Fomento City Bell

Se cumplen este año 93 años del Club Atlético City Bell, fundado el 1 de noviembre de 1926, pero a este acontecimiento se suma además la conmemoración de 83º aniversario de la creación de la primera Biblioteca Popular de City Bell.

En el año 1930, respondiendo a una inquietud de los vecinos, la Comisión Directiva del Club comenzó a trabajar la idea de formar una biblioteca para acercar la lectura a todos los habitantes de la zona. Es así como con gran fervor consigue su propósito, y el día 20 de septiembre de 1936 se funda la Biblioteca Popular con el nombre de “Florentino Ameghino”, funcionando en un pequeño local dentro de las instalaciones del Club, con entrada sobre la calle Cantilo.

Por requerimiento de la Dirección Provincial de Bibliotecas, en el año 1995 la institución pasa a tener su actual denominación: Club Atlético, Cultural y Fomento City Bell y Biblioteca Popular Florentino Ameghino.

Sus primeras bibliotecarias fueron la señorita Elsa Verge, la señora Ethel Verge de Del Compare, y secretaria, la señora Raquel Verge de Barragán.

En julio de 1996 son convocadas las bibliotecarias Gloria y Virginia González Ramella, quienes con la colaboración de la bibliotecaria Marcela Carpenzano reorganizan el servicio bibliotecario.

El 21 de septiembre del mismo año, al cumplirse el 60º aniversario, se reinaugura un nuevo local ubicado en el primer piso de la Institución (donde se encuentra actualmente), recibiendo su Sala de Lectura el nombre de Emilio Maglio.

En el año 2001 se incorpora al equipo la bibliotecaria Silvia Felizia, y luego en mayo del 2004 la bibliotecaria Luisa Gutiérrez quien, junto a Virginia González Ramella, quedan a cargo del servicio bibliotecario.

En el año 2007 se amplían las instalaciones de la Biblioteca obteniendo un lugar especial para la Sala Infanto Juvenil y cambiándose la escalera de acceso por una rampa.

La Biblioteca es reconocida por la Dirección General de Bibliotecas de la Provincia de Buenos Aires con el Número 157. Está protegida y apoyada por la Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación (actualmente CONABIP) con el N° 2585. Forma parte de la red de Bibliotecas Populares de la Municipalidad de La Plata y está adherida a la Federación de Bibliotecas Populares de la provincia de Buenos Aires - zona Capital.

Nuestra Biblioteca brindó entre los años 2011 y 2012 un nuevo servicio a la comunidad: “El bibliomóvil”.

Con el afán de acercar la lectura a la mayor cantidad de habitantes de la región, el bibliomóvil ofrecía los servicios bibliotecarios a escuelas, clubes y otras instituciones de la zona durante la semana.



Nuestro vehículo permanecía estacionado en la institución durante dos horas, luego le dejaba una valija viajera de libros por el período de una semana. Los fines de semana se dirigía a diferentes plazas de nuestra comunidad armando una sala de lectura. Los vecinos estaban atentos y preguntaban cuál sería la próxima parada.

La Biblioteca cuenta en la actualidad con un fondo bibliográfico de cerca de 27 000 volúmenes, y actualiza constantemente la bibliografía con obras de interés general, como así también con libros universitarios. Posee también sala de lectura, un sector infanto-juvenil, ludoteca y cinco computadoras conectadas a Internet con dos impresoras para uso de los lectores.

Además de las prestaciones ya nombradas, la Biblioteca organiza visitas, y recibe a escuelas e institutos educativos a los que les brinda charlas informativas sobre formación de usuarios.

También es sede del Grupo de Narración Oral “Cuentos en Voces Amigas” integrado en la actualidad por Silvia Márquez Vianna, Maruca Troitiño Becerra, Silvia Felizia, Ana María Coronel, Luz González Ramella, Lucía Giorgeri, Dora Peralta y Graciela Suárez. Narran periódicamente, tanto en nuestra institución como en escuelas, geriátricos o donde lo soliciten.

La Biblioteca está ubicada en la avenida Cantilo entre 6 y Jorge Bell (entrada por el gimnasio), y permanece abierta al público los miércoles y viernes de 8 a 13 horas, y todas las tardes, de lunes a viernes de 14 a 19 horas.

Su teléfono es el 480-0140 y la dirección de correo electrónico, bibliofameghino@yahoo.com.ar. Posee catálogo en línea (2585.bepe.ar) que permite consultar el fondo bibliográfico desde cualquier lugar.

La Biblioteca Popular “Florentino Ameghino” del Club Atlético de Fomento y Cultural City Bell cumple desde hace 83 años una labor cultural importantísima dentro de la comunidad, atendiendo los requerimientos de sus habitantes e iniciándolos, desde la más temprana edad, en el hábito de la lectura.

El nuevo templo católico que nunca se construyó

Andrés Gerardo Ranieri

Día atrás, conversando con amigos, comentamos el “fallido” templo principal de City Bell... Digo fallido porque, en realidad, y solo lo sabe la gente mayor, el actual templo es un salón de usos múltiples, adaptado para la celebración de la liturgia y muy bien refaccionado y decorado por los sucesivos párrocos (por lo menos tres o cuatro), y levantado con mucho esfuerzo en la época que el presbítero era un tal Herrera, quien logró su construcción perdonando a quienes traían (según relato de mi padre) uno o dos ladrillos de las obras en construcción que se encontraran en el camino.

Me refiero por supuesto al templo parroquial del Inmaculada Corazón de María, ubicado en calle 12 entre 5 y Jorge Bell; pero que, en realidad, y según lo proyectado originalmente hace más de sesenta años, el mismo tendría su ubicación en los fondos de la actual iglesia, o sea en plaza San Martín, entre calle 11 y Diagonal Jorge Bell, donde actualmente se encuentran los jardines parroquiales, y en cuya construcción tuve la suerte y dicha de participar, muchos años atrás, como integrante del grupo de trabajo que llevo a cabo las tareas de construcción del mismo.

Durante muchos años, allí estuvieron las bases (literal-mente hablando) del futuro y definitivo templo parroquial, esto es, una sólida construcción de cimientos, vigas fundacionales, columnas y techo de chapa, en forma de X superpuesta por una P (Crismón. Monograma de Cristo) en la que la curva de la P sería la casa parroquial y en el centro de la X se erigía una estructura de hormigón armado de aproximadamente 10 x 10 metros que albergaría el altar mayor; y en una de las esquinas también tendría una hermosa, alta e imponente torre con su correspondiente campanario. Hasta hace unos años, aún estaba la maqueta original del proyecto dentro de la iglesia en uso actualmente.

Esta importante estructura, levantada estando a cargo de la parroquia el “polémico” cura Blas Marsicano, y según relatos de la época, a los cuales he tenido acceso por familiares que integraron la comisión encargada del proyecto, se termina paralizando por desacuerdos con la empresa que llevaría a cabo la obra. Mientras la mayoría quería un llamado a licitación para su construcción, el cura dispuso que la misma empresa encargada de las obras que se desarrollaban en los colegios parroquiales, en calle Pellegrini y 3, fuera la encargada de levantar el nuevo templo. Este inconveniente provoca la renuncia masiva de casi todos (si no todos) los integrantes de la comisión (entre los que se encontraban los más importantes representantes de las fuerzas vivas, y no tan vivas, de la comunidad). Recordemos los años en que se desarrollaron estos acontecimientos. El tema es que esta deserción trajo aparejada la paralización de las obras que con el tiempo terminaron siendo definitivas en cuanto a su objetivo primigenio.

Volviendo a la charla del principio, y recordando las bases o cimientos de lo que sería la futura iglesia, es que todavía recuerdo el tamaño de las vigas

fundacionales (las mismas en algunos lados aún se pueden ver), calculo que tendrían unos 45 cm de alto por 20 de ancho, y la importante altura de los techos de chapa, lugar que por supuesto era utilizado por jóvenes como yo para llevar a cabo sus aventuras, hasta que el cura nos sacara corriendo con su habitual y sutil “simpatía”.



Con el tiempo, y venta mediante de la estructura de columnas y techo (que compró un amigo mío), más colaboración “voluntaria” de empresas de servicios públicos, como por ejemplo EDELAP que aportó todo lo referente a la iluminación y electricidad, más la participación de fieles, y no tanto, más la tenaz decisión del cura de turno, y la participación de reconocidos arquitectos, paisajistas, ingenieros, funcionarios provinciales, empresarios, y también, mi humilde participación, se decide avanzar, después de más de cincuenta años de comenzada la obra original, en el nuevo destino de esos terrenos. Así nace en proyecto “Jardines Parroquiales” que en la actualidad se puede disfrutar con un hermoso jardín en pleno centro de City Bell, en el cual las lomadas responden al relleno de las bases (que se encuentran debajo de estas), en la curva de la P se construyó, por fin, la casa del cura párroco, con su frente sobre la calle 5, y la estructura de hormigón se cubrió con madera, y cumple a veces con su propósito original de ubicar allí el altar para algunas celebraciones litúrgicas. En fin, se intentó, creo que se logró, adaptar un nuevo proyecto, que se encontraba abandonado con el fin de darle una utilidad a un predio totalmente en desuso.

Como tengo la costumbre de guardar recuerdos o antigüedades, aún conservo el proyecto y los planos originales de esta nueva obra, que es un fiel reflejo de lo que

se puede observar actualmente. Solo los árboles y las plantas crecieron como aventuraba, imaginaba y acertadamente predecía el ingeniero agrónomo Pericles Merlo, y que pocos veíamos. Conjuntamente con esta obra se construyó el primer cinerario de la Ciudad de la Plata (para depositar las cenizas de nuestros seres queridos), y la posterior gruta de la virgen María. Definitivamente, poco quedó del proyecto original, ese que decía que City Bell debía construir en ese lugar un gran templo para los feligreses católicos. Parte de ese destino está debajo de los jardines parroquiales... enterrado..., allí estará para siempre. Sé que muchos recordarán esas imponentes bases que, en la época que se podía jugar libremente por nuestro pueblo sin miedo a que nos pasara algo, íbamos a aventurarnos en lo que nunca fue... el nuevo templo católico, la más importante iglesia de City Bell, la del proyecto imponente, la majestuosa obra, la que nunca se construirá...

Galería de Arte Iconos

Elisabet Sánchez Pórfido

Iconos, la primera galería de arte en City Bell, abrió sus puertas al público el 28 de marzo del año 1980. Ubicada en la calle Cantilo esquina 6 (hoy 13C).

La comunidad contaba con una escasa oferta de actividades culturales - artísticas. Por tal motivo abrir las puertas de este excepcional lugar invitaba a deleitarse y a interiorizarse sobre la obra y vida de artistas locales, provinciales y nacionales.

La iniciativa y la apertura de la galería estuvo a cargo de tres estudiantes de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata: Silvia Fernández, cursaba la carrera de Diseño en Comunicación Visual, Graciela Di María y Elisabet Sánchez Pórfido, Historia de las Artes Plásticas.

El propósito fundamental de la creación de la galería fue difundir la obra de artistas contemporáneos locales consagrados, y de jóvenes artistas emergentes y legitimados, desarrollar actividades a través de cursos de arte, seminarios y ferias de arte, presentaciones de libros, entre otras.

Seleccionar City Bell como lugar de emplazamiento y elegir el espacio fue un desafío, dado que solo una de las integrantes vivió y se educó en la localidad, Elisabet -Graciela en Ringuelet y Silvia en La Plata-. Después de varios debates tomaron la decisión de denominarla *Iconos*, Silvia fue la responsable del logotipo y encargada del diseño y edición de las invitaciones, catálogos, afiches, montaje e iluminación.

La inauguración de la galería fue un éxito inesperado, con gran afluencia de público. Las invitaciones a las inauguraciones y eventos se realizaban en mano y por teléfono; generalmente a pie o en auto visitaban en sus domicilios a vecinos, amigos, colegas de la Facultad de Bellas Artes, profesionales de instituciones, empresarios, familiares que con el transcurrir de tiempo fueron asistentes asiduos.

Si bien corrían años muy difíciles para el arte -para la cultura en general-, establecieron un diálogo con el medio artístico en un arco muy amplio, sin preconcepciones y sin límites, a pesar de la incipiente experiencia desde el día de la inauguración del espacio, con una muestra titulada *Panorama actual de la pintura*. El propósito fue dar a conocer la obra de cuatro artistas locales: Alejandro Puente, Carlos Pacheco, Federico Carden y Raúl Mazzoni. El diario *El Día* tituló la noticia: “*City Bell contará con su primera galería de arte*” (28/03/80).

Otros destacados artistas transitaron como Roberto Rollié, Rubén Segura, Carlos Zanatta, Miguel Ángel Alzugaray, Raúl Moneta, Horacio Porto, Hugo Souvielle, Nelson Blanco, Vicente Forte -integrantes del “Grupo Sí”-, Raúl Mazzoni, Alejandro Puente, entre otros; destacado movimiento de la vanguardia de La Plata en los años 60. Consagrados modernos como Luis Tessandori, Raúl Soldi, Carlos Aragón, jóvenes emergentes como Federico Carden, Norma Posca, Beatriz García Segura y Otelma Vega.

Asimismo se expusieron cerámicas de Teodelina García Cabo, María Bruni, María Laura San Martín, grabadores como Carlos Pacheco y Edgardo Giménez. Distinguidos artistas de La Boca, Claudio Gorrochategui, Hugo Irureta, Felipe Pérsico, López Subieta, José Sevilla, entre otros.

El crítico e historiador del arte Jorge Romero Brest asistía regularmente como vecino y entusiasta del emprendimiento, junto a Martha su esposa. Ellos a presentaron a artistas como Edgardo Giménez, Martha Minujín, Luis Wells y Kenneth Kemble.

Todas las actividades se consensuaban: realizar entrevistas a los artistas en su ateliers, seleccionar las obras para su posterior exhibición, trabajo curatorial, montaje e inauguración. Las mismas se llevaban a cabo, puntualmente, los días sábados a las 19:00, cada treinta días aproximadamente.

Los motivos para el cierre fueron varios: Silvia viajó a perfeccionarse a España, Elisabet y Graciela continuaron, pero las demandas familiares y la necesidad de completar la graduación en la facultad, llevó al cierre en 1982. Aunque, el motivo central que llevó a la discontinuidad, tuvo que ver con cuestiones contextuales que supieron interpretar pasados los años.

Las galerías tienen una función cultural y pedagógica que Iconos cumplió ampliamente llevando a la comunidad de City Bell una dinámica de muestras, pluralidad, apertura estilística y variedad de especialidades del arte. Para los artistas fue un nuevo espacio y una nueva alternativa de intercambio y difusión de su obra.

Las tres pioneras coinciden en la opinión que abrir las puertas de Iconos fortaleció el campo de interés y las afianzó en sus propias búsquedas futuras, en docencia e investigación. Fue una feliz e inolvidable experiencia como amigas, gestoras y galeristas, y están siempre agradecidas al público y a los artistas que las acompañaron en la ardua tarea.

La Caterva, Teatro Comunitario de City Bell

Elba Ethel Alcaraz de Porro

Un 20 de mayo de 2006, nos juntamos un grupo de citybelenses en la Bell, un bar emblemático de aquella época, convocados por dos jóvenes teatreros que tenían el proyecto de armar un teatro comunitario, aquí en la zona, que reflejara la problemática de nuestro pueblo, la defensa de su identidad, amenazada por la invasión inmobiliaria, la pérdida de casonas emblemáticas con terrenos arbolados para construir en su lugar varios dúplex (jaulas de cemento) o locales comerciales. Los esperábamos con algunas amigas tomando un rico té con masas. Se acercaron con recelo a estas señoras mayores a mostrarnos su proyecto, pero se sorprendieron cuando se enteraron de que dos del grupo ya habíamos estado en Patricios, en el último Encuentro Nacional de Teatro Comunitario.

A partir de entonces nos empezamos a reunir en casa, junto a la chimenea con los leños ardiendo, para indagar en la historia de City Bell en busca de los temas que luego desarrollaríamos por medio de improvisaciones hasta alcanzar el acuerdo colectivo y realizar el guión de la primera obra.



Allí surgieron el tren y la “Postrera”, la figura de Pepeco, el joven especial que años atrás había sido muy conocido en la zona y que ahora es el nombre que como arenga pronunciamos antes de cada función; otros temas fueron el conflicto entre los números y los nombres de las calles, la basura, y otros que fueron dando forma a nuestro primer espectáculo: “Escenas de la vida cotidiana”, que estrenamos el 10 de

diciembre de 2006 en la plaza Belgrano. El teatro comunitario tiene como escenario los espacios públicos, la calle, las plazas.

Hasta entonces no teníamos nombre; este surgió de una ronda de integrantes cuando entre las propuestas se eligió La Caterva, inspirados en el libro de Juan Filloy. Quedamos todos sorprendidos cuando yo busqué en un diccionario latín-español su significado y encontré que se refería a “bandada de pájaros o conjunto de actores y cantores”. Nada mejor para definir a este grupo teatral. Y así continuamos expresando nuestras ideas que tienen que ver con la identidad, la defensa del City Bell que conocimos: el de los espacios verdes, la solidaridad, el diálogo entre vecinos, la cordialidad, una serie de valores que determinaron que muchos hayamos elegido este pueblo para vivir.

Después, con un grupo cada vez más numeroso llevamos nuestros espectáculos a la universidad, clubes y colegios; actuamos también en teatros populares como el Polo Lofeudo del hospital de Romero, y emblemáticos como la sala Aroldo Conti en la ex ESMA, lugar donde se encarceló, torturó y asesinó a miles de jóvenes que querían cambiar el mundo, lamentablemente con métodos equivocados, pero con la utopía como bandera.

En esos escenarios estuvimos La Caterva con nuestro segundo espectáculo “Templo, estancia, batallón”, en el cual con diferentes escenas y canciones mostramos la historia de City Bell. Hemos estado en Posadas, Misiones, en América, en General Paz, Ranchos, en Salta, hace unos días en Tapalqué.

Desde hace cuatro años tenemos nuestro lugar, el Galpón de la Caterva, a unas siete cuadras de mi casa, y a una y media de la plaza Belgrano. Allí ensayamos, hacemos nuestras funciones y ofrecemos el espacio para otros espectáculos y manifestaciones culturales, como la presentación de libros o escritos que refieren a la comunidad. Pero, cuando vuelve el buen tiempo, regresamos a la plaza, nuestro lugar original.



Un día de clases en la escuela Pedro Benoit

Maruca Becerra

Miro atrás las paredes descascaradas, presas de la humedad en ese edificio venido abajo por fuera y por dentro, con poca iluminación; el frío del invierno apenas si espantaba con una estufa a kerosene que las mismas profesoras tenían que alimentar.

Las reuniones de Comisión por la noche dejaban el salón lleno de colillas de cigarrillos, de manchas de vino en el piso. Y de más... Sin presupuesto suficiente para tener una empleada de limpieza, la institución tenía un corazón que latía a veces suspendido, traspasándome de espasmos, en rotación, y limpiaba el piso para dar la clase.



La confluencia de la fuerza interior hacía que volviera uno y otro año, sumando el tiempo proporciones que hicieron contenerme con la calidez de gente deseosa de saber. Al terminar cada año la Casona se vestía de fiesta, engalanada con los trabajos de todos los cursos, la exposición de labores era un rechinar de alegría, y todo vistosamente armonizado; cada una de las profesoras procuraba ser la mejor, por el solo hecho de mostrarse laboriosa.

Tres días de recogidas emociones estallaban como un carnaval de epifanía, colores, olores y sabores vienen en reminiscencias, luces, ocres y tristezas, después, son manchas de sombras que el tiempo pone y fue guardando en el cofre del desván.

Allá lejos reflejos, por las escalinatas, por las baldosas blancas y negras, que el moho acucia evanescencia y trae aderezos que alimentan la vida a seguir, muecas del destino que hizo que distrajera este momento, para dibujar una estampa que como entonces el frío invierno no deja de pasar.

¡Progreso dicen!

Maruca Becerra

Junto palabras
de vidas de amores
otros los tiempos
tantos disfrutes
de cantos de pájaros

(Progreso dicen...)

¡Ay, City Bell!
cómo corre la vida
otra la gente
otras miradas
asustan los malandrines...
Tantos comercios
mueren los chalecitos
luces que ciegan
lloran las calles
escondidas de autos

(Progreso dicen...)

Ay, City Bell,
y me cuenta el cielo
otras tormentas
de mi corazón
muy guardados adentro...
Otro realismo
impredecible llevar
melancolías
otro el tiempo
con la verdad de mi pago.

Recuerdo...

Andrés Ranieri

Recuerdo que un tiempo atrás, varios años, me invitaron a participar de la comisión directiva del Club Atlético City Bell, fue durante una clase de fútbol infantil a la que asistía mi hijo, de por entonces diez años, en el campito de deportes que tiene el club en calle Güemes... Corría el año 2008... Por supuesto dije que sí, y comenzó mi etapa de directivo con muchísimo entusiasmo y ganas de hacer. Recuerdo que ya en ese momento, y queriendo revivir mi etapa de jugador federado de tenis criollo en la entidad, en la categoría cadete, allá por los años 80, investigando y preguntando, no pude encontrar prácticamente nada de información o documentación en el club que me llevara hasta esos hermosos años de mi juventud.

Les pregunté a varios de los antiguos colegas, amigos, exjugadores, si alguien tenía o sabía de alguien que tuviera fotos o notas referentes a este deporte, y ninguno tenía... a pesar de que todos recordaban y añoraban esas hermosas tardes/noches. (Jugábamos de 18 a 01 de la madrugada) que pasábamos en el SUM del Atlético, con su piso de baldosas verdes, negras y amarillas, que aún pueden verse (aunque solamente en una parte debajo del escenario), y en la que teníamos que poner y sacar todos los días la red con sus postes incluidos, que se insertaban en unos agujeros hechos especialmente para ese fin.

Recuerdo que bajo la supervisión del gordo Gloria, responsable de este deporte en el club, nos encontrábamos con muchos personajes, algunos que aun veo paseando por City Bell, como el gordo Kepchun, el pollo Villalba, el negro Alegre, el turco Padin, Ricky Berl, o rivales como Julio Beorlegui, el Pipi Basualdo, Asnagui, Sarachu, el negro Semerena. U otros que hace mucho no veo, y que desconozco su paradero, como el flaco Belvedere, el gordo Stelmak, Roberto Bugallo. Y otros que ya no están, como el propio gordo Gloria, el flaco Berl o el huevo Del Tuffo (junto al gordo Stelmak pareja N° 1 del club)... Entre la inesperada y repentina partida del querido Huevo, y el encontrar entre mis "antigüedades" un programa de un torneo, es que me dije que algo debería escribir sobre este deporte que representó durante muchos años al club en lugares tan lejanos como Formosa, Santa Fe, Coronda, Córdoba, o no tan lejanos como San Justo, Ensenada, Berisso, Gonnet, Capital Federal, etc.

Recuerdo las competiciones que se producían con los clubes de la Asociación Platense de Tenis Criollo, como Universitario, Estudiantes, Banco Provincia, Banco Comercial, Universal, Círculo Policial, Náutico, Regatas y Astilleros Río Santiago; y los torneos nacionales, algunos que se desarrollaron en la cancha del Atlético, una de las mejores y también una de las pocas techadas para la época. También recuerdo lo variado de las superficies, por ejemplo las había de polvo de ladrillo, de parquet de madera, de cemento, de asfalto, de baldosas y hasta de conchilla... Muchas de ellas están todavía hoy funcionando.

Actividad Comercial



- Integrantes del Centro Comercial de City Bell.
- Puesto de frutas y verduras de Felipe y Roberto Milano frente a la estación.
- Camión de la fábrica de ladrillos de Carnevale.
- Estación de servicio de Robledo.

La primera tienda del pueblo

Elena Sapoznik de Cosen

Cuando City Bell recién nacía. Cuando no había más que un puñado de hogares. Cuando los vecinos se conocían por el nombre. Cuando desde el Centenario hasta Sarmiento había casas y, desde allí en adelante, chacras y campo. Cuando desde un extremo del pueblo se podían ver sus límites. Cuando la mayoría de los que leen este texto no habían nacido, en ese momento mi papá tuvo un sueño al que muchos llamaron “locura”.

Soy Elena Sapoznik, hija de Jacobo. Hoy tengo 81 años y cuento su historia.

Mi padre era un polaco al que nada lo asustaba luego de haberse escapado del horror que poco tiempo después teñiría de sangre y espanto a Europa. Año 1938, plena década infame. A pesar de las advertencias de su poca familia en Argentina, mi papá decidió abrir una tienda en City Bell. El cruce entre la ingenuidad de un extranjero y la viveza criolla casi hicieron quebrar a ese polaco al que no le quedaba mucho más para perder en Argentina.

Así, a la hora de bautizar su última posibilidad, pensó en lo único que le quedaba: La Esperanza. Con ese nombre inauguró un local que intentaba vender de todo: desde ropa de trabajo hasta trajes para los paseos de los domingos. Yo tenía apenas unos meses cuando abrió por primera vez las cortinas junto con mi mamá, Sara.

Los clientes venían a caballo, y los ataban en la puerta del negocio. El auto era un lujo de muy pocos. Cantilo era de tierra y los árboles que la recorrían de punta a punta aún jóvenes.

Los primeros clientes fueron ingleses que trabajaban en el ferrocarril, portugueses con la piel curtida por el sol y las manos ásperas por trabajar en las quintas, criollos con pañuelo al cuello, patronos y dependientes, hacendados y humildes empleados. Todos se encontraban en esa primera y única tienda del pueblo.

Casi no conservo recuerdos de ese primer local, pero sí del definitivo al que nos mudamos tiempo después. Cantilo no era aún lo que es hoy, pero la calle principal era una buena oportunidad. Y mucho más si estaba cerca de la plaza Belgrano. Cantilo entre 1 y 2, allí se mudó La Esperanza cuando ya todos la conocían en el pueblo.

Ese lote se compró en cuotas, a un tramitador inglés de apellido Thill. Y con un crédito hipotecario se construyó la casa y el negocio. Ahora que tengo más años, que los que ellos tenían cuando murieron, los pienso juntos, a mis padres, juntando cada billete para pagar el préstamo, y me emociona su esfuerzo.

La tienda La Esperanza era un punto de encuentro. Se podía comprar casi de todo: telas, ropa interior, mercería, frazadas, sábanas y hasta sombreros.

Mientras el negocio crecía, yo estudiaba en el Colegio Comercial de La Plata. Al terminar de cursar me sumé al negocio. La enfermedad no daba tregua a mi madre, y había que estar con papá sosteniendo su sueño.

En 1965, y de manera inesperada, Don Jacobo se fue para siempre. La muerte muchas veces es injusta, y con él lo fue. Poco tiempo después murió mi madre. Las esperanzas se perdían, pero la tienda tenía que seguir en pie.

Con mi esposo Sergio modernizamos la oferta con más ropa, ya no solo de trabajo y formal, sino jeans, camisas, sweters y más. Ya sonaban Los Beatles, y City Bell comenzaba a mostrarse como mucho más que un pueblo satélite de La Plata.

La tienda sumó una mesa de corte, y se convirtió en una pequeña fábrica. Don Barbero dominaba la escena del local con su máquina de cortar telas. Serel (Sergio y Elena) fue una marca que vistió a miles de personas con jeans y camisas al estilo americano. En el mismo local se fabricaba y se vendía. Para muchos niños que acompañaban a sus padres de compras era toda una experiencia ver cortar decenas de telas, una apoyada sobre la otra, en un arcoiris de colores.

La tienda crecía, al igual que mi familia. Poco a poco llegaron nuestros hijos Mariela, Karina, después Sebastián y finalmente, Julián.

Hoy el negocio sigue en pie, en manos de una de mis hijas. Cambió el nombre, pero mantiene su esencia.

En todos estos años, desde su creación hasta estos días, soportamos crisis económicas, muchas y variadas. Pero nunca bajamos los brazos, siguiendo el legado de aquel polaco soñador al que muchos tildaron de loco.

Tiendas Sa-Ho y León Blanco

Charla con Alicia Horowitz

Inicialmente mi abuela, mi abuelo y un socio que era medio pariente vivían en la casa donde actualmente está la Delegación Municipal, y tenían allí su negocio en la planta baja. Donde ahora está el playón era un paraíso... un lugar precioso muy parquizado, con mesas de ajedrez (mi abuelo jugaba con mi papá y con su socio Ivo). En la casa vivió también durante tres o cuatro años mi bisabuela, traída cuando yo era muy chica, escapando de la Segunda Guerra.

Mi papá era vienés y, para cuando terminó su secundario, Hitler ya estaba tomando Alemania, y aunque ellos vivían en un buen departamento en el centro de Viena, mi papá convenció a mi abuelo de que había que irse, y el destino fue Argentina. Mi papá tenía 18 años cuando llegó conociendo nada más que historias de gauchos, pero cuando llegó y vio el puerto y la gran ciudad, quedó maravillado.

Al tiempo también mi abuela pudo escaparse después de sobrevivir escondida por sus vecinos. Por ese entonces mi papá ya había puesto un negocio en La Plata, cerca de la Plaza Moreno. Mis abuelos después quisieron una propiedad más grande, y entonces por el año 43 compraron la esquina de Cantilo y la plaza Belgrano, y unos años después, por el 48, construyeron.

Cuando yo venía desde La Plata a visitarlos, pedíamos permiso e íbamos a hacer picnic a la esquina donde estuvo Fabbi (3 y 13) que en ese entonces era puro campo.

Por entonces las únicas piletas que había en aquella época eran las de las casas sobre el Camino Belgrano. Estaba el Recreo Venecia, al que a veces íbamos con mi abuela, especialmente cuando venían unos amigos de Buenos Aires, hasta que ella hizo construir una propia acá mismo.

Cuando yo era chica, el Club Juvenil de calle Cantilo y 19 era el que más actividad tenía relacionada con el Carnaval y los bailes. Un año recuerdo que hubo corso en la plaza. Mi abuela nos dio los disfraces: mi hermano de Chaplín. Para los más chicos y jovencitos en el Atlético había desfiles de disfraces y luego bailes infantiles. Allí me sacaron a bailar por primera vez...

Era muy tradicional que, cuando los chicos tomaban la Primera Comunión, pasaran luego por el negocio para que los viéramos con sus trajes y vestidos.

Yo añoro esa época y siento que los domingos City Bell sigue siendo como era antes.

Mi abuela fue martillera y tuvo su negocio instalado en un local en la esquina de Cantilo y la Plaza Belgrano durante muchos años. El negocio de tienda fue uno de los primeros que hubo en City Bell junto con La Esperanza. Además de la mercadería tradicional de una tienda de esa época, había disfraces que se alquilaban para los bailes del Club Juvenil. Recuerdo que cuando se traía un disfraz nuevo lo estrenábamos mi hermano o yo. Solo estaban disponibles para la época de Carnaval.

Más tarde mi padre tuvo negocio en Buenos Aires; allí nos mudamos y allí terminé el secundario. Cuando me casé me mudé a City Bell y acá tuve a mis hijos. Cuando mi abuela dejó su actividad como martillera, puse un negocito de bebés en ese local y lo atendí hasta que llegó mi segundo hijo. Cuando ya iban al jardín volví a trabajar, pero ya en la tienda para ayudar a mi abuela. Me peleaba bastante con ella porque ponía carteles de “baratísimo” (algunos se acordarán). Luego me hice cargo yo del negocio cuando mi papá se la llevó a su casa porque ya no podía atender.

Quisieron vender esta propiedad que estuvo abandonada durante ¡25 años! Yo no podía comprarla pero el terreno donde ahora está el negocio era mío, entonces saqué un crédito y construí mi local, que inauguré el 19 de septiembre de 1977.

Mi abuelo se llamaba David Horowitz pero le decían “Salo”, de allí el nombre del negocio (Sa-Ho). Mi abuela se llamaba Sabrina Horowitz pero la gente le decía “señora de Sa-Ho”, y resulta que a mí también me empezaban a llamar de la misma manera, entonces cuando tuve mi local le busqué un nombre nuevo: “León Blanco”, y ahora algunos me dicen “señora de León Blanco”...

Después comenzó la época de los uniformes. Era distinto que ahora. Cuando empezó el Ceferino vino la Directora del Egle Tedeschi y aquí mismo, entre las dos, diseñamos el pintor que era a cuadritos azul con cuello, y que se usó muchos años. Al principio los colegios avisaban cuando iban a cambiar sus uniformes, pero después ya no. Y eso era un contratiempo importante, por las prendas que ya estaban confeccionadas.

Pasaron los años y acá estamos todavía... Cuando papá vendió la propiedad había cobrado la mitad y lo agarró el ¡Rodrigazo!!! Cuando cobró la otra mitad le alcanzó apenas para hacerse el techo de la casa en Villa Gesell. Después vino la hiperinflación; en ese momento empezamos a fabricar pantalones náuticos y guardapolvos, entre otras prendas, y nos fue bien con eso. Mi marido estuvo yendo una semana completa a Buenos Aires viendo telas y, sin tener el oficio pero mucha habilidad, se puso a fabricar prendas. Él se encerraba en su taller, hacía los moldes, cortaba, y luego los llevábamos a las cosedoras.

Los nuevos comercios no son competencia porque ofrecen otras cosas. Nosotros tuvimos zapatería, blanco, bebés, niños (colegial y remeras), pijamas, y algo de lencería; incluso de talles muy chicos y grandes. Vendemos vaqueros pero sin agujeros...

Ahora, en las épocas de mayor actividad del negocio, suele venir a ayudarme mi nieto, perteneciente a la quinta generación en esta historia de “Sa-Ho” y “León Blanco”.

Los comercios de mi barrio

Charla con Jorge Büchele

Había dos lecheros en el barrio: uno era Fernández, el abuelo de la expresidenta (también su padre, el “Colorado” Fernández, repartió leche) y el otro era Bonesi. A mi casa venía Bonesi, que vivía por 24 y Cantilo, y muchas veces entraban directamente a la cocina a dejar la leche en el hervidor...

De entre los comercios que había en esa época, empezando desde abajo (la Estación), me acuerdo de La Madrileña (Cantilo entre Camino y 8). A las noches, en época de calor, estábamos todos afuera y yo veía el letrero iluminado (creo que fue el primero) y eso me daba pie para pedirle a mi mamá que nos dejara ir a comprar helados... y así íbamos, a veces me llevaba mi hermano, sentado yo en el caño de la bicicleta y volvíamos a casa con el helado por terminarse...

Estaba la tintorería Nakandakare (en la vereda de los pares de Cantilo entre 7 y 8). Me parece que puso su tintorería cuando vino la inmigración japonesa.

Estaba el almacén “el 26”, de González, en Cantilo y 7 (un hermano de González tenía la fábrica de soda en Ringuelet), y la rotisería de Kurken (Cantilo entre Jorge Bell y 6) que se caracterizaba por la calidad de sus productos y, particularmente, el fiambre.

Estaba “Berlú” (Cantilo entre 6 y 7), una lencería que funcionaba en el garaje de una casa, que había sido propiedad de mamá y que luego fue comprada por Chorny.

Estaba la Unión Telefónica (Cantilo entre 6 y 7), y la ferretería y corralón de Juan Bello (Cantilo y 6), un lugar histórico, que había sido el primer almacén de ramos generales y donde recuerdo que se habían conservado sus palenques.

Estaba la panadería “Del Pueblo” (Cantilo y 8) a la que venía desde el barrio Savoia una mujer de pelo muy largo, siempre descalza, que llegaba montada en pelo de un gran caballo y a la que todos conocían como “la india”. Ella se acercaba a la puerta de la panadería, sin desmontar, y el panadero le acercaba el pan hasta la puerta.

Con el tiempo esa panadería fue comprada por un Paternoster: su amigo Studinger, que era el jefe de Obras Sanitarias, lo acompañaba en el reparto de pan con una camioneta, y yo muchas veces iba con ellos.

Más allá de la plaza estaba la tienda “La Esperanza” de Saposnik, uno de los pioneros del pueblo. A mí, mi mamá me mandaba a comprarme ropa, él me la probaba y me la llevaba, sin más trámites... después mi mamá pasaba por el negocio y saldaba su deuda.

Al cine Cantilo iba con mi papá a la matinée, a las 11 de la mañana. Recuerdo una de ciencia ficción que me quedó grabada hasta ahora: “La hormiga gigante”. Con los volantes con la programación del cine, que se dejaban en los comercios, Roger Soruco, que tenía la casa de fotos, me enseñó a hacer avioncitos de formas sofisticadas y muy buen vuelo...

También con mi papá íbamos al Club Atlético a ver boxeo. El ring estaba cercano a Cantilo

También se hacían carreras de bicicleta que iban por Cantilo, por Jorge Bell hasta Güemes, de allí a 19 y nuevamente a Cantilo. Mucho más acá en el tiempo se usó el perímetro de plaza San Martín como velódromo. Uno de los organizadores de estas carreras era Mengarelli, cuya bicicletería estaba en plaza Belgrano.

Al lado de la bicicletería estaba la farmacia de Capelletti, cuya característica era que su dueño regalaba a todo chico que pisara el negocio un cucurucho de papel con confites de anís que sacaba con una cuchara de un cajón en el mostrador.

La Feria Municipal originalmente se hacía en Jorge Bell entre Cantilo y 15 y un poco más allá de 15. De ahí la pasaron a Cantilo entre 4 y 5. Justo en la puerta de mi casa se ubicaba un feriante con rotisería que vendía, suelto, el dulce de leche marca Chelita, que venía en un pote gigante de cartón. Cuando el tarro se terminaba quedaban muchos restos pegados a las paredes, entonces el puestero le ponía la tapa a ese envase casi vacío y lo tiraba al patio de casa. Yo entonces iba y raspaba todo lo que quedaba...

No sé si fue mejor o peor lo anterior... fue distinto. Nosotros, con los Capolongo jugábamos carreras de autitos... Los preparábamos llenándolos de plomo... a Mengarelli le pedíamos rayos cortados para hacer los ejes delanteros largos y con los tapones de goma que venían en los frascos de inyectables que le pedíamos a Capelletti hacíamos las ruedas... Y corríamos en la casa de Capolongo, que tenía una galería de calcáreo, derecha... linda... y ahí hacíamos nuestras carreras... ¡Con qué poca cosa!

El cerco que había en la quinta, sobre 4, estaba formado por ligustros y algún tamarisco. Buscábamos las mejores horquetas en los ligustros y con tiras de cámaras de neumáticos o una goma cuadrada que se vendía con ese fin, nos hacíamos gomeras con las que no le pegábamos a nada...

Hoy nos cuesta a todos superar el tema de la adicción al teléfono, y particularmente a los chicos... A un pibe le preguntás si vio la luna anoche y te pregunta: "¿Qué es la luna?", o si la vio fue a través del teléfono...

Andrea era una mujer con raíces negras que se dedicaba a lavar ropa y otras tareas domésticas. Venía a casa y entraba a hacer su trabajo aunque no hubiera nadie.

Vos fijate que ha venido mucha gente de afuera y a esa gente no le importa nada, no le interesa nada... lo que fue, fue, les interesa solo lo que se está viviendo ahora. Son pocos los que se interesan por la vida del pueblo... Normalmente todos los que viene ahora vienen de la ciudad, de departamento...

Vos sabés que se hizo un estudio y un experimento en los EEUU: llevaban a los chicos de las escuelas para que conocieran todo el proceso desde el tacho de basura hasta la planta de reciclaje... y después los mismos chicos les fueron enseñando a sus padres el por qué de separar los residuos, por categorías...

O sea que hay que trabajar con los chicos, pero bien... sin entrar en política...

Los Milano: Tres generaciones de verduleros

Charla con Rubén Milano

Mis abuelos Felipe Milano y Concepción llegaron desde Avellaneda a City Bell en el año 1948 buscando un terreno para construir una casa de fin de semana. Encontraron uno cerca de la zona de Transradio, y allí edificaron. En la misma época, a mi papá Roberto (el hermano menor) le tocó el servicio militar y estuvo destinado en el Batallón N° 2 de Comunicaciones... y por esos dos motivos se terminaron quedando acá.

Ya instalados, mi abuelo le compró unos lotes a Siragán Minassian en la esquina de Cantilo y 4. En uno de ellos, sobre calle 4, construyó su casa, y en el lote sobre Cantilo construyó un local que compartieron mi papá y mi tío Felipe poniendo, respectivamente, una verdulería y una rotisería.

En el año 1950 papá conoció y se casó con mi mamá Nelly. La verdulería se instaló en un puesto desarmable ubicado en un terreno baldío que había en la esquina de Cantilo y 4. Más tarde el puesto se instaló en la entrada al pueblo, en la esquina de Camino Centenario y Cantilo.

Hacia el año 52 se vendieron los locales de Cantilo a la Sra. de Napole y se construyó el local actual de la verdulería en el frente de la vivienda de calle 4. Desde entonces aquí vivimos y aquí funciona nuestro negocio familiar.

Tiempo después, en el lote que quedaba libre justo en la esquina, se hicieron los cimientos y se comenzaron a levantar las paredes para hacer un local comercial, pero la obra quedó inconclusa durante muchos años. Entonces mi abuelo aprovechó el lugar para abrir un negocio de Compra-Venta que más tarde fue atendido por mi padre.

Cuando mi abuelo se instaló en City Bell, en la zona solamente estaba la verdulería de Del Tuffo. Posteriormente se instaló la Feria Municipal, dos veces por semana sobre la Plaza Belgrano. Pero nuestro negocio supo superar esa competencia gracias a la fidelidad de nuestra clientela y a nuestro compromiso con ella.

Casi setenta años después de la llegada de mis abuelos al pueblo, ya somos tres generaciones que seguimos esta tradición y gozamos del cariño de nuestros fieles clientes.

Silvita

Silvia Adriana Do Santos

Nuestro comercio nace el 1° de septiembre de 1971, fue gestado por Julia con amor y mucho esfuerzo, en un City Bell muy diferente al actual. En sus comienzos, se dedicó al rubro bebés y niños, con anexo de regalos y bazar, ya que sola y con un local muy grande no tenía los medios económicos suficientes para “surtirlo” de ropa.

Con el correr de los años, este tradicional comercio, se afianzó y creció con mucho sacrificio. Julia recuerda los viajes en tren a Capital donde compraba la mercadería que luego traía en bolsos.

Al estar a metros de la Clínica, muchas veces, solucionaba algún problema de último momento al nacer un bebé, cuando no le entraba la ropa que habían preparado o, simplemente, no tenían nada porque el parto se había adelantado.

Cuando corría el año 2010, y nos encontrábamos con las novedades de un pueblo totalmente distinto, pujante y renovado; acompañando el cambio, pero siempre conservando los principios de este comercio, nos sumergimos en modificaciones en el rubro, dedicándonos solamente a vestir bebés y niños.

En la actualidad, Silvita cuenta ya con su tercera generación, y con orgullo seguimos vistiendo a bebés y niños no solo de este hermoso City Bell, sino también de otros lugares. Nos emociona escuchar comentarios de nuestros clientes como: “Mi mamá o mi abuela me compraba la ropita acá”.

Gracias por confiar en nosotras y brindarnos la posibilidad de vestir lo máspreciado: sus hijos.

De almacén a rotisería

Mary Vojkovic

City Bell no es el mismo, los nombres de las calles, la aparición de cantidad de bares y restaurants, negocios de marcas de renombre, casas históricas del pueblo transformadas en comercios.

A este lugar llegó mi padre hace sesenta años. Inmigrante croata, con aspiraciones de comerciante y buen tipo. Levantó por primera vez la pesada cortina de su almacén en calle Cantilo.

Don Pedro: el almacenero. Su clientela: poca gente de paso, policías de la cercana comisaria, amas de casa que esperaban a sus maridos con la comida, escasas chicas que limpiaban casas y hacían mandados. Don Pedro era un verdadero servidor, ocupado por tener bebida fresca en la heladera, fiador de las compras de los últimos días del mes, contador de las libretas que acumulaban los gastos mensuales, proveedor de alimentos para elaborar las comidas familiares. Mis padres decidieron dejar la ciudad capital para comenzar una nueva etapa en sus vidas en un lugar tranquilo y sencillo.

Yo tenía nueve años cuando descubrí que existía un barrio pueblerino, con escaso asfalto y puertas sin llave. Con árboles verdes o variados grises. Con olor a tilo, pelusas de plátanos. Bellas flores y hojas terracota marcaban las estaciones del año. Barrio donde todos sabíamos de la vida del otro, de sus dificultades y logros, de sus amores y odios. Siempre tuve la sensación de que no era tan simple como parecía, que subyacía en esa sencillez una ausencia de sentimiento de hermandad, que las desigualdades y sus marcas se colaban a través de los jardines de las casas. Casas, habitantes y perfiles diferentes.

Aparecieron las primeras boutiques y maxikioscos. La mirada que se posaba en la naturaleza giró a las vidrieras por “la moda”. No solo con la sonrisa de las altas clases, sino de importantes grupos sociales que aspiraban a un nuevo estilo de vida. Situación que dividía. Los vecinos de siempre acostumbrados a sus rutinas pueblerinas, los nuevos y muchos de los antiguos conformes con los cambios.

Don Pedro escuchaba una solicitud que había que satisfacer. Disminuyó la venta de harina, se incrementaron los productos rostizados, el estante del vino común sumó botellas de $\frac{3}{4}$, los nuevos quesos gourmet se olvidaban del cuartirolo. Mi cocina repleta de fuentes de porcelana con las delicias que hacía mamá para adornar las mesas. Una adaptación a la demanda, a satisfacer las necesidades de un pueblo que marcaba con fuerza un cambio. Cambio de alimentos, de ropa, de costumbres. Y así, casi sin darnos cuenta, un día un cartel mostró que ese almacén ya era la Rotisería de Don Pedro.

Pitutos y Mozart

Maty Gallardo

La primera vez que alguien atravesaba esa puerta vidriada de Cantilo entre 4 y 5, quedaba sorprendido. Ni cumbia, ni tango, ni mucho menos la interpelación vociferante de algún locutor de radio pop. Solo (y nada menos) los acordes melódicos del Concierto para dos violines o el Brandemburgués nº 5 de Bach, o la Serenata para cuerdas en do mayor de Tchaikovski.

Luego venía el comentario... nadie resultaba indemne. Podía ser: “¡Qué maravilla!” o “¿Quién se murió?”; la clientela quedaba así dividida en dos bandos, por un tema totalmente ajeno al hecho comercial. Los amantes de la música clásica serían en más, asiduos visitantes; aunque solo fuera para escuchar Mozart y mimar a Carlota. Los demás, sabían que deberían soportar estoicamente ESA música que le gustaba a Santiago, el dueño o, simplemente, buscar otra ferretería.

Primero fue la radio: Nacional Clásica, El Sodre, Amadeus... En la pieza del fondo estaba la Tonomac 7 Mares, clavada en alguna de esas sintonías, a entera disposición de un vecino, que venía casi todas las mañanas a escuchar buena música. En el local, había una radio más modesta, pero conectada a unos parlantes de gran fidelidad. El volumen era sutil; nunca interfería en el diálogo con los clientes. Luego, fue haciéndose más difícil sintonizar alguna radio sin que fuera tapada por otra emisora cercana.

El gran cambio se produjo cuando Santiago descubrió que la computadora e internet le permitían el acceso a radios de todas partes del mundo. Con esta modalidad se produjo cierta diversificación en la oferta musical de la ferretería. ¡Había radios en las que se escuchaba también muy buen jazz! Pero, al poco tiempo, siempre retornaba al “modo clásico”.

No solo la música nos caracterizaba. Había un gran surtido de pitutos, cosoquios, pendorchos y cositos, tal como rezaba la publicidad gráfica. El más famoso de ellos fue el pituto García Belsunce o pituto propiamente dicho. La gente venía siempre a buscar “la figurita difícil” y, generalmente, la encontraba.

Hace ya unos años que no está Santiago. Tampoco la ferretería.

Quedó el recuerdo de su música.

Recuerdos, sensaciones y pensamientos



El momento en Colonia - Uruguay
Mayo 1948. Toms Bell.

A la memoria de mi Toms Bell.
Calle de la Plaza de la
Patria en Montevideo.
A la memoria de mi Toms Bell.
Calle de la Plaza de la
Patria en Montevideo.

Querido Toms -
Aquí en Uruguay -
Toms al decir - se levanta y recien-
ta los secretos de los acontecimientos
principales de la Parada Bell en Sud
América!
Lo que él recuerda en Colonia no
debe ser más de lo que él
recuerda al decir George Bell.
Toms y yo no dijimos lo mismo y
pero tú nos dijiste que sí. Lo mismo
nosotros. Te mando una copia por correo!
Lo estoy esperando. Te mando una
copia.
Con el afecto de siempre
Theo



- Bailes infantiles de Carnaval en el Club Atlético.
- Juan, Audrey y Lorna Bell Chantrill, nietos de Jorge Bell.
- Correspondencia con Theo Garret de Bell.
- Calle Cantilo en 1948.

“Paco”, egresado 78

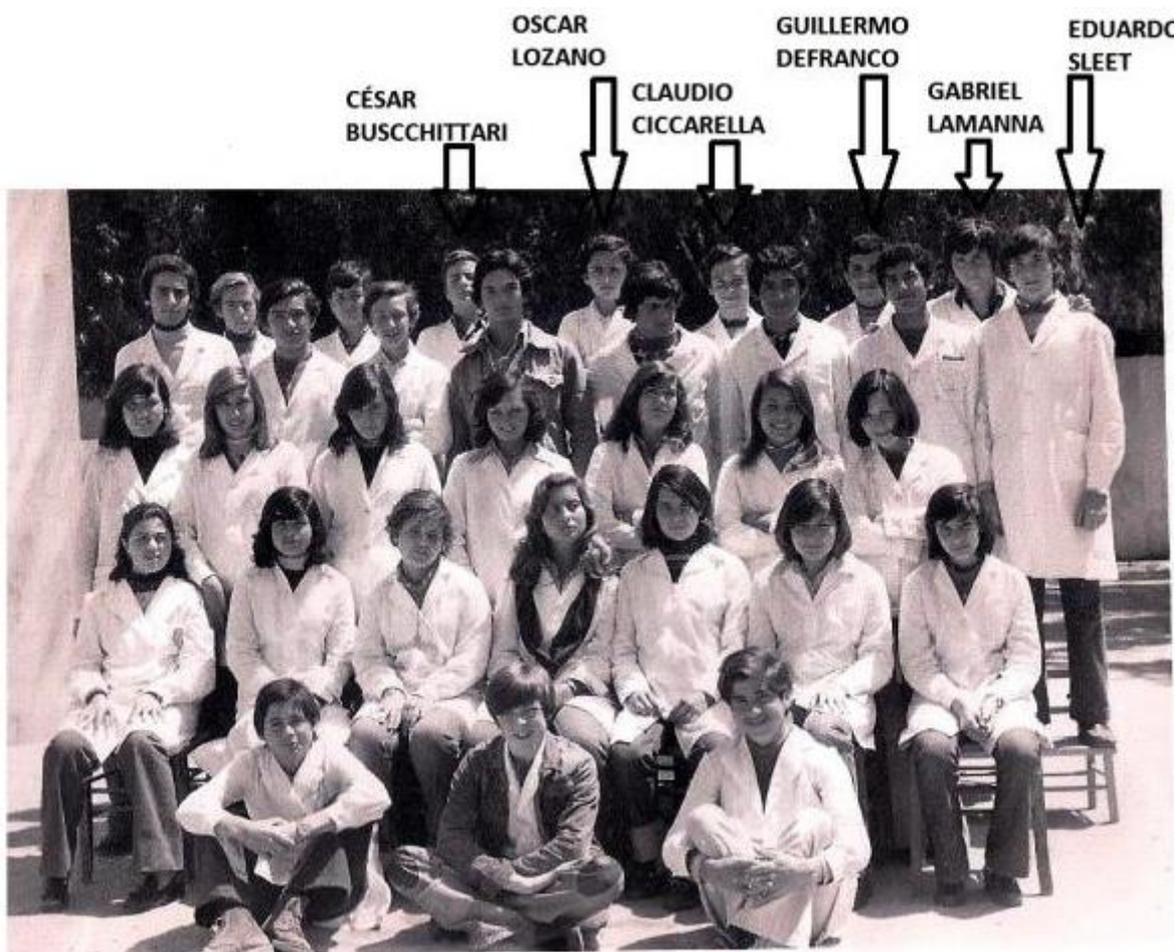
Gabriel Lamanna

Corría el año 1978 cuando la Selección Argentina de Fútbol obtuvo por primera vez el campeonato mundial, concretamos el viaje de egresados a Bariloche y culminamos nuestros estudios de nivel medio (secundario). Por ello, y otras tantas cosas más, ir al colegio caminando por las mañanas era una ansiada excursión cotidiana.

César Buschittari iniciaba la “procesión” (como único miembro) en las calles 12 y 23; con él nos encontrábamos (en la esquina de 13 y 21) Guillermo Defranco, Eduardo Sleet, Claudio Ciccarella y yo (Gabriel Lamanna); luego se sumaba Oscar Lozano (en Cantilo entre 17 y Sarmiento). Media docena de jóvenes de Boca, River, Estudiantes y Gimnasia... ¡Imaginen lo que eran los lunes!

La peregrinación se desarrollaba entre cargadas, chistes, encendidas charlas y gambetas con piedritas de las veredas de la calle Cantilo (que ya había resignado su bello y añoso túnel de plátanos a manos de las jóvenes acacias).

Periódicamente se sumaba otro integrante al grupo: Paco. Sí, Paco, el perro que Daniel Tapia tenía en su casa de Cantilo entre 17 y 19.



A Paco lo pasábamos a buscar cada vez que debíamos rendir algún examen difícil, lo llevábamos hasta el Instituto Estrada y lo dejábamos en la vereda de la calle Jorge Bell hasta que, llegado el momento crucial, lo hacíamos entrar. Durante el recreo previo, lo llamábamos, y a él le bastaba apoyar ambas patas delanteras en la pared de Jorge Bell y saltarla sin tomar envi6n porque Paco era tan bueno como enorme. Posteriormente, transitar desde el patio hasta el aula era un simple paseo.

Desde ya, la visita del “Gran Can” estaba planificada para que los profesores pospusieran o suspendieran las pruebas porque “nadie se animaba a sacar a Paco del sal6n”, temor que nosotros mismos acrecentábamos al forjarle la fama de “peligrosísimo”; siendo en verdad uno de los perros más mansos que infundía temor solamente debido a su gran porte.

Pero Hardoy -que era el profesor de Física- también vivía en City Bell (a cuatro cuadras del colegio), y nos conocía a todos, incluyendo a Paco, decía que el perro “tenía todo el derecho a aprender y podía quedarse dentro del aula”; por ende, había examen para todos.

Así, en el año 1978 cada uno de nosotros se recibió de “Bachiller Especializado en Letras”, y -desde ya- también Paco.

Pan caliente

Alfredo E. Gismano

Corría el año 1944 y City Bell comenzaba a cambiar su fisonomía, llegaba el Batallón de Comunicaciones al pueblo. Los Bell vendieron las tierras al gobierno, y se necesitaban realizar distintas obras de remodelación de lo existente para adaptarlas al Ejército.

Mi padre Alfeo, hacía ya cinco años que estaba viviendo por aquí. Juan mi abuelo paterno y su hermano Rogelio habían llegado unos años antes escapando de la hambruna posguerra mundial, y se afincaron por estos pagos para traer más tarde a sus esposas. Ellos eran constructores, y la zona requería ese tipo de mano de obra.

Un “paesano”, que era hornero y proveedor de ladrillos para las obras del cuartel, los recomendó para hacer esos trabajos. La tarea no fue simple, pero la encararon con ganas. Les otorgaron la construcción de la **panadería del cuartel**.

Creo que tardaron menos de un año para la ejecución de los hornos y cuadras de preparación del pan.

¿Por qué traigo este recuerdo ahora? Porque caminando por el pueblo sentí un aroma que estaba subyacente en mi mente.

Cuando entré a la primaria, en la inolvidable e histórica Escuela N° 12, estando como en tercer grado, la cooperadora, gestionó en el cuartel un servicio que para todos aquellos que estuvimos presentes esos años, nos generó algo que nunca olvidaremos. A las 9 de la mañana llegaba un camión que traía bolsas de pan recién sacados del horno y la cocina de campaña llena de mate cocido.

Ese olorcito a pan recién salido del horno perdura en nuestras mentes cada vez que pasamos por una panadería.

No era mucho, pero recibir ese pan y el jarro con mate fue inolvidable.

En el colegio teníamos la hora de labor, y a los varones nos hicieron hacer canastos pequeños en mimbre, donde se colocaban los panes que correspondían a cada aula y grado. A las chicas les tocó adornarlos.

Cuando contaba en casa lo rico de esos pancitos, mi papá decía con orgullo: “y lo hicieron en la panadería que hicimos con tu abuelo”.

Este recuerdo es para mi abuelo Juan, mi viejo Alfeo y mi tío abuelo Rogelio: los Gismano que hicieron mucho por City Bell.

City Bell, añoranzas...

Fabiana Kirschenheuter

“El despertarse con el canto de un gallo que daba comienzo al día, era habitual aquí... Enseguida, el olor de las tostadas recién preparadas invadía la casa.



El sol asomaba en nuestra ventana, y la ropa lista nos esperaba... El guardapolvo blanco, los zapatos, el portafolio marrón, todo listo para ir rumbo a la escuela.

El camino hacia ella era una fascinante aventura, las calles de tierra por las que, de vez en cuando, pasaba algún carro o bicicleta, y donde

siempre el peatón tenía la prioridad...

La escuela nos llamaba con sus campanadas; en su patio, formados, saludábamos a nuestra querida bandera; ¡qué momento! El aula, el patio, la señorita, la directora, la portera... ¡Qué gran mundo era la escuela! ¡Cómo se vivían esos inocentes días!

Jugar en “la cuadra”, trepar a los árboles, chapotear en los charcos, “dar la vuelta a la manzana” en la bici, festejar los cumpleaños con amigos en casa, con el clásico “chocolate caliente”...

Estas eran las ocupaciones que tenían los chicos en City Bell, en este pueblo verde, tranquilo, donde todos nos conocíamos, cuidábamos y ayudábamos...

Hoy ese lugar ha crecido, como avanzan las sociedades modernas, velozmente; ha cambiado su verde, su olor, su gente...

De nosotros, los citybelenses depende que se cuiden un poco más las raíces de City Bell. ¿No les parece?

Registrar las historias simples sirve para perdurar en el tiempo y para seguir latiendo en el corazón de las personas.

Anímense a contar sus historias... ”

Mi maravillosa infancia citybelense

Cynthia Henning

Comparar las formas de divertimento entre lo que hacíamos cada uno de nosotros en nuestra infancia y lo actual, generalmente da como resultado grandes diferencias. No voy a nombrar esas diferencias porque todos sabemos de qué se tratan, pero quisiera contarles un poco sobre las actividades de un grupo de niños del vecindario en el que crecí, por cierto muy tranquilo, en el que se podía jugar en la calle, respetando eso sí, la hora de la siesta. Había que adaptar el juego a lo que había: amigos del barrio, la plaza con sus ombúes, las calles de barro, canchas de bolitas y de fútbol, la pileta de lona, bicicletas, las figuritas, etc.

Las calles, que en su mayoría no eran pavimentadas, tenían a los costados zanjas profundas que generalmente se llenaban de sapos y ranas por contener aguas servidas. Recuerdo haber armado cañas de pescar con palo e hilo, a los que se les ataba un pedazo de carne (del plato del perro) para ir al zanjón de la amplia calle Rivadavia. Un gran susto nos pegamos cuando un día pescamos lo que para nosotros era una “víbora gigante”, que resultó ser una anguila según un vecino.

Otros entretenimientos consistían en jugar en la vereda con cajoncitos de madera transformados en mostradores; se jugaba a comprar y vender (con billetes del Estanciero) artesanías de barro, hojas, palitos o perfumes preparados con pétalos de flores y alcohol (que sacábamos del frasco del baño sin permiso). Armábamos casitas arriba de los árboles con madera o cartones, nuestros propios zancos con palos, y con algunas tablas y cuatro rulemanes, preciosos y rápidos kartings caseros con los que jugábamos carreras en alguna calle pavimentada. También buscábamos las mejores piedras en la calle para jugar al delenti (o payana). Las mías eran blancas y no fallaban... ¡Qué épocas!

El juego de muñecas con mis amigas: se las vestía una y mil veces con la ropita que nos cosían o tejían nuestras abuelas, se las peinaba de diferente manera o se armaban concursos de disfraces creados por nosotras mismas. Las figuritas que intercambiábamos en el cole durante el recreo (con brillantina las más buscadas), y tantas otras sanas maneras de pasar el tiempo.

Los cumpleaños no se festejaban en casitas de fiestas con animación, sino que se trataba de reuniones en las casas, y los juegos se armaban allí, con concursos o competiciones (carrera de embolsados, carrera con papas y cucharas, comer la mayor cantidad de galletitas anillitos colgadas de hilos con las manos atadas, etc.). Pues bien, después del cole, cuando se acercaba algún cumple, nos juntábamos y ensayábamos canciones infantiles que luego representábamos durante la fiesta; para lo cual, con cartulinas y papeles de colores, preparábamos instrumentos y material, como relojes, platos de plata, flores celestes, estrellas, etc. (¡canciones de María E. Walsh!!!).

Llegaba diciembre, pensábamos en los regalos que no podían recibir los niños carenciados y surgía la idea de juntar plata por el barrio para comprar caramelos y chupetines que luego llevábamos al asilo de huérfanos con la ayuda de nuestros

padres. Para ello, ensayábamos y aprendíamos cánones y canciones navideñas. Nuestros ensayos incluían a todos los chicos del barrio que querían participar, aun los más pequeñines, que llevaban una alcancía con una gran ranura para que los propietarios de las casas donde se tocaba timbre, luego de escucharnos cantar, hicieran su contribución. ¡Una experiencia increíble! Ver cómo recibían esos niños sus golosinas nos hacía sentir muy bien y merecía repetir la acción.

Mis días por la Estancia Grande de la Familia Bell

Claudio Marcelo Marchesotti

“Me presento ante usted, me llamo Oscar Ángel Marchesotti y nací en City Bell el 25 de agosto de 1932. Soy hijo de Alessandro, “Alejandro” Lisandro Marchesotti, uno de los primeros pobladores del pueblo, quien se casó con Ángela Venetti en 1919 y formaron una de las familias más antiguas que aún habitan esta hermosa localidad.

Ahora, me gustaría contarle una breve y pequeña historia de la que fui protagonista hace ya muchos años en la Estancia Grande de la familia Bell.

Fue a mis 11 años de edad, entre finales del año 1943 y principios de 1944. Por ese entonces la familia Bell necesitaba alguien que realizara algunas tareas menores en la Estancia durante el verano. El cartero del pueblo de esa época, del cual no recuerdo el nombre, me preguntó si quería trabajar en la Estancia Grande de la familia Bell y, como hacía falta el dinero para ayudar a la familia, acepté, por supuesto.



Al día siguiente pasó a buscarme por mi casa de la zona de calle 21 y calle 13 el chofer de la familia Bell, de apellido Solá. Pasaba todas las mañanas, y me regresaba a mi casa por la tarde. Mis tareas eran muy simples, nada complicado. Tenían siete u ocho perros, y la primera tarea era limpiar el lugar donde dormían; después les daba de comer y los sacaba a pasear sueltos, sin las correas, por todo el predio hasta el monte de eucaliptus y la zona del arroyo. Más tarde recogía frutas, como ciruelas, frambuesas y durazno japonés. También algunas verduras para la cocina, y las flores del cardo azul con las que cortaban la leche para hacer manteca y quesos. Además, cuidaba las plantas del jardín y juntaba flores con las que hacían los ramos con los

que adornaban las salas de la casa de la familia Bell. Al medio día, me daban el almuerzo en el comedor, junto con el personal de la Estancia; y después del almuerzo debía cumplir con el ritual sagrado de dormir la siesta, para lo que tenía asignada una habitación en la casa del capataz, frente a la casona de la estancia. Ya por la tarde, y sobre el final de la jornada, me daban la merienda, y finalmente el chofer me llevaba nuevamente a mi casa.

Ese mismo año se produjo la expropiación de la Estancia, y ya no pude ingresar nunca más al predio. Pero, después de mucho tiempo, y cuando pensé que jamás volvería a recorrerla, hace muy poco tiempo y después de más setenta años, tuve la fortuna de ingresar nuevamente, gracias a las visitas guiadas que se comenzaron a realizar. El predio está muy cambiado, ya no está como era entonces, pero aún se mantienen algunos lugares que pude reconocer y me hicieron revivir aquellos hermosos tiempos de mi niñez, del City Bell de mi niñez.”

Esta es una historia real que mi papá me solicitó que les relatara.

Recuerdos de City Bell

María Luisa Ávila

Mis recuerdos de City Bell son hermosos. Mi padre trabajó de oficial suscribiente en el destacamento de la calle 19, donde se encuentra el Club Juvenil. Aún quedan partes de la construcción.

Yo era de Villa Elisa, pero decidimos con mi marido comprar un terreno con una casa de fin de semana en City Bell, de un ingeniero llamado Dentone, hace ya 44 años. En ese momento, había muy pocos vecinos.

Uno de mis pasatiempos en este hermoso pueblo era tomarles fotos a mis hijos, en los diferentes estilos arquitectónicos de casas antiguas. Siempre me interesaron las historias de City Bell. Por eso quería compartir, una historia muy particular que me contó una abuelita de 92 años que vivió toda su vida aquí:

“Contó que su papá compró un terreno, y con ella plantaron un árbol que todavía está en la calle 1, en ese tiempo no había nada y se loteaba todo. Hoy en día ella suele mirar el árbol y recuerda a su padre y la familia que formó.”

Pensar que ese árbol creció como la ciudad de City Bell. Y permanece como una huella en el tiempo, como cada historia que hace a City Bell.

City Bell de 1922 a 2018

Miguel Mauriño

Aunque nació en La Plata, solo estuvo allí diecinueve días, mientras mi madre se recuperaba del parto. Toda mi vida (tengo 63 años) he vivido en City Bell, y he sido testigo de los grandes cambios registrados a lo largo de los años, no solo por los que vi, sino por los que me contaron mi abuela y mis padres.

Mis abuelos maternos (Marcelino Mattaloni y María Ester Caminos) vivían en La Plata, y en el año 1922 decidieron comprar una quinta de fin de semana. Mi abuelo, que era ingeniero, se inclinaba por Villa Elisa, pues decía que tenía estación de tren y, lo más importante, cambio de vías; esto sin duda generaría un desarrollo significativo. City Bell solo tenía un apeadero en las vías del ferrocarril. Mi abuela eligió City Bell, pues pensaba que a pesar del tema del ferrocarril sería más pujante y agradable para la familia. Así compraron casi media manzana con una de las primeras diez casas construidas por la Sociedad Bell. La propiedad, ubicada en calle 7 (hoy 13b) entre 15 y Pellegrini y denominada “La Moña”, por el apodo de mi abuela, fue quinta de fin de semana hasta la década del 40, en la que pasó a ser la vivienda familiar. En ella tenían varios animales, entre ellos, caballos



Mi madre (Santa Teresita, apodada “Santita”), cuando era niña tenía un petiso llamado “El Coco”. Sola no se podía subir al petiso, la tenían que ayudar o hacerlo desde un escalón. Cuenta “Santita” que la trepaban al petiso y la mandaban a hacer alguna compra al almacén de la esquina de Cantilo y 7, el que tenía dos entradas, una por el frente y otra por la esquina, con un mostrador muy alto y largo. Como Santita si se bajaba del petiso no se podía volver a subir sola, entraba al almacén por una

puerta, montada en el petiso, se colocaba en forma paralela al mostrador, hacía la compra (sin bajarse del animal), y luego salía por la otra puerta.

El gasto se anotaba en una “libreta”. ¡Qué épocas! Hoy sería imposible hacer el recorrido desde el chalet “La Moña” hasta la esquina de Cantilo y 7 sin correr el serio riesgo de ser atropellado por un auto.



En el terreno en el que hoy se encuentra mi casa jugábamos al fútbol con todos mis amigos, una “banda”, pero a veces jugábamos en la vereda, frente a mi casa o en la cuadra de 6 entre Cantilo y 13 (hoy imposible). Otras veces en el Club Atlético, o en el Juvenil. Una mañana de domingo, un grupo de siete chicos, de unos once años de edad, nos dirigíamos caminando a jugar un partido de fútbol; íbamos por la calle 11 y teníamos que caminar muchas cuadras para llegar a la cancha. De pronto vimos venir en el sentido en que caminábamos, el viejo jeep del Padre Dardi, una gran persona que hizo una gran obra en nuestro pueblo ayudando a muchísima gente. Clavó los frenos, y nos preguntó a dónde nos dirigíamos. Luego dijo: “*pero es muy lejos..., bueno suban que los llevo*”. Nos trepamos al jeep como pudimos y arrancó. Rápidamente nos preguntó: “*¿ya fueron a misa?*”, contestamos: “*no Padre, aún no, pero iremos por la tarde*”, inmediatamente señaló: “*espero que no se olviden*”. Como la iglesia del Padre quedaba camino a la cancha, pasamos por la puerta, donde todos los fieles estaban esperando al Padre para entrar a la misa; empezó a tocar bocina y les gritó: “*entren, entren que yo llevo los chicos a la cancha de fútbol y ya vengo a dar la misa*”. Sin duda una persona extraordinaria. Nuestro recuerdo para él.

Agradecemos a mis abuelos y padres por mantener gran parte de “La Moña”, para que mis hermanas y yo construyéramos nuestros hogares en ella y disfrutáramos de nuestras vidas en familia. Hoy extrañamos el “viejo y tranquilo City Bell”.

Carnavales en City Bell

Eugenia Mori

Los veranos en City Bell eran largos y hermosos: cantaban las chicharras más fuerte que en ningún otro lado, trepábamos a los árboles, patinábamos, andábamos en bici horas y horas; buscábamos a los amiguitos del barrio sin llamar a la puerta o tocar el timbre, simplemente entrábamos a sus casas o gritábamos desde la vereda “Aaaandréaaa”. Los días transcurrían con una increíble sensación de libertad en nuestras enormes casas, no por serlo realmente de tamaño, sino porque incluían vereda y calle. Allí estábamos todos seguros y contenidos.



Los carnavales eran intensos. A la mañana íbamos en grupo a comprar a lo de Pinocho los paquetes de “Bombuchas” (así con marca) después la logística de inflado, preparado de baldes y más y más tachos, buscar un buen escondite para sorprender a baldazos y bombazos a quien pasara desprevenido, a veces también nos sorprendían, por supuesto, pero eran las reglas del juego y se acataban sin chistar. Luego en las tardecitas de aquellos febreros calurosos, y una vez agotado el stock de provisiones de bombas de agua, el programa era darse una vuelta por el Club Atlético a la Fiesta de Disfraces.

Tendríamos ocho, nueve o diez años a lo sumo. La edad suficiente en ese entonces para recorrer caminando la poca distancia de nuestras casas al Club. Íbamos con la timidez lógica de ir disfrazadas por la calle, pero también con el desenfado de estar jugando el juego más lindo: el de la infancia. En casa no había disfraces, pero de alguna manera se improvisaba alguno. No se estilaba salir y comprar uno, además ¿dónde conseguir uno, allá a mediados de la década del 70? Alcanzaban los dedos de las manos para contar los comercios de calle Cantilo desde el Camino Centenario hasta la Plaza Belgrano. Sin poder opinar demasiado, me buscaban en casa el disfraz: una pollera de gitana, una blusa de paisana, las sandalias que habían traído los Reyes Magos y un “estás hermosa, ¡andá a divertirme!”, que decían mamá y la abuela.



Cómo no divertirse en ese gran patio/salón del club que, cuando medís poco más de un metro, ¡es una enormidad! A la entrada nos ponían un número en la muñeca, porque el chico o chica con el disfraz más votado subía al escenario y se llevaba un premio. El mío de paisana/gitana/española nunca corrió con esa suerte. Me acuerdo haber visto hermosos disfraces ganadores: Olivia y Popeye o la familia Picapiedras. Cuando oscurecía (ese era el límite que nos ponían nuestros padres), había que volver a casa.

Y volvíamos felices esas niñas de ocho, nueve o diez años, felices y atareadas porque ese día terminaba pero había tantos planes para el siguiente: andar en bici por “nuestras” calles de tierra, comprar el pan en lo de Don Jesús, pasar a buscar a los amiguitos, ir a Pinocho, hacer el nudo con globito en el cuello de la bombita (solo para entendidos), preparar la pollera de paisana/ de gitana/española y, por sobre todas las cosas: hacer un lugar espacioso en el corazón para guardar esos preciosos momentos que nos acompañarán por siempre.

Mis vivencias entre los años 1932 y 1935 en City Bell

Eduardo Elías Patat

Nací en Capital Federal, y el destino me llevó a City Bell en los primeros días de 1933, con siete años. Viví en la casa de mi tío y padrino José María Abalo, en la calle 10 esquina 7, que aún sigue en pie, y en diagonal a mi casa estaba la quinta de la familia Gutiérrez Eguía, cuyo hijo César fue uno de mis compañeros de correrías. Desde esa esquina de 10 y 7 se podía ver el camino Touring Club, hoy Centenario, que corría desde el Camino General Belgrano y el paso nivel de Gutiérrez (actual Puesto Caminero) hasta el cruce de la calle 13 a la entrada de La Plata. El camino era en ese entonces de tierra.

Ese mismo año, mi tío Tito me regaló una petisa hermosa, se llamaba Chiquita sobre la cual recorrí City Bell con otros chicos que también tenían caballo: César, Jymy, Carlitos y Chacho Arizmendi, cuyo padre era el guardabarreras del cruce de las vías y calle 10.

El Sr. Arizmendi tenía un pequeño tambo detrás de la garita del guardabarreras; por la tarde su hijo Chacho hacía el reparto de leche en su yegua Lola, y yo lo acompañaba montado en Chiquita. La mamá de Chacho le había hecho unas alforjas que iban sobre el lomo de Lola con las botellas de leche.

En esos años City Bell tenía solamente dos calles pavimentadas, Cantilo que estaba adoquinada desde la estación del Ferrocarril del Sud hasta el Camino General Belgrano (Ruta Nacional N° 1, que nacía en la esquina de Avda. Mitre y Pavón en Avellaneda y terminaba en la calle 13 entrada de La Plata; por ese camino circulaba el Expreso Buenos Aires, conocido como una “luz en el camino” (el único medio automotor de La Plata a Buenos Aires). La otra calle pavimentada, Labougle, era el tramo del Camino Centenario desde la calle 10 hasta Güemes.

Otro de mis recuerdos son las carreras que corríamos en los petisos por la alameda, lo que hoy sería la Av. Jorge Bell de Güemes a Alvear.

Fui a la escuela N° 12, que en esos tiempos tenía solamente 1^{ro}, 2^{do} y 3^{er} grado, de 4° a 6° grado había que viajar a la ciudad de La Plata.

La estancia de los Bell tenía la entrada sobre Güemes a la altura de la Avda. Jorge Bell; la luz eléctrica al pueblo la proveía una usina local que administraba el Sr. Büchele, y la compañía telefónica tenía la oficina sobre Cantilo entre 6 y Jorge Bell. En esos años no había panaderías, y el pan lo traían de Villa Elisa en carro.

En el año 1935 me mudé a Lomas de Zamora, regresé al pueblo en 1945; me volví a marchar, y regresé definitivamente en el año 1962. City Bell tiene algo tan especial por lo que nunca pude irme del todo.

Soy Eduardo Elías Patat, tengo 92 años, tres hijos y ocho nietos.

City Bell: sensaciones durante mi infancia

Cynthia Henning

Hoy me dediqué a recordar algunas sensaciones percibidas a través de los sentidos a lo largo de mi maravillosa infancia en City Bell, y decidí comenzar por los “sonidos” que han quedado grabados en mi memoria:

El trino de los pájaros tempranito en la mañana después del cacareo del gallo.

El croar de los sapos y las ranas de las zanjas.

El chirrido de grillos y murciélagos nocturnos, y las ruidosas chicharras en verano.

El chiflido del afilador de cuchillos, que con su bicicleta hacía girar la rueda afiladora.

El anuncio del lechero, del diariero, del pescador –una vez a la semana–, del heladero en verano (“hay palito, bombón helado...”), del cartero (cuando las cartas venían con estampillas que guardábamos para el álbum), del camión del super-gas, etc.

Otros sonidos me asustaban, como los cañonazos que se escuchaban por las maniobras que llevaban a cabo los militares en Pereyra; el ruido del escardador de colchones de lana, que cada tanto se instalaba en casa para acondicionar los que con el tiempo se apelmazaban, el zumbido de los abejorros negros, y otros ruidos.

Luego me acordé de algunos “olores” y “sabores”:



En primavera y verano, la fragancia de las flores de arvejillas, de aromos, de azahares, de tilo, de eucalipto, de laureles y magnolias.

El típico olor a trébol o pasto recién cortado que se sentía cuando mi papá cortaba con la guadaña o la máquina a cuchillas (tan pesada, que solo él la podía empujar).

El famoso olor a tierra mojada u ozono al caer las primeras gotas de lluvia.

En invierno el olor a querosene de las estufas y los farolitos con mecha (que encendíamos cuando se cortaba la luz), y el flameante alcohol de quemar que se colocaba dentro de una lata de dulce de batata para calefaccionar el baño.

El fresco aroma y delicioso gusto de los tomates recién cosechados de la quintita, y el olor a mandarina que nos quedaba en las manos, cuando pelábamos la fruta recién arrancada del árbol, como postre antes de ir a la escuela; o saborear el néctar de las flores de los jazmines azóricos, las frambuesas de los cercos vecinos, y los frutos del árbol de moras e higueras de algún terreno baldío.

Pero otros olores eran muy desagradables. Recuerdo que mi abuela elegía una gallina de nuestro gallinero y la llevaba a lo de una vecina valiente y corajuda que le retorció el pescuezo. Luego, retornaba a casa para desplumarla y quemaba los canutos con la llama de una vela encendida. El olor a pluma quemada que despedía era muy penetrante. Otro feo olor se sentía cuando los “pozos ciegos” se colmaban y se debía llamar al “camión atmosférico”. Todo el barrio se enteraba... pues no existían, en ese entonces, las tan esperadas cloacas.

Y si de “colores” hay que hablar qué decir de los amarillos y dorados de las hojas de otoño; la variada gama de flores de primavera; las mariposas de colores en la plaza (las más atractivas eran las azuladas o las gigantes de color amarillo y negro que rondaban los limoneros); el color de los frutos cítricos como naranjas, kinotos, pomelos y limones; de los nísperos y los racimos de uvas que colgaban de la parra, los higos, y las ciruelas amarillas y rojas del verano.

Para no dejar de lado el sentido del tacto, basta recordar el calor de los leños de la chimenea, el frío de las escarchas matinales y lluviosas del invierno, el chapuzón en la pileta de lona, el escalofrío que provocaban los lanza-perfumes y el mojarse con bombuchas y chorros de agua provenientes de los pomos en Carnaval.

Lo demás... entró por los “ojos” de quienes vivimos en el City Bell de antes...

De Madariaga a City Bell

Mirta Vega

Quiero contarles la historia de mi familia, ligada desde sus primeros años de vida a City Bell. Esta historia, como en muchos otros casos, empieza en Italia, donde mi bisabuelo José Pallini, junto a su esposa Concepción, a comienzos del Siglo XX decidieron subirse a un barco con rumbo a Sudamérica. Durante la travesía le preguntaron a José qué sabía hacer y él contestó: “cosechar el café”, por lo que terminaron dejándolo en Brasil...

Trabajando en la cosecha, en 1905 nació su primer hijo, Pedro, pero resultó que mi bisabuela Concepción no se podía adaptar a la gran cantidad de víboras con que se cruzaban a diario, por lo que al poco tiempo decidieron trasladarse y establecerse en la localidad de Madariaga, sin que yo conozca los motivos de la elección. Allí se instalaron, y cada vez que llegaba la época de la cosecha del café, José viajaba a Brasil como trabajador golondrina... En varios de sus viajes José dejaba a su esposa embarazada, y volvía una vez terminada la temporada y conocía a su nuevo hijo. Con esta modalidad tuvieron un total de diez hijos: Pedro (nacido en Brasil en 1905), mi abuela Antonieta (nacida en Argentina en 1908), José, Marina, Mónica, Adela, Rosa, María, Enrique y su hermano mellizo fallecido.

La creciente familia vivía en un campo de Madariaga hasta que un año, las intensas lluvias caídas inundaron sus tierras hasta convertirlas en una laguna. La familia entonces (sin tampoco conocer los motivos de la elección) decidió abandonar esas tierras y se trasladó a City Bell. El viaje no fue sencillo porque, además de sus objetos personales, había que ocuparse de los diez hijos y también trasladar los animales que tenían en su campo (caballos, vacas y chanchos); por lo que el viaje de 300 km se realizó en carreta y les llevó tres meses recorrer esa distancia haciendo vida de arrieros, es decir, avanzando durante el día y parando al costado del camino para hacer noche donde los sorprendiera la puesta del sol.

Una vez llegados a City Bell se ubicaron en una casa de dos plantas que todavía está en pie a pocos metros del Camino Belgrano y Güemes. Hasta hace unos años todavía tenía a la entrada una tranquera de madera con las iniciales “JP” (por José Pallini).

Pedro, el hijo mayor de Luis y Concepción, fue propietario del bar El Argentino, en Camino Belgrano y 11, en la misma esquina en la que hasta no hace mucho tiempo funcionaba una gomería homónima.

Mi bisabuelo Luis siempre decía: “A mí lo que más me gusta de la Argentina son los *gaúchos*”, por eso se vestía como ellos, pero al hablar no podía disimular su origen italiano. En cambio a su hermano Bartolomé le gustaba el estilo de Gardel, y de esa forma se vestía.

Por otra parte, mi abuela Antonieta (segunda hija de José) y su esposo Florentino fueron caseros de la estancia “El Ombú”, actual Country de Estudiantes de La Plata, que era propiedad de Rodríguez Larreta, en aquel momento, y que había pertenecido a Ethel Bell, hija de Jorge Bell.



En aquella época, cuando mi madre Irma iba caminando desde El Ombú hasta la escuela 12, mi abuela Antonieta, 15 minutos después de la salida de la casa, se subía al tercer escalón del molino y desde allí alcanzaban a verse y se hacían señas para comprobar que mi mamá Irma había llegado a destino. Tales eran los medios de comunicación y el paisaje de City Bell en los primeros años de su vida...

Las actividades en aquel City Bell

Charla con Carlos Büchele

En aquella época la mayor actividad social eran los bailes en el Juvenil y en el Atlético. En un momento el Juvenil empezó a traer grandes figuras, por ejemplo a D'Arienzo o Feliciano Brunelli, que en esa época eran furor. Venía gente de todos lados, de Villa Elisa, La Plata. Se llenaba. De los amigos con que íbamos, ya no me quedó ninguno... Iba hasta con el padre de la ex presidente, el colorado Fernández; él iba al colegio con nosotros.

En el Club (Atlético) había varias actividades: una de ellas era las bochas. Cerasa es el único sobreviviente que sabe todo sobre las bochas. Hay que hablar con él para que cuente esa historia. Fijate que el otro día nos contó que un jugador se había muerto en pleno partido, y yo no lo sabía.

Pero también el básquet era una actividad muy importante, y particularmente el básquet de mujeres. Iban a competir a todos los clubes de La Plata y de la zona, hasta Varela incluso.

En realidad el Club empezó su actividad con fútbol, y aunque la primer cancha estuvo en la manzana de Labougle (Centenario), Güemes, 8 y Pellegrini, yo la conocí cuando ya estaba en la plaza (San Martín), y tenía todo un alambrado, que no sé de dónde lo habían sacado. Era raro porque tenía lugares hasta para apoyarse. (Fue donado por el Jockey Club después de una reforma en el hipódromo).

Una de las diversiones de aquella época eran las salidas en bicicleta acá, por el pueblo. Era, como se hacía antes, la "vuelta al perro", y se podía andar "a campo traviesa". Yo iba al colegio cortando campo, en línea recta, no había nada. Y con mi papá íbamos a cazar perdices atrás del colegio. ¡No había nadie! Íbamos caminando hasta la Transradio.

En Transradio todavía estaban las antenas grandes, no me acuerdo si había cuatro o cinco... Mi papá me llevaba cuando estaba en la CADE (Compañía Argentina de Electricidad).

La antigua Usina, que era atendida por mi viejo, fue absorbida por la CADE, y él quedó a cargo del cuidado y mantenimiento de City Bell y Villa Elisa... Dos pueblos enteros a cargo suyo y de otra persona. En mi casa habían hecho como una oficina, adelante, en el chalet viejo, y le dieron una camioneta Ford '38 que era de la Compañía, de color amarilla y guardabarros marrones. Entonces mi padre salía de noche a mirar que todos los faroles anduvieran, no como ahora que la gente llama para decir "tengo el farol apagado". Mi viejo salía cuando oscurecía y hasta las 12 de la noche, entonces yo, con 10 o 12 años, iba con él y ahí aprendí a manejar, porque de farol a farol yo manejaba un poco, pero guarda que no me vieran porque era la camioneta de la compañía...

En la época de la Usina se cortaba la luz a las 12 de la noche, porque había que apagar el motor del generador para que descansa y por el gasto de combustible.

A la usina llegábamos por dentro de la manzana, cruzando terrenos porque no tenían alambrados. Por ejemplo, en las kermeses que se hacían en Cantilo se usaban los fondos de varias casas. Hace un tiempo alguien construyó ahí y apareció un pedazo de la pista de baile, y yo tengo dos o tres lamparitas de colores que se usaban para decorar.

La única pileta que había era la del Recreo Venecia sobre el arroyo Rodríguez, y nosotros solíamos ir. Era una pileta grande y se juntaba mucha gente los sábados y domingos. Era un lugar muy lindo, aparte el arroyo estaba bien, tenía mucha agua, y hasta había botes.

Hablando de botes, mi hermano Luis construyó uno y lo probaba aquí en la plaza Belgrano, que en ese momento era una laguna. La parte que está frente al banco era la parte más honda, tendría un metro y pico. Mi hermano era el mayor, se daba mucha maña, y lo hizo con chapa de zinc y el costillar de madera. Después lo llevábamos al arroyo “El Pescado”; allá íbamos a andar, y una vuelta hasta un motorcito le pusimos.

City Bell siempre estuvo un poco separada entre la parte de la estación y la otra –de Sarmiento para el camino Belgrano–, porque para allá eran más bien casas con parque, en las que no existía la costumbre de salir a la vereda. Era distinto. Siempre hubo entre esos lugares formas de vivir diferentes. Allá salían al parque, y nosotros salíamos a la vereda, a tomar mate y a charlar; y ahora también seguimos con la misma costumbre.

Detrás de las vías era desierto, salvo por Savoia y algunas familias más de ahí. Era muy bajo; pero después, cuando asfaltaron para aquel lado, se pobló un poco más. Nosotros íbamos a cazar ranas ahí.

Villa Elisa estaba bastante poblado, pero muy desparramado. Nunca tuvo un centro, salvo el que hay entre el Centenario y la estación. Antiguamente no había nada, eran solo tres o cuatro casas; después se puso la fábrica (OFA) y ahí progresó un poco. A Villa Elisa, con mi viejo, íbamos día por medio a ver los faroles, y no ha cambiado mucho en algunos barrios. ¿La plaza tiene todavía los adoquines? Está bueno mantener algunos adoquines. Fijate que en La Plata están haciendo desastres con el tema de los adoquines. En todas partes del mundo, vos ves algún documental y tienen las calles con adoquines, es lo que más dura; pero claro, no cualquiera pone adoquines, no hay mucha gente que sepa cómo hacerlo bien.

En mi vida tuve muchas actividades deportivas. Creo que nunca te conté que yo corría en lancha en el año 67, y salí campeón argentino. Ahí tengo el trofeo y la foto. Empecé a correr, y mi esposa Margarita venía de acompañante cuando se corría, al principio, con dos personas. Anduve en todos los charcos de la Argentina, todos los conozco: desde el mar hasta los lagos, en Tucumán, Junín, en fin en todos y siempre compitiendo.

En el Regatas hacíamos de todo. Después de la lancha, ya me empezaron a gustar los barcos, entonces compré un barco para armar. En esa época empezó el auge del plástico con fibra de vidrio, entonces compré el kit de un barco de 7 metros y con Marga lo armamos. Tardamos dos años en terminarlo. Las divisiones de

adentro estaban hechas de madera pero el resto del barco era totalmente de plástico. En el club hay una carpintería que podíamos usar y estaba el varadero, y ahí empecé. Ella lo tapizó adentro, y así lo terminamos en el 78, y pudimos salir. Esa fue otra etapa nuestra en la cual nos dedicamos a navegar a vela. Íbamos al Uruguay cada dos o tres semanas, también corríamos alguna regatita y, aunque el barco no era para regatas, igual nos prendíamos.(...)

Después empecé a juntar motos. Soy casi fundador de AMALP (Agrupación Motos Antiguas de La Plata) y todavía tengo cinco. A mí me gustaba la restauración, arreglarlas, pintarlas, y no tanto andarlas. Después me vinculé con un club CADEAA de Lomas de Zamora (Club Amigos de Autos Antiguos), y ahí empecé con los autos. Comencé a comprar autos que estaban destruidos, calculé que tengo ahí un NSU muy raro, del que entraron nada más que 37 a la Argentina, fue uno de los primeros que compré y por él pagué con un TV blanco y negro y \$500. Así comencé, y estando en ese club cerca del 85 (que es uno de los más grandes de la Argentina) me empecé a vincular y me entusiasmé con los autos.

Después me hice una Baquet, porque mi viejo corría una, y en mi casa se hablaba de ese tipo de autos. Tenía las fotos de mi viejo, entonces me decidí a armar una. Todavía en la Argentina se hablaba muy poco de las Baquet porque hubo muchos accidentes. De ahí nació el Turismo Carretera. Yo empecé en el club siendo de los primeros en tener una, había dos o tres solamente. Y así se empezó a fomentar; ahora hay una cantidad impresionante. Vos fijate que cuando vamos a hacer los rally por el sur son cincuenta o sesenta Baquets, y no hay más porque es difícil controlarlas. Ahora hay por todos lados.



Ya no me dedico tanto a la mecánica porque no veo bien. Tengo cuatro o cinco autos que ya no los saco más porque la nafta hoy tiene el problema que se pone fea, las ruedas se atrancan; así que tengo los que uso, que son cuatro o cinco, y los uso bastante seguido. El Club de Autos Antiguos hace todos los meses salidas. Ahora, por ejemplo, fueron a Santa Fe para el aniversario de otro club. Cuando nosotros, este año que pasó, largamos de Córdoba e hicimos La Rioja, Catamarca para terminar en Salta, los autos cerrados iban a la par nuestro por el asfalto mientras que nosotros íbamos, al costado del camino, por la tierra. Con la Baquet fuimos a Uruguay a fin de año. Hay mucha actividad. Y si vas por la tierra y te toca lluvia, tenés que ir en el barro como puedas.

Yo hice la primaria en la escuela N° 12 y de los tres meses de vacaciones, un mes mi viejo me mandaba al taller de algún conocido suyo para que fuera aprendiendo oficios. Por ejemplo, iba al taller de un soldador, pero me tenía todo el día con el pincel y no me dejaba soldar. Mi papá me decía: “no importa, vos mirá cómo suelda”; y así fui aprendiendo hasta que terminé 6° grado. Después me anotaron en una escuela industrial, porque mi hermano mayor ya había ido. Hacía cuatro viajes por día en tren, y a mí no me gustaba, me gustaba cuando hacíamos los planos, la parte del taller, hacer cosas; entonces, cuando en 2° año le dije a mi vieja que no quería ir más, me dijeron: “entonces tenés que ir a trabajar”. Como a mí me gustaba viajar, empecé a trabajar primero con una persona de City Bell que tenía un camión que cargábamos en el frigorífico, y después, en el año 57, me puse a viajar con otro a Tucumán, cuando solamente había asfalto hasta Córdoba. Empecé con los camiones, primero me compré uno, luego me compré otro, y armé una pequeña empresita; hasta que un día dije: “esto de los camiones no va más...”, así que vendí los camiones, demolí parte de la casa e hice el local comercial con todo el sacrificio. Como no sabía qué hacer, a un camión que me había quedado lo cambié por un 608 y me hice una casa rodante, y con lo que me empezó a dar el local empezamos a viajar por tierra. Hicimos Brasil, Bolivia Perú, Chile, la Argentina de punta a punta, así que siempre nos movimos.

¿Cómo se conocieron con Margarita?

Margarita cuenta: Carlos vivía acá. Mi tía Elsa Valpreda, que vive en esta misma cuadra, tenía tíos que vivían en Palo Blanco; allí lo conoció a mi tío Cerasa cuyos padres tenían quinta allí. Ellos estuvieron viviendo un poco por Berisso y después se vinieron para acá, porque el padre de ella estuvo muy mal. Yo venía a visitarlos, y en una de esas mi tía me mandó a lo de Vicenta a buscar huevos, como pretexto para que me encontrara con Carlos. Y de esa manera nos conocimos en el año 60. Estuvimos siete años de novios porque él nunca estaba, se la pasaba viajando. Pero desde que nos casamos, viajamos juntos.

Citybellenios desde siempre

Ricardo Alberto Sánchez (Pepo)

Qué recuerdos hermosos son los que viví junto a mi familia en City... Vivíamos en calle 2 entre 15 y Pellegrini (138)... Mi madre, que ya no está, era enfermera y atendía pacientes desde muy joven en todo el pueblo... Se hacían una sana competencia con la señora María Reynoso o con el farmacéutico Capelletti... Fiel a su profesión, yo también atendí la enfermería que pusimos en Cantilo entre 19 y 20 con el famoso gordo Etchevarne... Nos cansamos de pinchar trastes o de hacer nebulizaciones, sueros o tomar la presión...

Mi viejo, el pelado Edel Sánchez... muy conocido por el pueblo de su época... Compraba en el Once a pedido y luego vendía en perfumerías, peluquerías, forrajerías, etc. Trabajó mucho en el Club Atlético City Bell, siempre estaba en la comisión de fiestas... Pero, aunque no hubiera fiestas, cada momento libre que tenía grababa en un grabador enorme que compró a propósito, música de la radio, y luego la trasmitía por los altoparlantes que el club tenía sobre los techos. Se oía lindo... alegraba las tardes de City Bell, y ponía en clima para hacer la propaganda necesaria para los distintos eventos que la institución tenía.

Yo ayudaba con esa y otras tareas que en su momento llevaban su buen tiempo.

Que felicidad fue cuando se organizó por primera vez el famoso evento del Festival de Folklore... Cuánto trabajo y cuánta alegría al ver la respuesta del pueblo. Recuerdo que había una lejana competencia con el club que estaba en Cantilo y 19, que ya era famoso por sus bailes y los espectáculos con orquestas en vivo...

Qué lindo era vivir aquellas experiencias donde se llenaban los espacios e historias de mucha gente y se vivía una alegría contagiosa con cada paso que se daba en el crecimiento de la cultura del pueblo...

Vino a mi memoria, entre estas actividades, haber estudiado ajedrez en el Club Atlético, y con gran satisfacción haber sido campeón en la categoría principiante... Mi hermano, cinco años más chico que yo, estudiaba folklore y actuaba frente a todos en el club. Haciendo un crecimiento feliz y acompañado por muy buena gente...

Estudí en el colegio Fray Mamerto Esquiú, y también participamos en eventos de educación física en el espacio del club.

Ahora con mis 67 añitos a cuesta... transmito esas historias a mis hijos y nietos y las adorno con el "cómo era City Bell de aquel tiempo...". Recuerdo personas, lugares y emociones que llenan mi corazón... Era tan lindo como se vivía. La tranquilidad que había... Andábamos en bicicleta por las callecitas de tierra, sin cuidado. Casi no había tránsito. La peligrosa era Cantilo o la Once por donde pasaba el micro 3... Con mi hermano nos levantábamos temprano y nos íbamos de "picnic"... Cargábamos las bicicletas, y era tradición instalarnos arriba de uno de los ombúes de calle Jorge Bell. Ahí comíamos pan con manteca y dulce, y veíamos y

soñábamos con lo que pasaba en el cuartel 601... Nos hacíamos nuestra propia película; disfrutábamos de la banda del batallón, y cantábamos la canción a la bandera, "Aurora"... Era lo máximo... Aparte, no todos teníamos televisor aún... así que era pura imaginación... bué.

Me quedaron muchas cosas lindas en el tintero... espero no haberlos aburrido... un abrazo.

Nostalgias de City Bell

Eusebio Carnevale

Escrito por Carnevale, hace 25 años, para una publicación local.



Escribo estas líneas sobre el City Bell antiguo, diciendo que mis abuelos llegaron con sus familias en 1914.

Uno de ellos, Pappani, venía de cerrar, por falta de trabajo, una fábrica de mosaicos, con motivos de la crisis desatada en la construcción al producirse la Primera Guerra Mundial de 1914. Se estableció con un tambo en lo que hoy es el barrio Santa Ana, en la punta de la Avenida Jorge Bell, que era el boulevard de entrada al casco de la estancia que hoy ocupa el Batallón de Comunicaciones. Luego puso un horno de ladrillos en Cno. Gral. Belgrano entre 9 y 11, en una extensión de 500 metros hacia el Oeste.

El otro abuelo, Carnevale, ladrillero de oficio, venía de cerrar un horno de ladrillos en Ringuélet, debido a la crisis mencionada. Quería instalarse con una quinta, y fue el primer arrendatario de tierras en City Bell. Nunca hizo quinta porque el administrador de la S. A. City Bell, al enterarse que era ladrillero le sugirió hacer ladrillos para emplearlos en las construcciones proyectadas.

El lugar fue en un predio comprendido entre el Cno. Gral. Belgrano, calle 11, Av. Cantilo y 5ª Avenida (25). Luego, una vez finalizado el contrato, entregó la tierra, que tuvo que dejar emparejada y sembrada con avena, tal como había convenido. De allí se fue a Villa Elisa, para volver en 1925, ya como propietario de tierras adquiridas a la Sucesión de Jorge Bell, en calle 11, 5ª Avenida, Cantilo y 27 alentado por mi padre que ya vislumbraba el futuro de City Bell.

Me contaba mi madre que había ciervos, que más de una vez corrían a personas que caminaban por los campos... También de la belleza del arroyo Carnaval, lleno de flores silvestres y pájaros que hacían sus nidos entre los juncos. Mi padre me decía que en la estancia no había molinos, que la hacienda tomaba agua

de los arroyos, y que en años de gran sequía se murió una gran cantidad de animales...

De los primeros pobladores, tal vez, el más antiguo sea Lima, que era puestero de la estancia, formó familia, y luego vivió en tierras donde hoy está el Batallón.

Recuerdo a los Fregossi, Verge, Büchele, Mariscotti, Liporace, Peñalva, Callau, Volpi, y muchos más. Don Tobías Büchele era el Administrador de la S. A. City Bell, que proyectó la formación del pueblo construyendo los primeros chalets; varios de arquitectura colonial que aún se conservan; otros, de estilo inglés, casi todos construidos entre Jorge Bell y las vías, en un sentido, y entre 11 y Güemes, por el otro, además, Cantilo entre 19 y Sarmiento.

El hijo de don Tobías, a quien conocíamos como Tobi, estuvo a cargo de la pequeña Usina, que luego fue CADE, después trasformada en SEGBA y hoy es EDELAP, 5 entre 13 y Cantilo. Junto con la Unión Telefónica comenzaron a prestar servicios en la década de 1920.

En ese entonces City Bell era un pueblo, todos se conocían, había como una especie de comunión de familias, formadas por los viejos, la gran mayoría inmigrantes. Luego, con el correr de los años, despertaría en sus hijos, entusiasmos comunitarios, los deportivos, los de mejoramiento edilicio, dando lugar a la formación del Club Atlético City Bell y al Centro de Fomento de City Bell.

Cuando se forma el Club Atlético se establece la cancha en la manzana comprendida entre Güemes y Pellegrini y Centenario y 8. Al primer presidente se le ocurre hacer un cartel que decía "CLUC ATLETICO CITY BELL", es de imaginar que el error fue salvado de inmediato por los más entendidos en palabras extranjeras.

Formaron un equipo con los muchachos del pueblo, compitiendo en La Plata y en lo que llamaban la "intermedia". Tengo lejanos recuerdos de una final en 1929, donde a pesar de haber traído algún refuerzo de La Plata, que como pago pidieron zapatos de fútbol nuevos, perdieron 2 a 1. El partido se jugó en La Plata, creo en Villa Elvira, el regreso fue silencioso, con lágrimas hasta en los más duros.

Por otro lado, el Centro de Fomento había conseguido un tractor Fordson, cuyo combustible era el agricol, y una niveladora de arrastre. El tractor lo manejaba Carlos Volpi y la niveladora, un Mariscotti.

En el predio del Club se organizaban en verano las kermeses, muy conocidas; venía gente de La Plata y Villa Elisa, algunos a bailar con orquesta: tango, pasodoble, rancheras y alguno que otro foxtrot; otros venían para divertirse en los kioscos. El producido se volcaba en obras de fomento. Un año, mi padre fue tesorero y guardaba el dinero en una caja de té, ocultándola bajo tierra, en un lugar determinado. Recuerdo aún la desesperación de mi madre cuando un lunes se dio cuenta de que mi padre no la había ocultado, tenía una fortuna: trescientos pesos moneda nacional, de esos de la Argentina fuerte. Esa caja la guardo aún de recuerdo.

Como la radio estaba en sus comienzos y casi nadie la tenía, la diversión del verano, como dije, eran las kermeses, y en invierno la lotería de cartones, para lo cual se reunían tres o cuatro familias en casa de una de ellas alternativamente.

Éramos felices, todo era naturaleza pura, no había grandes arboledas, de las vías del F. C. Sud hacia el Este se divisaban las costas de Punta Lara, y hacia el Oeste, desde el Cno. Gral. Belgrano se veía unos de los cascos de la estancia, hoy Country de Estudiantes; luego, juntarse el cielo con la tierra, lo mismo hacia el Norte; hacia el Sur se divisaba en días diáfanos la Catedral de La Plata, que en los días que el sol estaba rojizo, reflejaba en sus vidrios, dando la sensación de ser un farol que emitía luz roja. En las noches se veía, en algunas ocasiones, una luz roja que en su techo tenía una casa de música en diag. 77 y 46.

En lo que es hoy Plaza Belgrano, frente al Banco Provincia, había una laguna, que fue rellenada con el correr del tiempo.

Estas son algunas de las cosas que escuchaba contar a mis padres, y recuerdos míos de cuando empecé a tener uso de razón, ya que nací en 1924, siempre hablando de la década de 1920. Luego viene la década de 1930, cuando empezamos a ir a la escuela los nietos de los primeros pobladores. En esos años se produce un cambio en la fisonomía del pueblo, con la llegada de nuevos pobladores que tenían sus empleos en La Plata o Buenos Aires.

De las construcciones realizadas, había un chalet ubicado en Jorge Bell y Cantilo destinado a Casa de Té, así se lo llamaba. Allí funcionó una capilla donde se daba misa todos los domingos; el sacerdote, que venía de La Plata, se llamaba Anunciado Serafini, años más tarde fue ordenado Obispo. Esa casa fue adquirida por el Club Atlético City Bell durante la presidencia de José Verge, que tenía una empresa de camiones que consolidó a través de los años con tesón y gran esfuerzo. Recuerdo que fue criticado por esa compra, pero los años demostraron que fue un hecho positivo, porque en ese lugar, sin tocar el viejo chalet, se construyó una serie de locales comerciales, además de un gran salón donde se realiza anualmente la Fiesta del Folklore.

Hasta el año 1931, la escuela funcionó en una casona ubicada en 7 entre diagonal 9 de Julio y Güemes.

En 1932 se inaugura el nuevo edificio en 4 esquina 11, donde funciona actualmente. Se cursaba solamente hasta el cuarto grado. Allí fui compañero de quien con el tiempo fuera consagrado como uno de los grandes poetas platense: Roberto Themis Speroni, cursando luego hasta 6º grado en La Plata y hasta 3º año en la Escuela Industrial. Era un bohemio dotado de facilidad increíble porque era un buen dibujante a los ocho años, además, sus composiciones se destacaban, y ejercía un liderazgo al que adherían gran número de chicos.

El hecho de ser nieto de uno de los grandes pintores platenses, don José Speroni, quien tenía preferencia por pintar indios y sus costumbres, seguramente lo llevó a inventar grandes historias de aventuras. Su abuelo, por estar vinculado al Museo de La Plata, le facilitaba flechas, arcos y cuchillos de madera, que tengo entendido eran originales.

En esos años 30 aparecen los primeros ómnibus de la línea 3, de color marrón; la flota se componía de cuatro micros que circulaban por el Cno. Gral. Belgrano, ya que el Cno. Centenario no existía; sí estaba el Cno. Touring Club, aconchillado, entre

Gonnet y City Bell, que corría como lo hace actualmente. Esos ómnibus entraban a Gonnet, City Bell y Villa Elisa en un recorrido de ida y vuelta. ¡Toda una odisea!

El pasaje desde City Bell costaba 20 centavos, pero había un boleto de ida y vuelta que costaba 35 centavos. La empresa tenía un micro de repuesto que llamaban la “piparra”, que tenía una fila de asientos de cada lado, y cuando tenían que llevar algún pasajero parado, corrían el techo de lona, por supuesto en verano; era un espectáculo ver las personas asomar sus pechos y cabezas por encima del techo. También por el Cno. Gral. Belgrano circulaban ómnibus que iban de La Plata a Buenos Aires, costaban más caro (40 centavos de City Bell a La Plata), los tomaban los de mayor poder adquisitivo. Recuerdo: Flecha de Oro, P. B. y Expreso Buenos Aires a Buenos Aires costaban \$1, 20 moneda nacional...

Recuerdo un Destacamento Policial en Cno. Gral. Belgrano y Alvear. También de un policía de a caballo llamado Nogueira, que de noche hacía el “rondín”.

Alrededor de 1932, City Bell fue asolado por una serie de hechos delictivos, por delincuentes que tenían su guarida en uno de los puentes del F. C. Provincial. Se dijo, por su accionar, que fue un desprendimiento de una banda que comandaba el famoso “Pibe Cabeza”. Por fin en un operativo policial fueron detenidos, y volvió la tranquilidad al pueblo. Como nuestra casa era la última hacia el Sudoeste, estos delincuentes nos “visitaron” varias veces, pero por suerte no nos pasó nada. La última “visita” que nos hicieron se fueron corriendo asustados, porque mi padre había hecho una alarma con una bocina de Ford A, que se accionaba por dos contactos al abrir la puerta. Debe haber sido grande el susto ya que dejaron colocada en la puerta la llave que nos robaron la primera vez.

En 1936 o 1937, City Bell vivió una noche especial, con gran despliegue de autos y policías: el Gobernador Fresco vino a una reunión, que debe de haber sido política pues se desarrolló en casa de un dirigente conservador, el Escribano Bernard, que vivió en Cantilo entre 17 y 19.

En esa década, el Dr. Rodolfo Moreno construye su quinta “Nirvana”, toda una novedad ya que ese tipo de construcción se conoce a través de historias de temas orientales.

En 1937 se construyó el Cno. Centenario hasta Gutiérrez. Seguramente este hecho, sumado a los servicios de colectivos, más el excelente servicio de trenes, hizo que City Bell recibiera nuevos habitantes, funcionarios públicos, empleados y directivos de empresas de La Plata y Buenos Aires, comerciantes que tenían el negocio en La Plata, etc.

El servicio de trenes era tan seguro que, en las primeras horas de la tarde tenía un rápido que tardaba cuarenta minutos de Villa Elisa a Constitución. A él se accedía por un trencito de color naranja que hacía un servicio local entre La Plata y Berazategui. Recuerdo que combinando ese tren, una carta “expreso” tardaba menos de tres horas para estar en algún lugar del centro de Capital Federal.

Comienzan los grandes loteos en los que se vendían lotes a pagar en 120 meses, esos remates organizados por J. C. Thill eran toda una fiesta. Se iba aunque fuera solamente a mirar, seguramente para ver qué clase de gente compraba.

Hasta 1938 venían los panaderos de La Plata y Villa Elisa para proveer el pan, algunos lo hacían en la clásica “jardinera”. En ese año aparecen los Valenti que instalan la panadería “Sol de Mayo” en Cantilo esquina 5, y los Fernández la panadería “Del Pueblo” en Cantilo esquina 8.

En esa época ya se habían instalado algunas carnicerías, pero todavía se veían carritos que cortaban la carne sobre una tabla cruzada en su interior.

Las primeras almacenes fueron la de Fernández, en Cantilo esquina 6, Cremona en Cno. Gral. Belgrano y 11, luego comprada por Pagani, quien le puso el nombre “El Argentino”, lo que dio lugar a que con los años, las empresas de ómnibus bautizaran esa esquina como “Parada El Argentino”. Luego el almacén “El 26” de Daniel González en Cantilo y 7 y Tomassi en Cantilo y 21.

No puedo dejar de recordar que el primer peluquero fue Martín Cifre, el primer médico el Dr. Raffi, y la primera farmacia se estableció en Centenario y 15.

Ya entrando en 1940, City Bell perdió su fisonomía pueblerina por otra de tipo más bien residencial, para ir cambiando a lo que es hoy, una ciudad donde se encuentra de todo, pero con otra cara, la de las grandes urbes, donde hay villas de emergencia, calles en mal estado, basura por todos lados, arroyos contaminados, y aire también contaminado.

Agradezco a quienes me pidieron un relato de City Bell porque me hicieron recordar cosas que parecían olvidadas, a personas de vida sencilla, sin egoísmos, que trabajaban de sol a sol durante toda la semana, disfrutando de los domingos una amistad sincera.

A mí, personalmente, me reavivó la nostalgia de una niñez que me permitió disfrutar de una naturaleza pura, como alguna vez tuvo City Bell.

City Bell: Una tarde recordando...

Rosita Sabaté de Torres

Son las seis de la tarde y, como si el tiempo se hubiera detenido, me encuentro sentada en una mesa en la calle más céntrica de mi querido City Bell, en Cantilo y Jorge Bell.

Solo pasaron cincuenta años desde que llegué a este lugar, bastante distinto de lo que es ahora. Mucha gente dice que no les gusta así. A mí me gusta igual que ayer. Todo cambia. No se puede detener el mundo, así la vida nos va regalando recuerdos....

Cuando llegué, había unos cuarenta mil habitantes, ahora estamos cerca de los noventa mil. Hay que saber adaptarse. Muchos de los que estaban ya no están. Todavía quedamos algunos de aquellas épocas y los que nos suceden, aún nos pertenecen... En esta misma esquina y cafetería de nombre Bliss, estuvo la panadería de Don Jesús, un señor español, siempre tan amable y tranquilo a pesar de su precaria salud.

Nos mudamos una tarde gris del mes de mayo del 69, llegamos con el camión de mudanzas cargado de cosas y expectativas, con motivo de un nuevo trabajo de mi esposo en la propulsora YPF de Ensenada.

Recuerdo la primera salida a la farmacia del señor Capelletti, en la plaza Belgrano, en busca de medicamentos para calmar una otitis de mi hija pequeña Nuria, previa consulta en la clínica de la calle Cantilo y 7, donde la atendió el médico de guardia, Dr. Angaut. Grata y sencilla sorpresa me llevé en la farmacia cuando la señora Rosita, esposa del farmacéutico, con un papel en sus manos hizo un cucurucho que llenó de confites y se lo regaló a mi niña; tal gesto me remitió con mucha nostalgia y emoción a mi niñez, cuando el boticario de mi pueblo natal en Catalunya, me lo ofrecía cuando visitaba su farmacia.

La vida y el trabajo de mi marido hicieron que nos mudáramos de City Bell varias veces a otros lugares, hasta que en 1972 pudimos regresar y comprar nuestra casita en lo que parecía nuestro destino definitivo, ya que los hijos iban creciendo y su desenvolvimiento estudiantil así lo requería. Fueron unos años de crianza maravillosos.

El ambiente de pueblo en City Bell desbordaba tranquilidad, ambiente familiar y esparcimiento natural. Las calles de tierra, las casas sin rejas, los vecinos se conocían entre sí, todo iba creando un clima cordial, muy agradable para el crecimiento y desarrollo de mis cinco hijos que se sumaron a las diferentes comunidades escolares por las que fueron transitando, queridos colegios formadores de buenas personas y a los que estoy tan agradecida... Jardín 911 y Escuela Nro. 12, Instituto J. M. Estrada, Colegio Belgrano, como así también los colegios parroquiales donde, luego de recibidas, algunas de mis hijas pudieron dar clases como docentes.

Tan grande fue el impacto de nuestra nueva y agradable vida en City Bell que fuimos atrayendo a hermanos, cuñados y familias, que vivían en el gran Buenos Aires, a vivir también aquí. Hoy día la familia en este pueblo se ha multiplicado y somos alrededor de sesenta personas, descendientes y vinculados a los mayores que vinimos como inmigrantes catalanes: los Torres Sabaté, los Torres Sánchez, los Espín Sabaté y, se sumaron nuevas uniones que dieron lugar a más y más familias. Resulta gratificante cuando a menudo, caminando por Cantilo, siento una palmada en el hombro con una voz cariñosa que me dice: “¿Cómo estás, Tía?...”. ¡Es grandioso!!!

Entre tantos recuerdos, quiero contar una sencilla y graciosa anécdota, que ha quedado en mi memoria desde aquellos primeros tiempos de convivencia con la familia en City Bell.

Como mencioné al principio, el dueño de la panadería “Sol de Mayo” se llamaba Jesús. Una de mis sobrinas, recién mudada a esta localidad, vivía cerca de casa, y en una oportunidad le pedí si podía cuidar de mi hija más chica mientras iba a hacer unos trámites al centro de La Plata, a lo cual asintió con mucho gusto. Como pude resolver las diligencias en forma rápida, al regresar en el micro 3, bajé en calle 11 y 5 con tiempo para aprovechar el horario de la misa diaria de la Parroquia Inmaculado Corazón de María, ya que soy una persona católica practicante y, aún hoy, suelo concurrir asiduamente.



Al terminar la misma, volviendo, pasé por la panadería mencionada para averiguar el precio de unos panes para sándwiches, porque se avecinaba la preparación de un cumpleaños familiar. Al llegar a la casa de mi sobrina para buscar a mi hija menor, surgieron los comentarios de rigor... que cómo se había portado la nena, y que me había demorado porque había asistido a la misa y luego, de paso, le había consultado a Don Jesús qué tipo de panes me convenían para preparar el agasajo... La cara de mi sobrina al oírme se descolocó, con asombro inconmensurable y, sabiendo de mi piadosa religiosidad, me preguntó con mucho respeto y perplejidad... “Pero Tía... Hasta para hacer unos simples sándwiches de pan vas a la iglesia para pedir consejo a Jesús?”

... De mi amor y gratitud a todo lo que me ha brindado esta localidad, surge hace algunos años, en los ochenta, este poema que comparto como cierre de este escrito:

City Bell, mi lugar

Pueblo espacioso y acogedor de crujientes calles otoñales cuando los árboles se desnudan gastadas sus hojas de dar tanta sombra en verano.

En el invierno gris reviven las chimeneas bulliciosas y toda la familia se recoge dentro de sus cálidas casas rodeadas de jardines descansados.

Aguardan que vuelva la vida y alegría del verano anticipándose la primavera colorida por sus rosas aromosos jazmines y geranios.

Aquí se respira paz y se desea City Bell.

Cuando vamos lejos por otros lares, se quiere volver siempre buscando su sol, su tranquilidad, su gente, el lugar, mi lugar.

El aroma

Silvia M. Marquez Vianna

Me subo el cuello de la campera, acomodo bien la bufanda y camino rápido hacia la estación de tren de City Bell. Hace un frío de los mil demonios. Claro, me digo, cómo no va a hacer frío si estamos a finales de julio.

Es un día gris, el viento corta la cara. ¡Bah! lo poco de cara que no está tapada por los lentes, la bufanda y el gorro. ¡Cómo añoro el verano! No anda nadie por las calles a pesar de ser las tres de la tarde. Por suerte el tren llega a horario. Me siento al lado de la ventanilla. Me gusta el tren. Será porque siempre, el sonido de las locomotoras, sus bocinazos, formaron parte de mi vida. Desde pequeña me dormía con ese traqueteo arrullador.

Comienzo a mirar a través del vidrio; árboles pelados, paisaje gris. Frente a mí, se sienta una joven, como de veinte años. Es extraño, se me parece. No mira a nadie, está en su mundo. No le importa el entorno, ni el paisaje, no me mira. Si lo hiciera, tal vez, notaría lo mismo que yo: nuestras semejanzas.

La joven abre la mochila, saca un cuaderno, una lapicera y comienza a escribir. Igual que yo a veces. Me sorprende. Miro su letra, es grande, pareja, como de maestra, diría mi hija. Igual a la mía, pienso yo. Me siento totalmente atrapada por la situación. Es como si me viera tiempo atrás. Su mano derecha se mueve rápido sobre el renglón. Su mano izquierda, en cambio, está apretada en un puño, cerrada. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Por qué me veo en ella? Una vez me dijeron que la mano derecha es la que da y la mano izquierda la que recibe. Yo siempre, sin saberlo



mantuve la mano derecha abierta, mientras que la otra se cerraba sin darme cuenta, hasta durmiendo lo hacía. Y ahora, ella frente a mí, me muestra cómo era yo. Siento un golpe de tristeza. Se está perdiendo algo maravilloso: recibir. Miro por la ventanilla, el invierno sigue ahí. Miro mis manos sobre mis piernas, están las dos abiertas, y sonrío. Ella levanta la vista, me mira. La miro. Deja de escribir un momento y afloja el puño de su mano izquierda. Y entonces, sin saber por qué le señalo un árbol lleno de flores amarillas que pasa por la ventanilla, y le digo: “Mirá qué hermoso ese aroma, a pesar del frío, ya floreció”. Y las dos sonreímos.

City Bell, mi lugar

Laura Billordo

En mi adolescencia vivía en la ciudad de La Plata, y cada tanto venía a visitar a mis amigos de City Bell. Sus casas de tejas, galerías y patios amplios, jardines coloridos, cocinas iluminadas, reposeras al sol, y siempre una guitarra. Eran tardes eternas de charlas, risas y sueños de lo que tal vez sucedería. En silencio soñaba con que algún día este sería mi lugar.

El tiempo pasó, quiso el destino y la elección de mi corazón que hoy sea este mi pequeño terruño al que tanto amo. Quisiera en estas líneas volcar mi sentir en un decir auténtico, simple, agradecido por cada instante vivido aquí, en mi City Bell.

VEREDA OTOÑAL. El gris húmedo de aquel lunes invitaba más a quedarse en casa que a salir a trabajar. A desgano y con esfuerzo rutinario preparé mis cosas, dejando a mi familia un beso en sus sueños...

Ya en la vereda, mi capacidad de asombro despertó. Mis ojos se abrieron y sin querer mi niña escondida asomó en un gesto de contemplación; porque la vereda, lugar en el que pasa la vida, ese lunes me recordó que por allí también pasan los tiempos de cada estación.

Una alfombra naturalmente confeccionada en amarillo, marrones, naranjas, ocres, algún verde por debajo y el brillo de la llovizna que caía con suavidad, trajo a mi alma la nostalgia otoñal. Así, sin querer, ese lunes de rutina ya no lo fue.



MES DE JULIO Y ES INVIERNO. Colores apagados, verdes, grises, marrones. Los árboles desnudos de vegetación lloran su tristeza. En el jardín, juegos inmóviles, sin niños. La lluvia sigue cayendo, por momentos suave, por momentos a cántaros. Y el viento llega sin pedir permiso congelando los rostros perdidos.

Todo nos muestra que es el tiempo de abrigo, refugio de leños encendidos, tazones de café por la mañana, un chocolate caliente en la cocina de la abuela.

Afuera hace frío, las calles son desierto de almas, los vidrios se empañan. Un guitarra suena en nuestras casas. Este domingo renace con las risas de los chicos que contagian el calor de sus corazones. Y los colores de las almas vuelven a encenderse en el abrazo.

PINCELADAS DE PRIMAVERA. Verdes nuevos, risas encontradas, cielos tan frescos, hoy nacemos festejando el misterio del buen tiempo.

Incontenibles ganas de decirte buen día, sol, de saludarte a vos, cielo, de cantar con todos, árboles, pájaros, flores en los canteros, y pintar una fiesta. Aquí, ahora, inexplicable instante en desbordante vida.



CIELO DE DICIEMBRE. Es la brisa de jazmines, es presencia de tilos a la tarde, quienes invaden los rincones trayendo voces, música, colores. Es mi alma inquieta, mi palma abierta, son mis ojos plenos, quienes beben la embriaguez nocturna del lucero, la luna y estrellas...

Es mi corazón latiendo diferente el que anuncia el tiempo de nuestra Navidad renaciente.

Es el juego de pájaros, es la tierra vestida de fiesta, es a este cielo de diciembre que doy cuenta de mi serenidad por vivir hallando respuesta.

Nuevos ojos, viejas sensaciones

Gastón Quevedo

Una mirada distinta, un enfoque que intenta cada día descifrar cómo fue, cómo es, y hacia dónde va City Bell. Pequeñas conclusiones, miradas y reflexiones de una familia recién llegada y en proceso de establecerse. Entiendo que somos parte de una nueva generación de “inmigrantes”, y que por ello podemos ser vistos como forasteros en estas tierras. Pero hemos elegido acompañar su historia y costumbres, así como no intentar modificar nada, todo lo contrario: que City Bell nos modifique. Un claro ejemplo de esto es que decidimos mudarnos a un característico chalet en las afueras, que irradia el espíritu clásico de la zona. Somos una familia joven que decidió venir con un niño muy pequeño en busca de experiencias, valores y momentos más simples y profundos al mismo tiempo.

Ciertos aromas como el tilo o el jazmín, no nos son extraños viniendo de un barrio platense; otros, en cambio, nos avisan permanentemente que estamos en un lugar que tiene al entorno natural como uno de los elementos principales que definen su identidad. Los sonidos que rodean nuestra casa nos abrazan dándonos la bienvenida cada mañana.

Otro aspecto que nos retrotrae a tiempos en los que el barrio era tomado como nuestro lugar de referencia con mucho sentido de pertenencia, es el de la relación cotidiana con nuestros vecinos. Es una reciprocidad que se extrañaba, ya que hemos crecido compartiendo con ellos tanto las pequeñas cuestiones cotidianas como los más profundos asuntos familiares, dándose una mano, o simplemente “chusmeando” en la vereda.

Hemos mudado no solo nuestra casa, cambiamos también la gente a la que solíamos acudir (médicos, veterinarios, plomeros, electricistas, etc.); sumando nuevos rubros, tales como mantenimiento de pileta, parquero y albañiles para contribuir a un morada que necesita volver a brillar como en sus épocas mozas.

Es verdad que en estos tiempos prácticamente ningún lugar, salvo zonas del interior del país, escapa a las problemáticas que más nos aquejan. Estamos emplazados entre dos de las ciudades más importantes del país, y esto hace que la realidad golpee y se sienta. Así como compartimos la impronta marcada de este paraje, también se vive a nuestra escala un colapso bien al estilo gran ciudad que nos recuerda que no estamos inmunes a la enajenación social en la que vivimos.

Los sectores más céntricos y cercanos a la estación de tren, se ven inundados por oleadas de distintas intensidades que varían al igual que las del mar, según época del año y horarios. La diferencia es que no se trata de agua salada, sino de gente ávida de esparcimiento junto, a sus respectivos vehículos. Estos movimientos alcanzan picos de crecidas en días previos a fechas festivas y, en especial, cercanos a cada fin de semana; y si esto se combina con una pizca de verano, se asemeja a las bandadas de turistas que arremeten las playas y paradores de la costa bonaerense, para luego esfumarse casi con la misma velocidad con la que llegaron.

Nos sentimos dichosos de formar parte de esta comunidad; sí, estamos contentos. Creemos que amalgamar esfuerzos entre los históricos y los nuevos en busca de una mejora constante manteniendo el espíritu tradicional de esta hermosa zona, es un lindo desafío para todos los vecinos.



Lugar en el mundo

María Isabel Carrica

Con su entorno tan verde, y con la compañía de pájaros presentes y musicalizadores de todas las horas del día, City Bell se convirtió en un sitio ideal para que el espíritu vuele alto y las ideas fluyan encontrando el camino más libre...

Posiblemente sea parte de las razones que lo convirtieron en un lugar con mucha gente que escribe, pinta. Con artesanos, actores, músicos...

Como una cofradía que no se convocó ni escribió ninguna regla para la reunión, crecieron aquí o se instalaron... Se organizaron, se multiplicaron... Se quedaron.

Cada cual en un pedacito de la fiesta. Cada quien en una franja de color. Cada uno con una línea en el guión para seguir haciéndolo más bello y más apto; un montón de notas diversas componiendo una armonía que contiene e inspira, que da cabida. Sobre todo que da cabida generosa. Para que esa característica, que es propia del lugar, se mantenga y no la cambie ninguna tendencia que no sea natural de sus pobladores.

City Bell nació forjada por gente que trabajó su tierra, que levantó su verde bandera, que formó niños felices con recuerdos inolvidables, que levantó y creó. Y ese espíritu creador germinó en sus habitantes, y en algunos casos atrajo nuevos protagonistas que se sumaron a la historia.

Es así que sus calles cobijaron al poeta de la sonrisa enigmática; al hacedor de todos los colores en aquella pared inolvidable; al director mágico que abrió caminos y nos enseñó a todos a cantar... Y hoy abre sus calles a las murgas, a los actores de la plaza, a las bandas en las esquinas.

Un mundo de almas que crecieron aquí, o que llegaron eligiendo este pueblo por generoso y convocante... Y a los que City Bell, a su vez, alberga e integra formando un bello y fresco mosaico de diversidad.

No me olvides

Victoria Elizabeth Nowak

La memoria es retrospectiva y la nostalgia sabe hacer nido en la distancia. Hoy, 26 de octubre de 2018, llueve y por la ventana veo los edificios de la calle Benajete. Esta parte de España tiene pocas araucarias, cipreses, abetos y ningún tilo, menos un roble plantado en la vereda. Cae la tarde como el verano. Intrépida manera de abrirse paso la noche, el otoño y ese camino que desde el ramal, el destino me tenía asignado. Ignorante, solo podía ver el agua y el jabón de mi pompa. Encerrada, ecléctica y confusa. Refugio de perros abandonados y marginados que no encajábamos dentro de una sociedad que pronto nos pediría cuenta por vivir despreocupadamente. El pueblo estaba cambiando, sus grandes casas al estilo inglés, se estaban convirtiendo en oportunidades de negocios perfectamente delimitadas por una calle dispuesta. El grisáceos de los pinos auguraban los nubarrones que pronto nos cubriría a unos cuantos comerciantes del barrio.

Un portugués infranqueable, que a fines del siglo pasado se hizo pionero en el camino que une Buenos Aires a La Plata, luego de seis años de religiosos pagos y cuidados fuera de contrato, se negó a renovarme el alquiler y mi pompa reventó. Exploto literalmente. Más allá que la literatura intentaba hacerlo hace años, que pretendía separarme del camisón con olor a orín, de las manchas de los pantalones de fútbol y de las miserables horas de descanso que se reducían día a día, por satisfacer una demanda que se agolpaba por un calcetín bien lavado. Pero eso no importaba. Importaba que el mercado demandara verdes billetes a la billetera como sangre nueva de corderos al matadero.

En el año 2013 nació *Atreverse*, mi primer libro, y con él solté los sueños aprisionados que se conformaban con alguna que otra antología. Me atreví a vivir City Bell de otro modo. Compré un terreno cerca del trabajo e hice mi casa. La Pampa tenía el ombú y yo tenía mi Pampa. Había echado raíces en aquella tierra que tanto amor sustrajo desde mi interior, sin embargo como os he contado, los planes para el creador eran otros. Mi pueblo pronto se convertiría en tinta, y en el tintero quedaría mi pueblo. Melancolía que ahora traen los años con olor a hierba mojada, mezcla de alfalfa y anécdotas estampadas por Roberto Achucarro, Guillermo Defranco y Juanjo Vendramín en la radio. Por tantos amores que quedaron con los viejos harapos, entre unos no me olvides que el hijo del difunto boticario, Héctor Núñez, una tarde como esta me ha regalado.

